

F. LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario



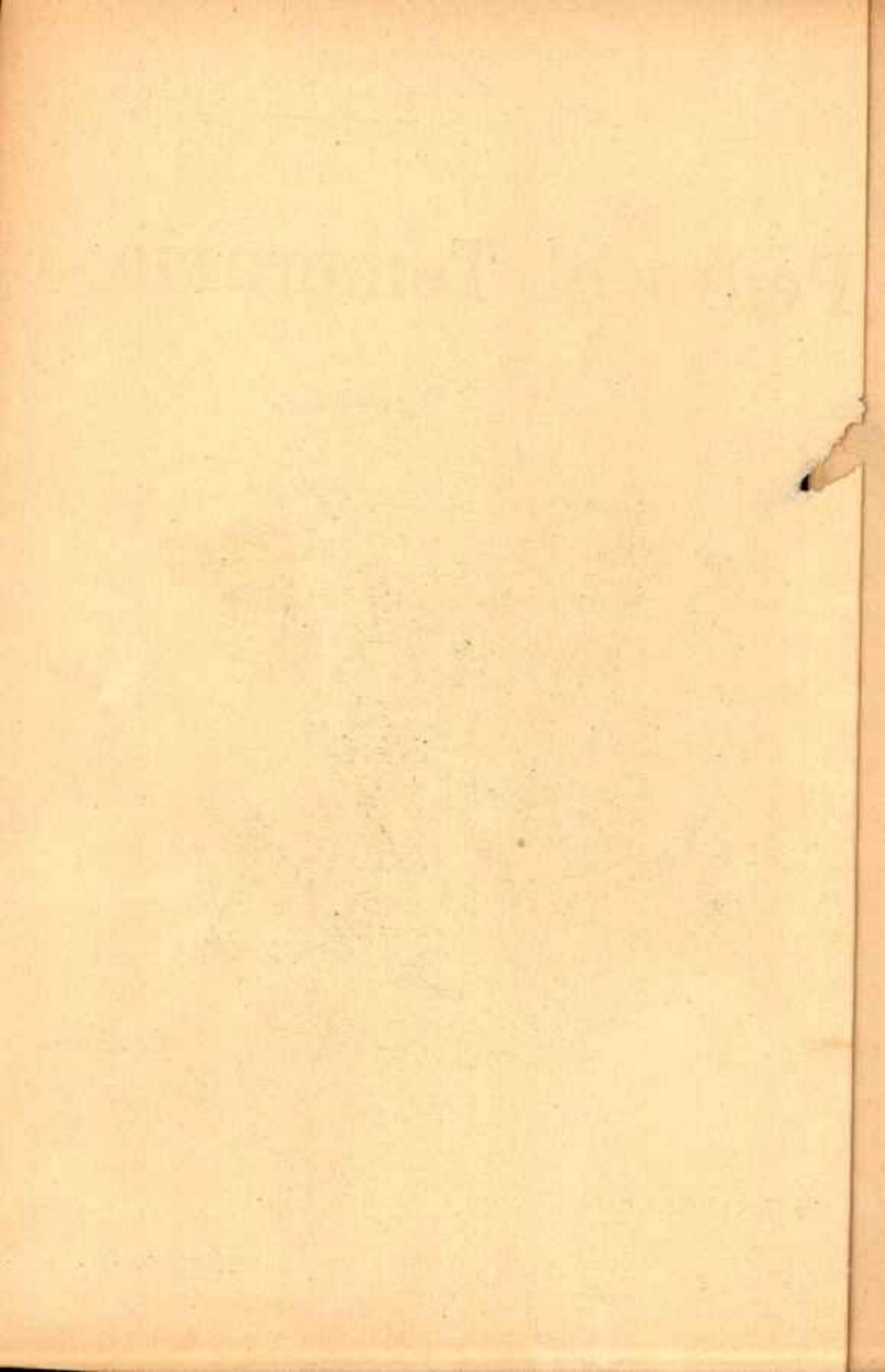
La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.^a época. ○ ○ ○ Año IV.



Número 87.



R. 43.141



S-L-602/44

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACION SEMANAL

=====

TERCERA ÉPOCA

=====

87





—Leedlo, señor, que os interesa mucho.

FLORENCIO LUIS PARREÑO

Pedro el Temerario.

TOMO IV

Ilustraciones de E. Barrio.



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN 1876

Galle de Valencia, núm. 28.

**Reservados los derechos
de propiedad artística.**



PEDRO EL TEMERARIO

CAPITULO XXXIV

Anuncio terrible.—El baile de máscaras.—Peligra otra vez la vida de Lara.

Pedro y los suyos trasladaron su campamento á la parte Sur de Córdoba y á quinientas varas de la ciudad, y allí permanecieron hasta que el primero partió á Sevilla. Día y noche visitaba el noble mancebo á los heridos que pertenecían á sus huestes, acompañado siempre de Isac, el cual, unido á los magos que había llevado Muza, estaba practicando curas asombrosas. Solo unos cien montañeses padecían en cama, y con éstos era exquisito el cuidado del conde y del sabio.

Al día siguiente al de la batalla, mandó D. Sancho veinte mil hombres para que fueran tomando posesión de todas las capitales del reino, á excepción de Sevilla, donde residía su padre, y en la que conservaba éste cerca de diez mil soldados que le eran adictos.

El rey Jacob llegó á Sanlúcar, se embarcó con la mitad de los soldados que trajo y tornó á Fez, quedándole memoria eter-

na de la lección dada por Pedro el Temerario.

Los partidarios de Alonso X desfallecieron, los del pretendiente fueron posesionándose de Castilla y de León, y el nombre de Lara corría por el mundo como el más poderoso, grande y acatado. Su voz, su aliento, el movimiento de su brazo, bastan para vencer; eso decían desde Sancho IV hasta el último soldado de los que le conocían. Y el noble, el hidalgo, el modesto joven, se disculpaba de los recados de atención que le mandaba el rey para que fuese á la corte á recibir los elogios y ovaciones que le preparaban, y permanecía, ora visitando á sus heridos, luego conversando con sus amigos Muza, Abenamar, Mahomad Zegrí, Rueda, etc., y la mayor parte del tiempo encerrado en su tienda, leía y contestaba á las tiernas, amorosas y poéticas cartas que le dirigía su hermosa huri.

Era la tercera noche posterior al día de la batalla, y Lara, Muza, Mahomad Zegri y Rueda, estaban tratando de los medios que se proponían emplear para marchar á Sevilla y obligar á Alonso X á que abdicase en su hijo. Ya tenían arreglado su plan y se disponían á ir á visitar á Sancho, tomar su venia, levantar el campo y marchar, cuando se presentó un jefe de los que estaban de servicio en el campamento y dijo al conde:

—Señor, hará media hora salieron de Córdoba sobre cien caballeros armados de punta en blanco en dirección á la capital; mas uno, al parecer, de esos mismos, ha regresado y presentándose á nuestros centinelas os pide permiso para hablaros con toda urgencia; no ha querido dar su nombre, trae la cara cubierta con la celada y no se le ve insignia alguna que lo dé á conocer.

—¿Dónde está ese hombre?

—Espera á veinte pasos de aquí.

—Decidle que pase.

Salió el jefe y Pedro continuó dirigiéndose á sus amigos:

—Señores, ese caballero viene de incógnito y querrá verme solo. ¿Me lo permitís?

—Sí — contestó Rueda levantándose —, más por lo que pueda ocurrir permanecemos cerca. Y los tres penetraron en la parte de tienda que servía de alcoba, dividida de aquélla por un lienzo que hacía de tabique.

Cinco minutos más tarde entró un gue-

rrero; Lara se puso en pie. Después de observar el recién venido que estaban solos, se quitó el casco y le dijo al conde:

—¿No me esperábais, es verdad?

—Cierto que no, pero sentaos y decidme lo que gustéis.

Y arrellanándose en dos sillones, exclamó el infante D. Juan, que era el que acababa de entrar:

—Bien sabe Dios, noble conde, que siento tanto la noticia que os voy á dar, como placer experimento al devolveros uno de los muchos favores de que os soy deudor. Supongo que no me guardais rencor y que vais á creer en la sinceridad de mis palabras.

—Hablad, infante; ni soy vengativo ni he dudado jamás del hombre que verdaderamente está arrepentido de sus pasadas faltas.

—Entonces, oidme con atención, y perdonad, en gracia al servicio que os vengo á prestar, la infausta nueva que os traigo. Lara, desde el momento en que me entregásteis á mi hermano fui el hombre más desgraciado del mundo. Con motivo ó sin él, me llenó D. Sancho de improperios, y cuando ya no halló insultos ni duras frases que arrojarme al rostro, me cargaron de pesadas cadenas y me encerraron en un calabozo sin luz, cama ni otro apoyo que el duro y húmedo suelo. Allí, entregado á los remordimientos de mi conciencia y á la más negra suerte, pedí á Dios perdón de mis culpas y bendije vuestra mano bienhechora, que me dió tiempo para rogar al

Supremo Hacedor librase á mi alma del negro borrón con que yo la había teñido. Comparé vuestra hidalguía con la saña de mi hermano, y acabé de comprender lo que sois, lo que valéis.

Pasaron los días, enflaquecí, mi cuerpo se llenó de dolores, mis ojos se nublaron con el llanto, y así he permanecido hasta hace algunas horas que me quitaron mis pesados hierros, me llevaron á un salón de palacio, me sirvieron comida y este traje de guerra que veis, y me dejaron solo. Media hora después, empezaba ya á anochecer, se abrieron las grandes puertas de mi nueva estancia y entró D. Sancho, cerró, y se dirigió á mí. Yo me puse en pie é iba á pedirle que me perdonase, mas me contuvo el terrible aspecto que presentaba. Tenía descompuesta y cubriéndole la frente su larga melena; sus miradas despedían fuego, lloraba á la vez, y su rostro, contraído, parecía que brotaba sangre; estaba convulso, agitado y fuera de sí. Yo temblé, retrocedí dos pasos y encomendé mi alma á Dios, porque creí me iba á asesinar. Mas llegando á un sofá, se sentó, cubrió su cara con las manos y comenzó á llorar de un modo tan amargo que me inspiró compasión, y echándome á sus pies, abracé sus rodillas exclamando:

—Sancho, hermano mío, ¿quién te ha ofendido? Cuenta conmigo para todo lo que quieras. Alzó entonces la frente, se limpió los ojos, me hizo sentar á su lado, y cogiéndome una mano, me dijo:

—¡Juan, me han deshonrado!... ¡Mi mu-

jer me ha vendido!... ¡Mas yo haré pedazos el corazón del infame que así me trató!... ¡Sólo quiero de tí que partas inmediatamente á Sevilla y le digas al rey que me entregó á él, y que en cuanto mate al miserable ladrón de mi honra, marcharé á su lado y seré sólo infante, soldado ó lo que él quiera. Rúgale que no tome determinación alguna, ni haga nada hasta que yo le avise. Juan, no puedo fiarme de nadie; el hombre que me ha ofendido es tan poderoso que todos le obedecen y acatan; sólo en tí y en una docena de caballeros fundo mi esperanza para vengarme de ese monstruo!

—Yo haré, hermano mío—le contesté—, lo que tú quieras; mas si el que te ha deshonrado puede tanto, ten cuidado no acabe con tu existencia.

—No, el que engañó y vendió tan traídoramente no merece que yo me bata con él, ni tiene derecho á que obre con nobleza.

—¿Lo vas á mandar asesinar?

—¡No, mañana daré un baile de máscaras, me encerraré con él y clavaré veinte veces mi puñal en su corazón!

Lara se estremeció, y sin poderse contener, exclamó:

—¡Ah, mi sueño con la maga fué sólo el anuncio de lo que iba á suceder!

—¿Qué decís, conde?

—Nada, amigo mío, es un recuerdo del que vos no tenéis conocimiento. Continúa.

—Poco me resta que añadir; mi hermano

concluyó por decirme que érais vos el que lo había dehonrado, y creyendo que yo os aborrecería, y que era enemigo vuestro me dejó en libertad, me enteró de parte de ese secreto, y me encargó la misión que acabáis de oír. Ahora bien: os debo la vida, mi arrepentimiento y acaso el ser bueno el resto de mi existencia; es más, dudo de que sea cierto el crimen de que se os acusa; y estando vos de por medio, yo no puedo tener voluntad. Me mandan ir á Sevilla; me han dado una escolta de cien hombres; yo y los que me acompañan estamos á vuestras órdenes. Conde de Lara, ¿qué hago?

Pedro quedó meditando, y después de adoptar una resolución, le dijo:

—Os doy las gracias, señor infante, por la noticia que acabáis de darme. Vuestro hermano ha sido villanamente engañado y torpemente crédulo. Partid á Sevilla, decid á vuestro padre lo que os ha encargado D. Sancho, permaneciendo á su lado hasta que yo os avise.

—Lara, no seáis temerario en esta ocasión, que os puede costar la vida.

—Infante, no temáis por mí, que Dios defiende siempre las causas justas; concretos, pues, á obedecer al rey; que no sepa D. Alonso que nos hemos visto, y seguid el buen camino, por el que, con placer, os veo marchar ahora.

Y estrechándose las manos, se puso don Juan el casco y bajó la celada, partiendo de allí inmediatamente; Lara cayó sobre la mesa, ocultando su rostro con las manos.

Rueda, Mahomad y Muza, que habían escuchado el anterior diálogo, salieron de la alcoba y contemplaron con tristeza el abatimiento en que quedó Pedro después del relato del infante. Lázaro fué el primero que se acercó á él, lo abrazó y le dijo:

—¿Qué es eso, hijo mío, temes acaso el puñal de un asesino? ¡Voto al demonio, que yo arrancaré de cuajo ese brazo miserable y traidor!

—¡Y yo—dijo Muza—pulverizaré á esa maldita raza!

—¡Y yo—añadió Mahomad—beberé su sangre! ¡Canalla, infame! Le regalas un trono, le salvas la vida, te expones mil veces por él, por su causa, le das innumerables pruebas de que eres el primer noble, el primer hidalgo del mundo y al escuchar la calumnia del más torpe cortesano se olvida de todo, te desconoce é intenta asesinarte... ¡Medio digno de un hombre tan ruin!... He jurado ser bueno, no ofender á mis semejantes, hacer el bien de mis hermanos; mas esto no obsta para que pueda evitar el crimen, y hasta castigarlo.

Y alzando la voz el atrevido anciano, gritó:

—Príncipe amigo, Rueda, sujetad á mi hijo para que me deje obrar.

Y sin detenerse salió fuera de la tienda y comenzó á tocar su bocina de guerra.

—Muza, Lázaro, llamadle—exclamó Pedro—; ved que si atenta contra mi rey me paso el corazón de una estocada.

En este instante se presentaron varios

soldados á Mahomad, y éste, alzando cada vez más su voz, les gritó:

—¡Corred, buscad á mis zegríes, decidles que vengan pronto y que me traigan mis atavíos de guerra! ¡Y vosotros, castellanos,

deseando acabar con el asesino de su hijo, les decía, forcejeando con ellos:

—Vosotros no sabéis resolver estas cuestiones; si le dais tiempo á ese hombre, al fin es rey, se llevará en pos á los más, y

acabará con mi hijo; ¡y por Alá, que le he de tomar la delantera! ¡Yo sólo, yo soy el jefe de los zegríes, el único que manda en ellos; y con mi tribu me basta y sobra para acabar con ese león enjaulado!

Visto el estado de Mahomad y lo imposible de dominar su carácter y firme resolución, le echó Pedro los brazos al cuello, le dió las gracias y le dijo:

—Intentas matar á D. Sancho, padre mío, y puesto que tan bueno eres, te pregunto: ¿es cierto lo que ha dicho

D. Juan? Pensará

armáos y levantad el campo, que peligrará la vida de nuestro jefe!

Lara, Muza y Rueda salieron, é intentaron hacer entrar á Mahomad; pero el anciano, fuera de sí, lleno de indignación, y

mi rey, eso, ó será un nuevo lazo del infante para hacernos caer en él?

Estas preguntas apagaron el fuego en que ardía la sangre del zegrí; pues entonces conoció la ligereza con que estaba



...y comenzó á tocar su bocinal de guerra.

obrando: así es que no pudo menos de exclamar:

—No se me había ocurrido eso á mí, y puedes tener razón.

—Serénate, padre mío, entremos en la tienda, que tiempo habrá para vengar la ofensa, si es que intentan cometerla.

En este instante se presentaron allí dos mil caballeros zegries, y hasta cuatro mil moros más de los que obedecían al padre de Fátima; le traían su trotón, la lanza y el escudo, y á la vez se escucharon carreras en el campamento; todos se echaron fuera de sus tiendas, y acto continuo se vió rodeado el conde de sus montañeses y del resto del Ejército que le obedecía. Sólo una voz se oyó: «¡viva Lara! ¡mueran sus enemigos!» Con esta idea estaban conformes los que componían las huestes reunidas allí.

Pedro los tranquilizó diciéndoles que aquella alarma era hija de una mala noticia que les habían dado; y unos tras otros se fueron retirando, incluso los zegries, á quienes Mahomad repitió lo mismo.

Los cuatro amigos volvieron á encerrarse, la tranquilidad reinó nuevamente en el campo, y todo quedó como si nada hubiera acontecido.

El padre de Fátima, Rueda y el príncipe y Pedro, se hallaban ahora sentados en la tienda, tristes, cabizbajós, y como absortos por una idea. Por último, alzó Lara la frente, y exclamó:

—El asunto es grave, caso de ser cierto; pues D. Sancho es agradecido, me debe

muchos favores, y todavía necesita de mí como de su propia existencia; por cuya razón es preciso obrar con calma y acierto. Ama á su mujer con toda la vehemencia que cabe en un pecho ardiente y apasionado; y tal puede ser la calumnia, tan vivos los colores con que le pintaran el cuadro, que la haya creído, en cuyo caso es disculpable el despecho que en estos instantes le atormenta.

—Es verdad—dijo Muza.

—Yo creo que no—respondió el Zegri.—Dudar de la nobleza de Lara, suponerlo criminal y sentenciarle sin escucharlo, es la mayor de las villanías.

—¡Padre mío, el monarca castellano tiene el brazo más fuerte que la cabeza, cifra su ventura en el amor y virtud de su mujer; y ésta, fiada en su gran talento, en el predominio que ejerce sobre su marido y en su honradez, no ha tenido escrúpulo en darme citas misteriosas y hasta ir á visitarme sin que su esposo lo supiera; y si mis enemigos han cogido esta arma poderosa, y la han esgrimido bien, pueden haber enloquecido al desgraciado esposo, y fuera de sí intente cometer un crimen, disculpable, en parte, en un caballero tan celoso de su honor y que tanto adora á su bella y entendida mujer! ¡Padre mío, obremos con calma y cordura, y no imitemos á Sancho IV, ó nos antepongamos á él, evitándole que cometa un delito valiéndonos de otro mayor.

—Tiene razón el conde de Lara, repitió el noble granadino.

Mahomad reflexionó, se fué tranquilizando, y por último les dijo:

—Yo ignoraba esas citas con doña María; mas ahora que conozco á fondo la cuestión, creo que por centésima vez en mi vida iba á atropellar por todo, en brazos de un despecho que ha sido siempre mi más cruel enemigo. Ved ahí por qué yo no quería volver á coger las armas ni entrar en ninguna clase de lucha; conozco mi carácter y me es muy difícil dominar sus ímpetus; pero ya se ve: las palabras de Fátima enardecieron mi sangre, y no pude negarme á lo que ella quería; mas, en cuanto salga de ésta, romperé mi alfanje, y sólo me ocuparé de pedir á Alá el perdón á que espero hacerme acreedor con mis obras.

En este instante entró en la tienda un jefe, y le anunció á Lara la llegada de un caballero de la escolta del rey. Cinco minutos después penetró aquél, saludó á los cuatro, y le dió al joven un despacho cerrado de parte de su amo, retirándose sin esperar contestación. Pedro abrió el escrito y lo leyó para sí: su rostro no expresó sensación alguna. Sus amigos intentaban profundizar lo que pasaba en este instante en su corazón, sin que les fuese dado conseguirlo. Por fin, el Temerario, después de haber oprimido y arrugado con su mano derecha el pergamino que le mandaba el rey, los sacó de la ansiedad en que estaban con las siguientes frases:

—Señores: el infante D. Juan dijo verdad en todo cuanto me refirió poco ha; y bien

sabe Dios que me alegro por él, aunque me pese por su hermano y por mí. Ved aquí la prueba. Y quitando las arrugas que había hecho al fatal escrito, leyó:

«Mi muy querido y leal amigo: no pudiendo conseguir que vengáis á la corte á recibir la ovación á que vuestras obras os han hecho acreedor, vuestra amada reina y yo hemos dispuesto dar mañana un baile de máscaras en celebridad de la gran victoria ganada, y en el cual espero otorgaros el merecido galardón, debido á vuestro valor y al mucho cariño que me profesáis. En mi nombre invitad á aquellos de cuantos os rodean, que juzguéis dignos de asistir á esta fiesta. Os mando, os ruego que no dejéis de concurrir á ella, puesto que por vos se celebra; y os advierto que doña María Alfonsa de Molina tendría mucho gusto en veros en ella con el mismo traje con que vencisteis al famoso Robla. Os reitera su aprecio y consideración vuestro amigo—*Sancho*.»

El conde tornó á oprimir entre sus manos aquel escrito, y luego exclamó:

—¡Bastaba la lectura de esas irónicas líneas para comprender el estado á que han conducido mis enemigos al desgraciado monarca! Se fió su esposa de mi hidalguía, me habló á solas con el objeto de asegurar mi apoyo y defensa en favor del trono de su marido, y esos miserables que todo lo profanan, manchan y corrompen, han hallado pretexto en lo más santo y noble que existe para atentar contra mí, sin importarles nada la desgracia del es-

poso y la honra de la mujer. ¡Por María y la Cruz, que han de pagar con sus vidas tan villana acción! En cuanto á don Sancho, señores, es preciso perdonarle el crimen que medita; acaso cualquiera de nosotros, hallándose en su puesto, intentaría lo mismo. Deseo, os ruego, amigos míos, me dejéis dirigir este asunto, pues á vosotros os ciega el cariño hacia mí, y no veis con la claridad necesaria en tan crítica situación. ¿Me dais palabra de no hacer otra cosa que aquello que yo disponga?

—Si en tu plan entra como punto principal salvar tu vida, yo te obedeceré.

—Y yo.

—Y yo.

—Sí; evitaré el ser asesinado, y el que peligre el honor de la virtuosa mujer que se ha fiado de mí.

Es preciso tener en cuenta que el rey estará acompañado de muchos amigos y servidores fieles, los cuales, unidos á él, le ayudarán á que lleve á cabo su intento.

—Es verdad; mas eso vosotros lo evitaréis. Oidme bien: mañana elegid los caballeros moros y cristianos en quienes tengáis más confianza; formad con ellos tres comparsas diferentes, y ponéos cada uno al frente de la suya. A las nueve marcharemos al baile; ya allí, os será fácil descubrir á alguno de los del complot, sacarlo al jardín y que declare la hora, sitio y demás circunstancias que necesitéis saber: de esto puede encargarse Rueda, que maneja bien el puñal, la intriga, y sabe el modo de ha-

cer hablar á los que se empeñan en no desplegar sus labios. Os cedo todos los cómplices, pero me reservo á D. Sancho; á éste os prohibo tocar á la tela de sus vestidos. Basta con lo dicho, pues lo demás se deja comprender.

Los cuatro amigos continuaron todavía hablando media hora, en cuyo instante se retiraron Muza y Mahomad, dejando antes rodeada la tienda por quinientos zegríes y otros tantos abencerrajes, los cuales tenían la consigna de matar al que intentase llegar á la portátil habitación del conde de Lara sin permiso de Muza y de Mahomad.

Quedaron, pues, solos Rueda y el conde; pero éste apoyó los codos sobre una mesa que tenía delante, dejó caer la frente sobre sus manos, y quedó meditando; el otro le contemplaba con un cariño é interés de padre. Así permanecieron más de un cuarto de hora.

La noche estaba obscura; reinaba un gran silencio en el campamento, y Lara seguía ensimismado, cuando de pronto dió un salto, se puso en pie, y apoyándose en el hombro de su amigo Lázaro, que también se había levantado, le dijo muy quedo:

—¡La maga!... Oigamos.

Efectivamente, muy á lo lejos, pero clara, vibrante y sonora, empezó á escucharse una voz que cantaba en árabe la siguiente letrilla:

Sueños los placeres son,
mentido afán la victoria,
delirio torpe la gloria,
loca y fugaz la ilusión.

Duerme el hombre, y la verdad
en sueños el mal le advierte,
para evitar que la muerte
le haga sentir su impiedad.

Y por el Orbe corriendo
va el hombre su mal hallando,
en lo que deja dudando,
en lo que coge creyendo.

Altivo, audaz campeón,
poco en el mundo te resta,
que ya sus garras apresta
el poderoso león.

¡Ay de ti, si la victoria
miras con rostro risueño,
y el aura de necia gloria
te oculta la voz de un sueño!

Alzada la mano está
de tu cruento destino,
¡ay de ti, si en el camino
no escuchas la voz de Alá!

El conde exclamó con tristeza y pesar:

—Sí, tienes razón, hija del Desierto;
«sueños son los placeres, delirio la gloria,
fugaces las ilusiones!» ¡La vida es solo un
período más ó menos largo donde se duer-
me de noche y se delira de día! Mas en es-
ta ocasión, como en todas las de mi vida,
obraré según me aconseje mi conciencia:
ni temo la muerte, ni me asusta nada. Rue-
da, durmamos esta noche con el sueño de
la vida por si mañana lo hacemos con el de
la muerte.

—¿Quieres que te traiga á esa mujer?

—No; ¡qué más podía decirnos de lo que
ya sabemos! Desnúdame, y marcha á tu
tienda.

—Esta noche, hijo mío, me quedo en la
tuya; el buen mago duerme en los hospi-
tales, y su cama servirá para mí.

Una hora después descansaban el anti-
guo y nuevo señor de Marcia; el campa-
mento continuaba tranquilo, y nada vino á
interrumpir el sosiego durante la noche.

A la mañana siguiente cada uno ocupaba
su puesto; la tienda de Lara permanecía
rodeada de zegríes y abencerrajes, y á
ninguno se le permitió separarse del pun-
to que se le tenía destinado; en las habita-
ciones de los jefes se preparaban trajes,
largos puñales, y en los rostros de los que
esto hacían se hallaba retratada la ira.
Llegó, pues, la noche siguiente, y cuando
ya las sombras obscurecieron el espacio,
se puso sobre las armas todo el campamen-
to, formó el Ejército, estando á la cabeza
los respectivos jefes. Luego se estable-
ció una especie de telégrafo que llegaba
desde el campamento hasta la misma puer-
ta del Alcázar, compuesto aquél de pare-
jas de caballeros que, situadas de trecho
en trecho, hablaban de cosas indiferentes,
disimulando la misión que desempeñaban.

Pasemos ahora al real palacio de Córdo-
ba. Eran las nueve en punto de la noche, y
los grandes salones de este semi-arabesco
y gótico edificio presentaba un cuadro en-
cantador: la escalera estaba alumbrada
por doscientos blandones, llena además
de macetas y jarrones, en los que lucían
toda clase de flores y azahares, y dos com-
pactas hileras de empleados recibían desde
la puerta, hasta la conclusión de aquella,

á los convidados. Cada estancia real tenía un número proporcionado de arañas, en las que ardían multitud de luces, prestando una claridad que imitaba perfectamente á la del día. Había también por todas partes tiestos y jarrones con flores y azahares, cuyos deliciosos perfumes se unían á los que exhalaban cien pebeteros esparcidos en tan encantador recinto. Do quier se fijaba la vista, se encontraba un precioso cuadro, relieves de oro, ó magníficos arabescos hechos con todo el arte, gusto y valentía de aquella época. El suelo estaba cubierto de mármol, y los salones salpicados de columnas de jaspe; nada faltaba allí de cuantos inventos y obras maravillosas conseguía realizar la mano del hombre.

Comenzaron á llegar los convidados, y el lujo de las damas y caballeros competía con el de las habitaciones del alcázar. Trajes recamados de oro, diademas cuajadas de brillantes, perlas, rubíes, topacios, turquesas, amatistas, ópalos, diamantes y esmeraldas; sedas, encajes y cuantas galas se habían inventado hasta entonces, se veían en los apuestos donceles y bellas cordobesas que paseaban por los regios salones. Todos llevaban una pequeña careta que les cubría parte del rostro, y aun cuando saludaban y cambiaban algunas frases, ni se daban bromas, ni aquello era otra cosa, en la apariencia, que un baile de trajes con antifaz. Unas damas discurrían apoyadas en el brazo de su esposo, galán, padre ó hermano; otras

se sentaban en las habitaciones destinadas para baile, y los hombres, ó galanteaban á las señoras, ó formando corros, hablaban y comentaban las proezas del conde de Lara.

Hasta este momento nada había llamado la atención, á excepción del lujo de los salones y el de las damas y caballeros; poco después sorprendió á los convidados una comparsa que apareció, de cien hombres, vestidos de sultanes con sencillez y una igualdad admirable. Eran el príncipe Muza y noventa y nueve caballeros pertenecientes á las principales tribus granadinas. Llevaban el rostro perfectamente recatado, y escondían entre sus ropas largos y afilados puñales. Estos musulmanes ocuparon varios salones, formaron también corros y comenzaron á hablar de cosas indiferentes.

Seguidamente penetró otra comparsa de igual número de individuos disfrazados de cónsules romanos; el traje de éstos era tan severo como sus movimientos y actitud; iban también armados interiormente, y eran Mahomad y noventa y nueve caballeros zegríes. Lo mismo que los anteriores, llevaban el rostro perfectamente cubierto.

Y, por último, llegó otra yendo sus individuos disfrazados de turcos, provistos de puñales, y bien escondidas las caras; eran Rueda, Ricardo, Rodrigo y hasta noventa y siete jefes y caballeros de los que servían á Lara. Estos, como los anteriores, imitando á los primeros, se extendieron por las habitaciones, formaron corros y

hablaban entre sí; pero lo hicieron con tal arte, que no había estancia del alcázar en que no se encontrase un grupo de los trescientos. Sólo Marcia, seguido de dos ó tres de los suyos, andaba de un lado para otro, acercándose á los corros, cruzando breves y significativas frases con los que componían aquéllos y tornando á pasear, contemplando, al parecer, las bellezas que cerraba el alcázar. Los cordobeses, cordobesas, jefes y caballeros del ejército real quedaron admirados al ver lo severo y grave del aspecto que presentaban las tres comparsas que acababan de llegar, y aun cuando suponían que eran los principales caudillos de las huestes de Lara, les hacía dudar el aislamiento en que estaban y la poca ó ninguna galantería que usaban con las damas. Todos buscaban con ansiedad al valeroso conde, y no reconociéndolo en ninguno de los suyos, juzgaba que éstos esperaban la llegada de aquél para hablar con los cordobeses, galantear á las cordobesas y darse, en fin, á conocer.

Dieron las diez de la noche, se oyó la señal de etiqueta y aparecieron Sancho IV y esposa lujosamente vestidos, pero sin ostentar las insignias reales. El monarca tenía el rostro encendido, mientras que doña María estaba pálida y como desazonada; ambos saludaban á sus convidados; pero hablaban muy poco y seguían como distraídos.

Luego que el rey entró en los salones, se presentó otra comparsa de veinte hombres disfrazados de jueces, llevando ocul-

tos los rostros y una calavera sobre el bonete con que cubrían sus cabezas. Estos seguían á los monarcas á donde quiera que iban, y, aunque algo separados, continuaban siempre el mismo camino, como obedeciendo á una consigna. En este instante, un individuo de la comparsa turca miró fijamente á los de la calavera, y cuando hubo concluido su reconocimiento, se acercó á uno de ellos, que iba separado de los otros, y le dijo muy quedo y tinguendo la voz:

—¡Seguidme!

—¿Quién lo manda?—le preguntó el otro.

—El rey—le contestó el primero.

Y ambos se cogieron del brazo y salieron á los jardines, entre cuyos espesos árboles se ocultaban tres más de los disfrazados de turcos.

En los salones reinaba en estos momentos cierta ansiedad y desasosiego, hijos de la falta de animación, del raro aspecto que presentaban las cuatro silenciosas comparsas y de la distracción con que el rey y la reina andaban por aquellas magníficas habitaciones. Se miraban, se hacían preguntas; pero nadie podía explicar lo que pasaba aquella noche en el baile de máscaras dado en albricias de la gran victoria conseguida por el monarca y sus parciales.

Por último, un acento robusto y varonil, gritó:

—¡El conde de Lara!

Y todos se fijaron con ansiedad y placer en la puerta por donde debía entrar el

afortunado mancebo. La reina palideció más al oír aquella voz; Sancho se estremeció, y rogando á su esposa que se apoyase en el brazo del jefe de su escolta, se dirigió al sitio por donde debía penetrar el Temerario.

Pedro llegaba con el mismo traje que usó durante el desafío de Robla, sin más diferencia que ir completamente indefenso, cubiertos sus brazos y sus piernas, si bien la parte superior del pecho la llevaba al aire, enseñando tres cicatrices de las heridas que le hizo el infante D. Juan; siempre modesto, se presentaba en estos instantes sonriendo, mirada dulce y tranquila y más esbello y gentil que nunca. Un aplauso general recibió al noble joven; los cordobeses y cordobesas se animaron y todos se disputaban el momento de estrechar la mano de aquél y colmarle de elogios; á la mitad de camino le salió al encuentro el rey, lo estrechó también y se cogió á su brazo, tartamudeando algunos cumplimientos, á los cuales contestó Lara con el respeto que debía á su soberano. Comenzó, pues, el baile, se aumentó el bullicio, y hubo un período largo, durante el cual desapareció por completo la alarma producida por las cuatro comparsas.

Un cuarto de hora después volvieron dos turcos y el juez, de los cinco que se habían reunido en el jardín; pero, en honor a la verdad, el que ahora se cubría con el traje negro y la calavera era algo más delgado y bajo que aquel que se perdió entre la espesa arboleda; andaba diligente,

separado de sus compañeros y continuamente se acercaba á los corros de turcos, cónsules y sultanes y les hablaba en voz baja y con el mayor disimulo. Las palabras de este hombre misterioso hicieron variar completamente la escena; pues los que componían las tres primeras comparsas se fueron reuniendo hasta ocupar por completo tres salones contiguos á una salita situada en uno de los extremos del alcázar, en la cual había también algunos de ellos, con Muza, Abenamar y Mahomad Zegrí. En tal estado, el disperso juez se unió á sus compañeros, los que seguían siempre en pos del rey, andando lo más cerca posible de aquél.

Sancho, sin dejar el brazo del conde, paseaba, dirigía la palabra á sus amigos, cortesanos y damas, procurando huir del sitio donde se hallaba la reina; continuaba distraído, su rostro cada vez se encendía más, y ni preguntaba por los amigos de Pedro, ni le extrañaba no verlos, ni se cuidaba del baile; en una palabra: dominada su mente por una sola idea, hablaba maquinalmente y miraba lo mismo, aun cuando trataba de aparentar lo contrario.

Doña María Alfonsa de Molina, apoyada en el brazo del jefe de la escolta de su esposo, pálida, pero sin perder su sangre fría, y sin que se ofuscara su entendimiento, anduvo también por los salones, observó cuanto pasaba en ellos y acrecieron las sospechas que ya tenía de que su esposo meditaba ó intentaba llevar á cabo algún

plan, del que no le había participado nada. La entendida castellana comprendía admirablemente; pero como no le era posible adivinar, llegó la verdad á su mente y dudó de ella como de tantas otras ideas que se agolpaban á su imaginación, hasta el punto de confundirse ante lo que veía y lo que demostraban su marido y el conde de Lara; y en tal situación, esperó los acontecimientos, tranquila su conciencia, pero agitado y vacilante su espíritu.

Se acercó, pues, la media noche y con ella el instante fatal. Tres músicas entonces acordes melodías, bailaban cien parejas y había en la mayor parte de los salones ese ruido y animación que produce tan magna reunión, cuando Sancho miró á la espalda é hizo con su cabeza un signo muy significativo, seña que debieron comprender los veinte jueces, pues con el mayor disimulo le fueron rodeando. El bravo monarca se dirigió entonces á la sáleta, tan tranquilo, sereno y complaciente como antes. Cogidos del brazo penetraron en aquella habitación, se acercaron á una puerta cerrada que se hallaba en un costado, se adelantó un juez, la abrió y entró; el rey le dijo entonces á Lara:

—Pasad.

Este le obedeció, y sujetando la mano derecha del conde con su izquierda, ciego ya por la ira y el encono, tiró de un puñal y exclamó:

—¡Miserable, me has deshonrado!... ¡Muere!... Y fué á esconder el acero en el costado izquierdo de Lara, el cual no hizo

más movimiento que presentarle el pecho, replicando:

—¡Hiere, asesino!

Pero al clavarse el arma homicida, el juez único que entró allí detuvo el golpe fatal, cogió con sus dos manos la del rey, le dislocó la muñeca y le arrancó el puñal, diciendo:

—¡Así pagas al que tanto le debes!

Aturdido D. Sancho, miró en torno y halló cerrada la puerta por donde había entrado, y un silencio sepulcral en derredor. El juez arrojó el acero lejos de sí, dió una palmada y continuó:

—¿No os parece bastante lo que intentó vuestro padre con el infeliz huérfano, lo que hizo vuestro hermano con ese pecho, el más noble é hidalgo de Castilla, que aún queréis asesinarle? ¿Os ha regalado el trono para que seáis el primer magistrado del reino ó para que manejéis esa arma traidora?

El rey no oía las anteriores frases; cuando se convenció de que sus subordinados cómplices habían caído en un lazo hábilmente tendido ó le abandonaron á sus propias fuerzas, se fijó en el conde con chispeantes ojos, alzó los brazos y fué á echarse sobre él; pero le contuvo la tranquila y compasiva mirada que su víctima le lanzó. Presentaba el rostro de Pedro, efectivamente, en estos momentos supremos tanta serenidad, nobleza é hidalguía, que el soberano volvió á fijarse en él, se le acercó y le dijo:

—Si sois caballero, si abrigáis la nobleza

que retrata vuestro semblante, contestad á mis preguntas, como lo haríais delante de Dios. En recompensa os concedo el que os batáis conmigo en el sitio y con las armas que vos queráis, si, como creo, habéis mancillado mi honra, destrozado mi corazón y sembrado de luto mi existencia.

El conde volvió á mirarle con más sentimiento, y, por último, le dijo:

—Un hombre que se constituye en juez, y que sin pruebas y sin oírme me sentenciaré, no merecía que yo le contestase; pero me dais lástima... Hablad.

—¿Y si tuviese esas pruebas?

—¿Y si fuesen falsas?

—Cumplidme vuestra palabra, Pedro de Lara. ¿Habéis atentado contra mi honor?

—Ni contra el de vos, ni contra el de ningún nacido.

—¿Tuvisteis citas con mi esposa?

—Sí.

—¿Cuál fué el objeto de ellas?

—S. A. quiso saber si podía contar con el guerrero que debía regalaros el trono.

—¿A qué entonces el misterio?

—Eso podéis preguntárselo á quien me llamó. Yo obedecí á mi reina y señora, contesté á sus preguntas y no me creí con derecho á interrogarla.

—¡Luego me han engañado!

—¡Villana y traidoramente!

—¿Podréis convencerme?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de pasado mañana, á las doce del día y delante de toda vuestra corte.

—¿Por qué ese aparato?

—Rey D. Sancho, los ofendidos aquí somos doña María y yo únicamente, y puesto que el agravio ha sido público, igual ha de ser la reparación.

—¿Y por qué tomáis tanto tiempo?

—A vos sólo os atormentan los celos; á mí el deseo y la necesidad de vindicar mi honor; si tardo tanto, más que á vos debe dolerme á mí.

—Lara, por vuestra madre, por el ignorado autor de vuestros días, que tanto os hace suspirar, os ruego me saquéis del horrible estado en que me hallo! ¡Llevo dos días sin comer ni dormir; he apurado en ellos hasta las heces de la más terrible amargura!... ¡Vos no sabéis, conde, lo que yo amo á la reina; vos no podéis comprender el destrozo que ha hecho en mi alma la noticia de la ofensa de que os acusan!... ¡Mi vida, Lara, se encuentra bajo el tormento más cruel que existe en el mundo!

—Lo comprendo, rey de Castilla; yo también amo á una mujer pura, angelical, más hermosa que cuanto vos podéis imaginaros y he tenido también celos; pero yo no sentencio sin oír, no atento contra un caballero indefenso, ni asesino á nadie!

—Pedro, yo os quería más que á mis hermanos, tanto como á mí mismo; veía en vos el sostén de mi trono, la égida de mi reinado, el hombre modelo á quien todos debíamos imitar en valor, nobleza, virtud y generosidad; mas desde el instante que os juzgué criminal, ví en vos un demonio á quien era preciso, á toda costa, hun-

dirlo en la tierra que pisaba; y lo creí tan indispensable, que no me fié de nadie; yo mismo quise dar fin de su existencia, no importándome nada la nota de asesino...; ¿y cómo me había de importar si se trataba sólo de castigar al más poderoso y vil de los hombres? Estaba ciego y fuera de mí; no pensaba ni veía otra cosa que el crimen y al criminal. Lara, os vuelvo á rogar que me saquéis de este horrible estado; olvidáos de mí, hacedlo por la reina y por vos.

—En la madrugada próxima id á mi tienda, llevando con vos las pruebas que tengáis contra mí y á los que hayan denunciado el hecho y os traquilaré. Después de pasado mañana os convenceré, según os he ofrecido; hasta entonces, esperad; si sufrís mucho, notad que aún es poco para lo que merecía tan torpe credulidad. Entre tanto, salgamos á esos salones y disimulad vuestro enojo en pro de la casta y elevada señora que el cielo os otorgó.

D. Sancho miró al conde fijamente, inclinó después la cabeza, meditó y volvió más tranquilo, al parecer, y como agradecido al que antes supuso el más alevoso de sus enemigos. Luego, con voz serena, le dijo:

—¡Me entrego á vos!... Haced lo que queráis. Pero decidme antes: ¿qué ha sido de los veinte caballeros que me seguían, y por qué se han vendido á vos?

—Yo no compro á nadie, señor, ni vuestros cómplices os han hecho traición.

—¿Pues y ese que me ha desarmado?

Pedro se acercó al disfrazado de juez, le arrancó la careta y replicó:

—Vedlo; es mi antiguo y leal escudero, nombrado por vos señor de Marcia.

—¿Y ese traje?

—Se lo arranqué á D. Ramiro—dijo Lázaro—y con él el secreto de cuanto yo necesitaba saber.

—¿Y sus restantes compañeros?—preguntó el rey.

—Miradlos.

Y abriendo Rueda la puerta por donde los tres habían entrado, contempló el monarca á los diecinueve jueces, sin careta, tendidos en el suelo, tapadas las bocas con pañuelos y amarrados con cordeles de pies y manos. Detrás, y en todo el espacio que ocupaba la saleta, estaban sin antifaz y daga en mano, el príncipe Muza, Mahomad Zegrí, Abenamar Abencerraje, los restantes jefes de las tribus que acompañaban al príncipe y hasta doscientos noventa y nueve caballeros musulmanes y cristianos. Sancho retrocedió dos pasos, y asombrado, preguntó:

—¿Qué es eso, conde?

—Señor, los que tenéis delante son la flor de los ejércitos castellano y granadino, que, enterados desde anoche de vuestra intención, se han conjurado contra el crimen, ansiosos de defender la virtud. A pesar de ser tantos, no me cree ninguno capaz de la ofensa que vos suponéis.

—¿Y qué pretenden hacer ahora?

—Lo vais á ver. Cogeos á mi brazo, y

salgamos de aquí lo mismo que hemos entrado. Y alzandó más la voz, continuó: —«Príncipe amigo, señores, S. A. el rey de Castilla y de León os da las gracias por el interés y energía con que le habéis evitado el que cometa una falta que no quiere recordar; os ruega dejéis á disposición de sus soldados á esos diecinueve miserables y desea que, olvidando cuanto acaba de ocurrir, paséis á los salones inmediatos y honréis la fiesta con vuestra presencia y galantería.

Y cruzaron por en medio de todos, según habían llegado, dirigiéndose, primero en busca del capitán de guardias, y luego al lado de la reina, la cual bailó poco después con su esposo, mientras Lara y el príncipe, cogidos del brazo, hablaban y discurrían por las estancias del palacio, galantes con las cordobesas y muy finos y atentos con los demás convidados.

Media hora después, desatado D. Ramiro del árbol en que le dejó Rueda, y unido á sus diecinueve restantes compañeros, se hallaban los veinte encerrados en un obscuro calabozo.

El baile recobró la animación que desde el principio debió reinar en él, y los individuos de las tres comparsas fueron modelos de amabilidad con las damas, y de cortesanía con los caballeros.

La reina se tranquilizó, y á las tres en punto se retiraron los monarcas, y Lara, en medio de los suyos, á su tienda, concluyendo en paz y con alegría una fiesta que al principio amenazó la más espantosa tormenta. D. Sancho dudaba, creía, y, aunque algo más sereno, todavía le molestaba mucho el terrible volcán de los celos que ardía en su pecho. Dejó, pues, descansar-



... y embozándose ambos en sus respectivos mantos...

do á su esposa, mandó que le llevaran á D. Ramiro, y embozándose ambos en sus respectivos mantos, partieron solos, indefenso el último y con espada y daga el primero, dirigiéndose al campamento del conde.

CAPITULO XXXV

Entrevista del esposo ofendido y del supuesto amante.—Lara y la corte.—Presentación de Fátima.—A Sevilla.

Eran las cuatro de la mañana; Pedro el Temerario entraba en su tienda de regreso del baile; Mahomad, seguido de mil zegries, corría en dirección de Ecija; Muza, Abenamar y demás jefes y caballeros del campamento se retiraban á descansar, en tanto que los soldados moros y cristianos dejaban las armas y dormían dos horas; sólo unos cuantos centinelas hacían el indispensable servicio.

Lara mandó á su escudero Correa que lo desnudara, le puso después una túnica de terciopelo, un manto de grana, le arregló su melena y se retiró, quedando solo el joven arrellanado en un sillón, tranquilo, pero triste y meditabundo; su hermosa y despejada frente estaba plegada de arrugas, y sus negros, grandes y rasgados ojos no despedían aquel fuego irresistible que abrasaba á las mujeres é imponía á los hombres.

—¡Pardiez!—exclamaba—; los reyes, ó debieran dejar de serlo ó ahogar sus pasiones, dominar su carácter y hacerse superiores á los demás. De este modo y siendo virtuosos, rectos é indiferentes á su in-

dividualidad podrían obrar como justicieros y sobreponerse á sus vasallos. Mas ¡ay, cuán lejos están de ese camino, y de qué modo tan diferente suelen comprender los más la difícil misión que Dios se ha dignado confiarles! ¡Miseria humana, debilidades, pobreza de espíritu, pasiones bastardas, eso únicamente se ve lo mismo en el opulento palacio, que en la triste cabaña del pobre pescador! Por esto «son muchos los llamados, pocos los elegidos», innumerables los malos, bastantes los perversos é insignificante el número de los buenos. ¡Dios mío, Dios mío, apiadáos del género humano! ¡Qué será de nosotros el día que acabe vuestra bondad y principie vuestra justicia! Y Lara apoyó su frente en la palma de la mano izquierda y cayó en un abatimiento que le duró hasta que Rueda introdujo á su presencia á D. Sancho IV y á D. Ramiro, jefe antiguo de la escolta de la reina. El conde se levantó, devolvió al rey el saludo que éste le hizo, y le preguntó:

—¿Viene V. A. acompañado de un caballero ó de un delator?

—De un hombre que vendió á su señora—replicó el monarca.

—¡Lázaro!—gritó Pedro—, asegura á Ramiro y que espere cerca de aquí.

Sancho y el joven quedaron solos, se sentaron frente á frente, cambiaron dos miradas, presentando ambos una actitud grave y hasta severa. El segundo rompió el silencio con las siguientes frases:

—Os perdono la ligereza con que habéis obrado, la credulidad que os ha conducido á suponerme criminal, y la torpe acción que intentásteis poco ha.

Por no agravar vuestra situación, prescindiendo de comentarios; recuérdos solamente lo que habéis hecho vuestro padre, hermano D. Juan y vos con el primer defensor del trono de Castilla. Concretémonos ahora á la cuestión que os trae aquí. Os he dicho que después de pasado mañana os convencería de mi inocencia y que ahora os tranquilizaría; voy á hacer lo último. ¿Qué pruebas tenéis del delito que me imputáis?

—Conde de Lara, si sois criminal, en el campo estamos; os sobra valor, salgamos, y matadme si yo no puedo hacerlo con vos; si, por el contrario, estáis inocente, hablad por Dios y arrancad de mi alma la amargura que la atormenta.

—Pruebas, D. Sancho, pruebas.

—Oidme: me hallaba anteayer firmando los títulos de veinte pueblos, con sus estados y castillos, que os he concedido como leve recompensa á vuestros portentosos merecimientos, y ponía aquellas rúbricas

sobre el pergamino con un placer, con un cariño de hermano, de amigo, de padre! ¿Qué no hubiera yo dado al bizarro doncel que me conquistaba un trono, me cedía su gloria y me auguraba un reinado estable, seguro y feliz?

—No excitéis mi agradecimiento, rey de Castilla; me sobran pueblos, castillos y estados; pruebas, señor, pruebas de mi crimen.

—En aquellos momentos me avisaron que un grande del reino llegaba de incógnito y deseaba hablarme. Era un emisario de mi padre, el cual me entregó un pliego cerrado y sellado con las armas reales y partió sin aguardar contestación. Juzgad vos mismo del contenido de tan fatal escrito.

Y el soberano sacó un largo pergamino, lo deslió, y con voz ronca, leyó:

«Sancho: si pretendes heredarme en vida por el temor de que no te deje á mi muerte la corona que no te pertenece, que es de mi nieto, el hijo de tu hermano mayor, ven á mi casa y te la daré, pues es preferible esta injusticia á que la compres con tu honor; á que te vea deshonrado, Sancho, y siendo la befa y el escarnio de mis vasallos; tu sobrino se alegrará que te ceda su herencia, con tal de que en su familia no haya un..., un individuo cuya esposa parta sus favores con el montaraz del Saucejo. Ignoro si esta noticia es nueva para tí; si lo fuese, pregunta á los que te rodean y te darán pruebas de lo que yo sé por ellos mismos. Hijo, vela por tu ho-

nor; castiga á los criminales, vente á mi lado y pongamos un dique á ese torrente de sangre castellana que ha empezado á correr por nuestra nación. Tu padre, *Alonso.*»

Encendido el rostro de Pedro, convulso y temerario hasta en sus miradas, arrancó de las manos de D. Sancho el pergamino y exclamó:

—¡Maldición sobre tí, viejo ambicioso, y el más vil de todos los nacidos! ¡Porque has perdido la partida recurres á medio tan inícuo, sin tener en cuenta tu honor, el de tu familia, ni el mío! ¿Así empleas el talento que Dios te ha dado? ¿Así acabas tus últimos días, nuevo Lucifer?

—¡Lara, que es mi padre!

—No; ¡el asesino de vuestra honra y de la mía! ¡El calumniador! ¡El infierno, en fin, con todas sus maldades y tormentos! ¿Veis cómo deshago este pergamino entre mis dedos? Pues lo mismo lo he de estrujar á él poco á poco, para que su muerte sea más lenta y terrible. No os he ofendido, D. Sancho; pero si tenéis empeño, venid con vuestros parientes y veinte más de vuestros amigos, y solo, me batiré con todos y contra más, si aún queréis; por María y la Cruz que me sobra valor y fuerza para toda vuestra raza y sus parciales.

—Conde, ¡he venido por un poco de tranquilidad y me enseñáis la punta de vuestra invencible espada!

Esto dijo Sancho y rodaron dos gruesas lágrimas por sus encendidas mejillas. Lara lo miró, y aquel amargo llanto detuvo

su ira, enfrió el ardor de su sangre, y ahogando su justo enojo, le preguntó:

—¿Son esas todas las pruebas que tenéis?

—No; después de leer el terrible pergamino, dudé de su contenido, pues conozco á mi padre; mas D. Ramiro confirmó el hecho, refiriéndome vuestras misteriosas citas con la reina y asegurándome ser cierto el delito denunciado por D. Alonso.

—¡D. Ramiro! ¡El jefe de la escolta de vuestra esposa! ¡Buenos servidores tenéis! Decidme, ¿era uno de los que os acompañaban anoche?

—Sí.

—¿Qué hicisteis después con él?

—Fué encerrado en un calabozo hasta que se vino conmigo.

—¿Luego no ha entrado en sus habitaciones aún?

—No.

—¡Rueda!

Este se presentó y Lara le dijo:

—Que te acompañen diez, veinte, cien caballeros de mi escolta, los que necesites; penetra en el alcázar, entra en la estancia de D. Ramiro, abre cajones, armarios y gabetas y trae al punto cuantos pergaminos escritos encuentres; que no quede uno solo por escondido que esté, y que vuelvas al instante. Dispón antes que amarren bien al dueño de ellos. Haz uso del nombre de S. A., y si no basta, de tu espada. Vuela.

—¡Señor de Marcia! ¡Señor de Marcia!—gritó el rey—; pero Lázaro continuó su camino. Pedro le dijo:

—No molestaos, gran señor; entre los míos, jefes y soldados, no hay un solo traidor, ni quien obedezca otra voz que la mía.

—¿Qué vais á hacer, conde?

—Perdonad, señor; mas mi honor no reconoce autoridades ni jerarquías y se está ahora defendiendo; luego os daré la tranquilidad ofrecida.

Rueda maniató fuertemente al preso, se lo entregó á los montañeses, montó á caballo, y seguido de cien caballeros y quinientos selvícolas armados de punta en blanco, corrió al alcázar, y sin obstáculo, entre él y cuarenta de los suyos deshicieron los muebles de las habitaciones de don Ramiro, llevándose consigo cuantos pergaminos existían allí. Los del palacio se alarmaron, mas Lázaro y los que le seguían llevaban las insignias de la casa de Lara, y no se atrevieron á otra cosa que á participar á la reina lo que estaban haciendo en la estancia del jefe de su escolta; Su Alteza mandó llamar á Marcia, mas éste contestó que le era imposible detenerse, por habérselo encargado así el conde, y partió sin dar otras razones.

Sancho y Pedro esperaron el regreso de Lázaro hablando y tranquilizándose algo. Este llegó y dió á su amigo los pergaminos que traía, diciéndole:

—Hijo mío, se han hecho pedazos todos los muebles y no existen más que esos; de haber otros, no están en sus habitaciones.

—Sal y espera cerca de aquí.

El rey quedó maravillado de la prontitud y acierto con que era obedecido el conde, y éste comenzó á leer uno por uno todos los escritos que le acababan de traer. Luego arrojó varios, se quedó con ocho en la mano y exclamó con placer:

—¡Esto es más de lo que yo esperaba!

—¿Me vais á tranquilizar?

—D. Sancho, os ofrecí convencerlos después de pasado mañana y ahora añado que os daré pruebas irrecusables de la virtud de vuestra noble, bella, entendida y leal esposa.

—¿Y por qué ahora no?

—Ya lo sabréis.

—Me habéis tranquilizado.

—Tenéis razón. Juro por Dios que nos oye, por el alma de mi madre y por mi honor, que vuestra esposa y yo estamos inocentes del crimen que nos han supuesto; declaro que fuisteis víctima de una villana intriga y os ofrezco solemnemente y bajo la fe de caballero probaros todo esto á las doce en punto del día siguiente al de pasado mañana, si, como espero, me recibís rodeado de toda vuestra corte.

—¡Que el cielo os oiga!

—¿Estaréis tranquilo?

—Sí.

—¿Queréis marchar á Córdoba?

—Lo deseo.

—Rueda, di al príncipe que él y yo debemos acompañar á S. A. al real alcázar.

—¿Que intentáis?

—Señor, os he quitado un traidor y os

doy por él dos caballeros que os custodiarán hasta vuestra casa.

—¿Qué vais á hacer de Ramiro?

—Tenerlo preso hasta después de pasado mañana que os lo entregue.

Cinco minutos más tardes partieron los tres, dejaron al monarca en la escalera de su palacio y regresaron al campamento; eran las siete de la mañana; Sancho se tranquilizó, y Lara juraba en estos instantes confundir al viejo Alonso.

Pasó el día sin que ocurriese nada que de contar sea; Pedro lo entretuvo dando órdenes y disponiendo que partiesen inmediatamente á Sevilla multitud de destacamentos, los que, situándose en puntos convenientes, pudieran coger cuantos emisarios saliesen y entrasen en la capital. De este modo dejó al anciano monarca incomunicado con el resto del reino, sin saberlo él. Por la noche recibió de parte de doña María Alfonsa de Molina el siguiente escrito:

«Señor conde de Lara: no hallo palabras con que expresaros la admiración que me causa vuestra conducta de ayer y de hoy. Mi esposo, villanamente engañado, intentó cometer el más alevoso de los crímenes; perdonadlo, noble conde, vos que sois tan bueno y que no abrigáis encono ni rencor. Me ha declarado cuanto ha ocurrido, y es, efectivamente, digno de compasión, en el estado á que lo condujeron. ¡Qué más os puedo yo pedir! ¡El cielo guarde y vele por el hombre que no tiene igual en el mundo!—*María Alfonsa de Molina.*»

Lara contestó al pie de estas líneas:

«Gran señora: desde que tengo uso de razón hasta este momento, sólo he cumplido con mi deber, sin que haya practicado acción alguna que no estuviese dentro de la obligación que contrae todo caballero al venir al mundo. Nada extraordinario hallaréis en mí, ni otra cosa que un hombre amante de Dios y de su honra. Después de pasado mañana me veré obligado á defender vuestro honor y el mío delante de toda la corte; si en aquellos momentos me olvido de la galantería y consideraciones que merece una dama de vuestra estirpe, talento y belleza, no me culpéis, pues en asuntos de esa especie sólo existe para mí el ara donde todo lo sacrifico en pro del honor. Reitera su respeto y consideración á V. A., *Pedro de Lara.*»

El conde dirigió este pergamino al rey, rogándole tuviese á bien mandárselo á su augusta esposa. Después se unió con Muza, Abenamar y Rueda y acordaron el plan á que debían sujetarse desde aquel momento hasta el en que quedase la guerra civil terminada, D. Sancho sentado en el trono, como único rey, y el príncipe pudiera volverse á Granada. No hubo discusión alguna, pues Pedro había estudiado y presentado su idea á la aprobación de aquellos cuando la tuvo concienzudamente meditada. Luego se retiraron á descansar.

Al día siguiente se entretuvo el mancebo en contestar á los muchos plácemes, felicitaciones y pliegos que recibía de todas partes del reino; por la noche tornó á reunir-

se con sus amigos sin que ocurriese nada de particular. Lara se hizo preparar su mejor traje de corte para el medio día venidero y durmió tranquilamente hasta que le participaron el regreso de Mahomad, el cual llegaba seguido de Fátima y de una brillante y numerosa comitiva musulmana. El conde corrió á la tienda de su futuro suegro, estrechó á su amada, saludó á Vivar, á Ali y al Zegrí, encargando á éste marchase inmediatamente á Córdoba con su hija y personas que le acompañaban, que se alojase en el palacio de su primo, desde donde debía llevar á cabo varias instrucciones que le dió por escrito. El anciano obedeció á Lara y partió.

Llegó por fin el anhelado instante para D. Sancho IV, su esposa y Pedro el Teme-fario. Era cerca del medio día y un sol abrasador extendía sus dorados rayos sobre el campamento moro y cristiano. El ejército se hallaba formado en dos filas que ocupaban desde el principio de las tiendas hasta las murallas de Córdoba; los soldados vestían traje de guerra porque no tenían otro, mientras que los caballeros y jefes castellanos y musulmanes ostentaban ricas marlotas bordadas de oro y preciosos mantos recamados del mismo metal y salpicados de piedras preciosas. Había desaparecido el aparato guerrero del campamento, y era reemplazado en estos momentos por un lujo cortesano superior á toda descripción. Por último, se abrió la tienda del conde y aparecieron éste y Muza, ataviados de un modo que deslumbraba

la vista con el oro y brillantes que lucían. El príncipe llevaba una túnica, manto y turbante blancos, cuyo color apenas se distinguía cubierto con el bordado y piedras; presentaba las armas reales de los califas de Granada y era incalculable la riqueza que en estos momentos tapaba su cuerpo.

La marlota y capellar de Pedro eran de terciopelo encarnado, y también estaban cuajados de oro y ricas piedras; y lo mismo éstos que el birrete y la escarcela, escondían el color de la tela con los adornos que tenían; llevaba, además, el escudo de sus armas y la preciosa espada que arrancó de la cadavérica mano de su madre.

Dándole la derecha al príncipe, salió Lara entre cuatro escuderos, seguidos de veinte pajes y caminaron en dirección de Córdoba. Detrás iban los caballeros que servían á la casa del conde, precedidos de Rueda, D. Rodrigo y Vivar, y en pos los abencerrajes, alabeses, adoradines y las restantes tribus que obedecían á Muza, yendo á la cabeza de cada una su respectivo jefe. Sólo faltaban los zegríes, los cuales habían partido antes con Mahomad. De este modo sorprendente, maravilloso, iba el valeroso joven del Saucejo á cumplir á Sancho IV la palabra que le tenía empeñada. Seguía á tan lujosa y extensa comitiva D. Ramiro, en medio de cuatro vasallos de Lara, sujeto con cordones de seda.

Pasemos ahora al real alcázar. A las doce en punto se abrió el salón de embajadores y penetraron en él los cortesanos,

grándes y caballeros del reino que existían en Córdoba. Después llegaron los diecinueve presos con traje de corte, pero rodeados de guardias del rey, y más tarde se presentaron los monarcas vestidos de etiqueta y se sentaron en el trono. D. Sancho estaba pálido y severo en su apostura y miradas; su esposa iba hermosa y más altiva que había estado jamás; sus ojos despedían fuego y desdén, y su frente era verdaderamente la de una reina; nunca ostentó con más propiedad la preciosa diadema que oprimía sus sienes.

Cinco minutos después llegaron el conde y Muza, saludaron á los reyes, quedando parados mientras entraba y ocupaba su sitio la numerosa comitiva que traían. Lara miró en torno, y notando que cada uno estaba en su puesto, y que todos esperaban oír su acento, tomó la venia del monarca y dijo con voz segura, tranquila y fuerte:

—Señor, señora y señores todos, tened la bondad de escucharme: S. A. la reina de Castilla y León y yo, somos víctimas de una infame calumnia, digna sólo del miserable pecho que la engendró.

Al oír estas palabras palideció más don Sancho, doña María miró con desprecio á sus cortesanos y dirigió al conde una sonrisa dulce y llena de satisfacción. Este continuó:

—Asombráos, grandes y caballeros del reino; se ha dado por hecho y ha corrido la voz, y, lo que es más grave, ha habido quien la ha dado crédito, de que la excelsa princesa que nos oye partía sus favores

conmigo, deshonrando la altiva y noble cabeza de su esposo, del magnánimo rey y señor que gobierna el Estado.

Un murmullo confuso corrió por el salón, el cual fué interrumpido por el monarca, que dirigiéndose á Pedro, le dijo:

—Conde de Lara, si en un momento dado di crédito á la más vil de las calumnias, hoy pienso de diferente modo, por lo cual os ruego suprimáis toda satisfacción relativa á mí.

Lara le replicó:

—He venido, gran señor, á vindicar el honor de mi reina y señora y el mío; no puedo, en consecuencia, suprimir una sola palabra de las que debo decir, á menos que V. A. me lo prohíba, en cuyo caso rogaría á todos los presentes me siguieran y en medio de la plaza de palacio llenaría la misión que hoy me exige el más sagrado de los deberes.

La reina, adelantándose á su esposo, la contestó:

—Hablad, conde, hablad; decid cuanto queráis, vuestro soberano no puede negaros el uso de la palabra cuando os halláis defendiendo el honor de su leal esposa.

El Temerario continuó:

—Sin reparar el calumniador lo que vale y merece esa noble cabeza del rey, mutilada en los campos de batalla; sin importarle nada el honor de una reina, de una señora, de una castellana; sin cuidarse, señores, de que yo no he dejado en el camino de mi vida una mancha, una sombra de borrón, que no he practicado jamás ac-

ción indigna del más escrupuloso caballero, como todos sabéis, ha querido envilecernos á los tres, y confundirnos bajo el peso del más negro baldón. Quien tal hizo que tal pague. Señores, vencido en los campos de batalla Alonso X, repudiado por casi toda la nación y encogido, asustado y tembloroso mirando la punta de mi espada, se ha valido de la calumnia para vengarse de sus hijos y de mí. El ha sido el autor de esa infamia, y por eso arrojo á su frente, ante vosotros, grandes y fijosdalgos de la nación, la mancha inicua que quiso estampar en la mía.

Otro murmullo volvió á oírse; el rey tembló, su esposa aplaudió al conde y casi todos los presentes demostraron el enojo que produce en pechos hidalgos la declaración de un crimen de la magnitud del que denunciaba Lara. Los árabes y los cristianos, los grandes y caballeros y todos los concurrentes, en fin, inclinaban la vista ante la ardiente y poderosa mirada del atrevido joven que hablaba. Doña María Alfonsa de Molina afirmaba continuamente con significativos de cabeza, y el príncipe Muza oprimía con su mano izquierda la empuñadura de oro de su cortante alfanje, mientras que con la derecha estrechaba la de su querido amigo Pedro. Este prosiguió:

—¡D. Alonso, sí, fué el autor de tan iniqua trama! Ganó, envileció á D. Ramiro de la Puente, se pusieron de acuerdo, y tomando pretexto de tres veces que tuve la honra de hablar á solas con mi reina y señora, improvisó el cuento; y entre ambos en-

gañaron al rey de Castilla y de León, obligándole á que cambiando la vara del primer magistrado del reino por el arma del verdugo, me la hundiese en el corazón. Aquí, señores, están las pruebas de todo lo manifestado. En letras trazadas por la mano de D. Alonso y dirigidas á su cómplice, podéis ver patente el delito y probado hasta la saciedad. Gran señor, en descargo de la falta imputada á vuestra esposa y á mí, os entrego esos pergaminos y uno de los delinquentes; en cuanto al otro, me lo reservo para mí, yo le castigaré.

Lara se acercó al trono, inclinó una rodilla y alargó á Sancho los escritos que acababa de ofrecérle; éstos los encontró entre los que le llevó su amigo Rueda. A la vez, cuatro vasallos de aquél arrojaron á los pies del solio al preso don Ramiro, el que cayó perdiendo el conocimiento. El rey leyó el contenido de los pergaminos, decretó en el acto la sentencia de muerte del culpable, lo mandó retirar de su presencia y exclamó:

—Todo cuanto ha dicho el conde es cierto, mi esposa es un ángel y Lara el más noble, el más valeroso, el primer hidalgo de mi reino.

—Gracias, señor—dijo Pedro interrumpiéndole—; pero aún no he concluido; oidme, pues falta la segunda parte de mis pruebas.

La reina le contestó:

—Hablad; no callaos una sola frase, yo os lo ruego.

—¿Todavía no es bastante?—preguntó el rey con temor.

—Queda aún la mitad y vais á tener la bondad de escucharme. Señores: para que podáis comprender lo descabellado, lo inverosímil del hecho que me ha imputado D. Alonso, ahora que he probado lo contrario, voy á haceros una solemne declaración, que añadirá á la gravedad del delito la torpeza con que fué concebido y llevado á cabo. Todos conocéis mi historia, todos sabéis que desde que tuve uso de razón, hasta el día en que cumplí los veinticinco años, permanecí entre las agrestes breñas del Saucejo combatiendo contra la valerosa tribu zegrí y demás huestes musulmanas, y que nunca abusé de la victoria ni pretendí recompensa alguna por los innumerables servicios que presté al trono y á mi querida patria. Ahí tenéis á los jefes y caballeros de las principales tribus sarracenas; preguntadles qué sería de Alonso X sin el huérfano del Saucejo y sus invencibles montañeses. Recordad la invasión y toma de la Barba, el sitio de Osuna, la batalla del Saucejo y cien combates más que les he ganado; que os digan la suerte que hubiera tenido mi patria si perdiera yo una de esas batallas, si les dejase abiertas un sólo día aquellas puertas del reino. No hice más que cumplir con mi deber y nada solicité ni obtuve; vertí mi sangre y la de mis hijos de la montaña, gasté mis tesoros y quedé muy satisfecho de haber obrado así. Entre tanto, goberné á mis vasallos, los iguadé á mí ante la ley, fui justi-

ciero y di el ejemplo de virtud y honradez, que ellos imitaron admirablemente. Así llegué á ser hombre, sin conocer mujer, sin vicios de ningún género, hasta que el cielo me otorgó la dicha de que encontrase, amara y fuese correspondido por la más hermosa dama que para mí existe en la tierra; y tan pura, santa, valerosa y entendida como la primera. El día que conocí á Fátima Zegrí, pues así se llama, fué el primero que sentí el amor; único amor que cabe en el pecho de un caballero después de ofrecer su mano y corazón á una mujer como Fátima. El mundo entero no hubiera podido obligarme á hablarle á otra de amores; y la sola idea contraria me avergonzaría por el resto de mi vida. Juro, por mi honor y por la fe de caballero, que no he requerido ni hablado de amores á otra que á mi incomparable y adorada huri. ¿Y qué mucho, si vale ella más que yo y que toda mi raza? Vais á verla y á juzgar; y vos, rey de Castilla, á concederme como exclusiva recompensa á todos los servicios, el que la dé mi nombre y sea la única con quien haya partido mi lecho.

—¿No es musulmana?—le preguntó el monarca.

—Sí, una preciosa damasquina que gano como esposa, y Dios y nuestra santa religión, como hija.

—Que pase al instante—gritó la reina—, que cuando vos la amáis, digna será del conde de Lara.

El príncipe Muza movió su mano derecha, y á esta señal abrieron paso los ca-

balleros abencerrajes, abenamares y adoradines que estaban delante de la puerta principal, y entró Fátima cogida á su padre. Detrás de aquélla iban cuarenta damas moras, veinte pajes, cien esclavas y los caballeros de la tribu Zegrí, rindiéndole vasallaje. Todas se presentaron tapadas con un velo blanco, el cual se alzaron mientras que el Zegrí cogía el de su hija y se lo daba á dos pajes, que lo recibieron en una gran bandeja de oro. El rey, la reina, y cuantos existían allí que no la conocían, quedaron admirados al contemplar la prodigiosa hermosura y elegancia de la huri; ésta llevaba un traje completamente oriental, y entre el padre y la hija más oro y brillantes que los monarcas y todos sus cortesanos juntos; pero no le hacían falta á la damasquina sus galas y ricas piedras para aparecer infinitamente más bella que la reina. Lara la cogió de la mano y fué á presentársela á los soberanos; pero en el mismo instante bajó doña María las gradas del trono, la abrazó, dióla un beso en la frente, la hizo subir á su lado, y cogiendo una de sus manos, la dijo:

—Tiene razón el conde al decir que sois la mujer más hermosa de la tierra.

Fátima, con su voz dulce, melancólica y sonora, la contestó:

—Gracias, señora: me ama tanto, que no es extraño me juzgue con pasión.

Y lanzó sobre Pedro una mirada más tierna que los suspiros de una madre. El rey contestó al amante:

—Os concedo el permiso para que os caséis con esa encantadora musulmana; pero con una condición: hemos de ser mi esposa y yo los padrinos de su bautizo y de vuestra boda; vos designaréis el día y la hora del enlace, y yo el momento en que se ha de hacer cristiana.

—Señor, esa es una nueva merced que acepto gustosísimo: me uniré á mi zegrí el día siguiente al en que vos seáis coronado por único rey de Castilla y de León.

—Muy bien; pues Fátima comerá hoy conmigo, y al sentarse á la mesa ya será cristiana. Conque, señores, dentro de una hora os espero en la capilla de palacio.

Esta fué la señal de despedida, con lo cual comenzaron á ausentarse después de saludar á los monarcas, estrechar la mano de Pedro y darle la enhorabuena. Sólo quedaron en el salón de embajadores Sancho, Fátima, Lara, el príncipe Muza, Mahomad, la servidumbre de la huri y los diciennueve compañeros de D. Ramiro entre unos cuantos guardias.

—Señor—preguntó Pedro al rey—, ¿me permite V. A. que haga uso de su nombre?

—Para todo cuanto queráis, amigo mío; ¿qué os podría yo negar?

Lara entonces, dirigiéndose á los diciennueve, les dijo:

—El rey os perdona. Partid.

Y salieron de allí, húmedos sus ojos por el agradecimiento.

Sancho cruzó con María unas cuantas frases que sólo ella oyó, y levantándose ésta cogió á Fátima y se la llevó á su cá-



—Leedlo, señor, que os interesa mucho.

mara en unión de Muza y de Mahomad, quedando solos el conde y el rey; éste cerró las puertas del salón, y se dirigió al otro, le echó los brazos al cuello, y con un cariño verdaderamente fraternal, le preguntó:

—¿Me habéis perdonado, noble amigo mío?

—No: si deseáis mi perdón y olvido de lo pasado, me los tenéis que comprar.

—Mi sangre diera por ellos.

—Sólo os cuesta una firma.

—¿En dónde la he de poner?

—En este pergamino.

—Seguidme.

Y cogiéndose á Lara se dirigieron á la regia cámara, y acto continuo autorizó el escrito, y sin mirarlo se lo devolvió, diciéndole:

—Tomad, ya sois mi amigo, y os ruego que olvidéis lo pasado, mientras yo aprovecho la lección que vuestro talento y cordura me han dado.

—Leodlo, señor, que os interesa mucho.

—No, sea lo que quiera, bien hecho está.

—Os advierto que va dirigido á vuestro padre

—¡Ah!... ¡Dádmele!

El rey lo leyó y comenzó á palidecer; meditó unos cortos instantes, y se lo devolvió, diciéndole:

—Si el padre mintió al hijo, éste puede decir la verdad á aquél, por dura que sea; mas creo que llegaréis tarde, conde; don Alonso sabrá esta noche ó mañana lo que ha ocurrido aquí.

—Os equivocáis, gran señor; desde ayer no sale ni entra en su corte un hombre que no sea reconocido por mis vasallos. Sevilla se halla cercada sin que nadie vea ni conozca á sus sitiadores.

—Todo lo creo en vos. ¿Queréis que vayamos á ver á la reina y á Fátima?

—Con mucho gusto.

—Si pudiéramos quedarnos solos con ella... pero cómo despedir al padre de Fátima ni al hermano del califa...

—Tenéis razón, vos queréis ver sin testigos á vuestra bella y entendida esposa, y yo ansío también estrechar la mano de mi adorada huri. En cuanto á los otros, ya les daré la misión importante de que nos dejen, y saldrán gustosos.

El monarca dió algunas órdenes, encargó al arzobispo de Córdoba que dispusiera lo conveniente para el bautizo de la Zegri, y seguidamente pasaron á la estancia de la reina. Cuando entraron, se hallaba ésta estrechando cariñosamente una mano de la mora y hablándola de las proezas é hidalguía de su amante; Muza y Mahomad, comentaban al pie de un balcón de la cámara el asombro y efecto que habían causado en la corte las palabras del conde y la hermosura de su amada. El rey se acercó á su esposa y se sentó á su lado; Pedro se incorporó á los otros dos, y les dijo:

—Amigos míos, esta noche partiremos para Sevilla, y por si no volviésemos más á Córdoba, os invito á que, interin se dispone el bautizo de Fátima, veais el antiguo Alcázar de vuestros antepasados.

S. A. dará la orden para que os guíe y acompañe el capitán de guardias. ¿Aceptáis?

—Con mucho gusto—le contestaron ambos.

Y el soberano, que había escuchado las palabras del conde y comprendido su intención, llamó al jefe de su escolta y le mandó poner á disposición de aquéllos todas las habitaciones de palacio. Salieron los tres, y dirigiéndose Pedro á su futura, la dijo:

—Fátima, el rey desea hablar con su esposa. ¿Quieres acompañarme á la cámara inmediata?

—La hurí se cogió del brazo de su amante, y con el mayor placer le siguió.

En cuanto el monarca se vió solo con doña María, se levantó, cerró las puertas de aquella estancia, y cayendo á los pies de su esposa, exclamó anegado en lágrimas:

—¡María, perdóname el haber dudado de ti, que yo te juro no volver á hacerlo en el resto de mi vida! Te amo tanto, que por ti mataría á Lara y á todo el que intentase robarme la dicha, la felicidad que emana de tus labios, de tu mirada, de tu aliento. ¡Perdón, María, perdona á tu esposo y sigue haciéndole feliz!

Y el bravo rey besaba las manos de aquélla, estrechaba sus rodillas y la miraba con delirante amor. Ella le hizo levantar, y cuando lo vió sentado, le contestó:

—Te perdono, Sancho, y te amaré como antes; pero es la primera y única vez

que te podré tolerar una imprudencia como esa. Te quiero valeroso, entendido y discreto; si vuelves á ser insensato, sin reflexión ni entendimiento, te abandono para siempre. Se ha evitado el delito, pero has obligado al conde á que atropelle á tu padre y te ponga á ti en ridículo; y esto, sólo una vez se puede perdonar en la vida.

—Tienes razón, María; mas no volverá á ocurrir, te lo aseguro. El único secreto que he tenido para ti, ha estado á punto de costarme el trono y la vida; por consiguiente, no daré lugar á que se repita.

Todavía continuaron hablando un cuarto de hora más los dos esposos, en cuyo instante fueron en busca de Fátima, á la cual dijo aquélla:

—Hija mía, os sienta muy bien ese traje; pero vais á ser cristiana, y es preciso que os vistáis como yo. Venid conmigo y veamos cómo le está á la preciosa hurí un traje castellano.

Y las dos se encerraron en la cámara de la reina, y entre varias damas de ésta vistieron á la otra con ropas de la primera. Después llamaron al conde para que la viese, y los dejaron solos, mientras el rey y la reina se disponían para el bautizo. En este momento había finado la hora que D. Sancho dió á los convidados á aquel acto solemne, é iban llegando y entrando en la capilla. Rueda buscó á Pedro por todas partes hasta que por fin supo dónde estaba, entrando sin cumplimiento de ningún género. Los dos amantes se hallaban ya de pie, cuando se acercó Lázaro, estre-

chó á Pedro, y estampó un beso en la frente de Fátima, saliendo también éstos para la capilla, tan dichosos como el primer amor de una virgen.

—¡Puesto que ellos son felices, no me importa morir!

Dijo Rueda levantando los brazos al cielo. Y añadió:

—Sólo os falta una aventura, y esa, por María y la Cruz, como dice Pedro, que antes de poco la tendréis, pero aún no es tiempo de deciros nada.

Y se dirigió también hacia la pila bautismal.

El acto de cristianar á Fátima se llevó á cabo con una solemnidad prodigiosa; fueron padrinos, como hemos dicho, sus altezas reales; testigos, los dos primeros grandes del reino; el arzobispo de Córdoba la suministró el sacramento, y asistieron y presenciaron la ceremonia todos los ricos-homes que existían en la capital, en unión de los cortesanos, jefes y caballeros de los Ejércitos del rey y del conde de Lara. Fátima Zegrí cambió en consecuencia sus nombres por el de Blanca María de Molina; ella quiso llevar el de su madre, y la reina tuvo empeño en que añadiera el suyo de segundo, otorgándole á la vez, y como regalo de madrina, su apellido y el señorío de Molina. La bellísima joven estuvo durante el acto radiante de hermosura y alegría; su ardiente mirada vagaba de la imagen del Redentor al rostro de su amante el cual la contemplaba con un placer sin igual: sólo el zegrí vertió dos lágrimas al

llegar el agua á la cabeza de su hija, mientras los valerosos caballeros de su tribu inclinaron las frentes, dando inequívocas muestras de pesar y sentimiento.

Concluyó, pues, la ceremonia, y los monarcas obsequiaron á los convidados con un gran banquete que concluyó entrada la noche. Durante la comida fueron invitadas las damas de Córdoba, y á las diez se abrieron los regios salones y tuvo efecto un baile, en el cual reinó la alegría, animación y galantería propios de las clases escogidas que componían aquella reunión. Blanca de Molina fué la reina de la fiesta, y llamó tanto la atención con su hermosura, como interés excitaba su amante por su varonil belleza, gloriosos hechos de armas, nobleza é hidalguía. El monarca bailó y paseó con la nueva cristiana, obligando á Pedro á que hiciese lo mismo con su esposa, como prueba inequívoca del convencimiento que abrigaba de la inocencia de ambos. Los caballeros granadinos sobresalieron esta noche en galantería y fina atención con las cordobesas, y muy particularmente los abencerrajes, que eran indudablemente los primeros en Europa en cortesanía, delicados modales y exquisito trato. El príncipe Muza y Abenamar bailaron también con la reina, y fueron muy obsequiados por los soberanos.

A las tres de la madrugada concluyó la fiesta, en cuyo instante anunciaron á Pedro y á Mahomad Zegrí que doña Blanca María de Molina había sido agraciada con la mitad de las alhajas de la reina, y las se-

ñorios de veinte pueblos más, estados anejos á los mismos y dos castillos. De este modo delicado y atento pagaban los reyes al feliz campeón que tanto había hecho por ellos, una parte insignificante, con relación á lo que él les conquistó con su espada: de otro modo sabían que Lara no lo hubiese aceptado, y así hacían á la vez á su futura esposa una de las principales y ricas hembras de Castilla.

En aquel momento se despidió el conde de Sancho, de doña María y de su amada, dejando á ésta al lado de la reina, por exigencia de aquéllos; y sin perder un instante partió á su tienda, cambió su traje de corte por el de guerra, levantó el campo y se dispuso á partir; mas en este instante le detuvo el señor de Marcia, diciéndole:

—Pedro, ¿Quién va á mandar á los montañeses?

—Tú, Lázaro.

—Yo no puedo. En este momento corro á Osuna.

—¿Qué dices, Rueda?

—Conde, tú no necesitas ya de mí; tienes bajo tus plantas á todos los enemigos de D. Sancho, y creo que tu marcha á Sevilla estará reducida á castigar al viejo Alonso. Después volverás aquí, te casarás con Fátima...

—Con Blanca, Lázaro, con Blanca.

—Sí, con la opulenta señora de Molina; y luego regresarás á Osuna con tu esposa, vasallos, montañeses y selvícolas. ¿No es eso?

—Sí.

—Pues bien; yo debo adelantarme para prepararos el palacio de la ciudad y el castillo del monte; y para hacer otra cosa, de que ya te enteraré cuando nos volvamos á ver.

—¡Siempre con misterios, Rueda!... ¿Por qué no me hablas de ese otro asunto? Si es el que yo me figuro, en ninguna ocasión como esta podías aumentar mi felicidad con la más grata de las noticias.

—No discurras mal; pero es el caso que estamos á 4 de Julio, y hasta el 25 de este mes no puedo decirte nada, á no ser perjurio, faltando á la vez al más sagrado de los deberes. Procura estar ese día en Osuna, y á las doce de su noche todo lo sabrás.

—Parte, amigo mío, y calla lo que debas. En cambio, alhaja cuanto sea necesario mi palacio y castillo; y procura, Lázaro, que en mis jardines y bosques estén las flores á millares, los azahares sin cuento, las fuentes y cascadas como las de Granada, y la poesía, en fin, en ellos, convidando al amor, al goce, al sensualismo. Llevo, Rueda, veintiséis años próximamente de existencia, y sólo me ha rodeado la muerte, la guerra y la destrucción. Mi cuerpo está cuajado de heridas, mis armas emborronadas de tanto matar, mi vista fatigada de mirar sangre humana, y mis oídos cansados de escuchar ayes lastimeros y quejidos agonizantes. Y por Dios que ya es tiempo de que el pobre huérfano descanse de tanta fatiga, sobresalto y lucha. En una palabra, por mucho ó poco tiempo, quiero cam-

biar mi espada por la poesía; la guerra por el amor: Dios me ha concedido un ángel, vuélveme tú á mi padre, y daré por bien empleada toda la sangre que he vertido, el sinnúmero de trabajos que he pasado.

—Dios te oye, Pedro; él ha visto la nobleza é hidalguía de que van acompañadas tus acciones, y te prepara la gran recompensa á que te has hecho acreedor. No puedo decirte más, hijo mío; adiós, y procura estar en Osuna el día 25 de Julio.

Los dos amigos se estrecharon cariñosamente, partiendo Rueda acompañado solo de su escudero, y con toda la velocidad posible.

Lara, Muza, Abenamar, Mahomad Zegrí y demás jefes de las tribus sarracenas, dieron varias órdenes á los caballeros del Ejército, y cuando estuvo todo dispuesto, marcharon en dirección á Sevilla, dejando únicamente en los alrededores de Córdoba á los campesinos echados de sus viviendas por los marroquíes, y agregados ahora á las huestes de Lara. Los pocos montaraces que aún seguían heridos, en unión de los restantes que permanecían en los hospitales del campamento, fueron trasladados á la ciudad, quedando al cuidado y asistencia del mago Isac.

El conde, el príncipe, los jefes de todas las tribus, y hasta ochocientos caballeros entre moros y cristianos partieron delante; y en pos, divididos en varias columnas, y en diferentes direcciones, el Ejército.

En quince horas anduvieron Lara, Muza

y los ochocientos que les acompañaban las veintitrés leguas que les separaba de la metrópoli de Alonso X; todos ellos, á excepción de los musulmanes, llevaban armadura completa sin insignias ni distinción alguna que los diera á conocer.

Media hora antes de llegar á Sevilla, y á quinientas varas de la carretera, había un opulento castillo habitado por uno de los parciales de Lara, en el cual, y después de ser reconocido, penetraron los ochocientos jinetes. Eran las ocho y media de la noche siguiente á la en que salieron de Córdoba, y allí esperaban al conde su tío don Juan y los restantes grandes, partidarios del pretendiente. Todos estrecharon al afortunado vencedor, deploraron las heridas que le causó el infante, y recibió por último otra nueva y cordial ovación de los más poderosos y altaneros señores del reino. Pedro supo que sus órdenes habían sido exactamente cumplidas, y que los alrededores de Sevilla continuaban perfectamente vigilados por sus vasallos y amigos. Luego les presentó al príncipe moro y jefes de las tribus sarracenas, y puestos de acuerdo sobre el plan que Lara intentaba realizar al día siguiente, comieron los recién llegados y se retiraron á descansar, á excepción de Pedro, que pasó el resío de la noche recibiendo partes de las columnas de su Ejército, las cuales á marchas dobles se iban aproximando, dictando á la vez órdenes que debían cumplirse al amanecer: era la segunda noche que pasaba en vela el infatigable joven, sin que su fuerte

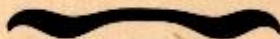
y robusta materia se resintiese del casancio y el insomnio.

A las seis de la mañana se le presentó un capitán de los que habían quedado en su palacio de Sevilla, y le participó que durante aquella noche introdujeron en las casas que circunvalaban el Alcázar del rey numerosas fuerzas, que éstas se alojaron sigilosa y convenientemente, y que en la capital no ocurría novedad alguna.

El conde leyó los últimos partes que aca-

baba de recibir, se reunió con los grandes y caballeros, moros y cristianos, y á las ocho en punto, en unión de todos ellos, partió á Sevilla de incógnito, como igualmente los que le rodeaban, llevando cubiertos los rostros con las celadas de los cascos.

En estos instantes acometía el Temerario del Saucejo la última y arriesgada empresa que debía llevar á cabo durante el reinado de Alonso X.



CAPITULO XXXVI

Ultima venganza de Pedro el Temerario.—Agonía del rey.—La muerte.—Coronación de Sancho IV.—La boda.—El padre y el hijo.—Conclusión.

Eran las nueve de la mañana, y la capital de la monarquía de Alonso X presentaba ese aspecto tristísimo de un pueblo dividido en bandos y próximo á lanzarse hermanos contra hermanos. Los soldados del rey paseaban por las calles de veinte en veinte, demostrando desconfianza y hasta miedo; los hijos de Sevilla se insultaban en las plazas y sitios públicos; transitaba muy poca gente, y los castillos, palacios y fuertes estaban cerrados, y sus muros guardados por arqueros y vasallos leales. En una palabra, la metrópoli de Andalucía se parecía más á una plaza asaltada por el enemigo, que á una ciudad de cortesanos, artistas y mercaderes.

A la hora que acabamos de indicar al principio de este capítulo, se presentaron en la puerta llamada de Córdoba el famoso conde de Lara y su gran acompañamiento; allí fueron detenidos por los soldados del monarca; dijeron que llevaban una misión del hijo para el padre, y pasado un cuarto de hora les dejaron franca la entrada. Poco después llegaron al palacio real,

y anunciados del mismo modo, les permitieron pasar á los patios, donde todos echaron pie á tierra y esperaron. El rey estaba en cama todavía, y algo indispuerto; pero enterado de la aproximación de los emisarios, y suponiendo que sería el mismo Sancho en persona, ó un representante suyo, se levantó y mandó que lo llevaran al momento á su presencia.

Alonso X supo por el infante D. Juan el terrible efecto que había causado á su hijo la fatal intriga sobre los supuestos amores de la reina con Lara, y creyó que aquél se le entregaba incondicionalmente, pues muerto el Temerario, ó divorciado del bravo pretendiente, tenía éste perdida su causa. De aquí se deduce que los espías del padre habían caído en poder del conde, y no pudieron enterar á su amo del desenlace que tuvo el supuesto crimen de doña María Alfonsa de Molina. Así era efectivamente, y en este instante se sentaba el rey en su regio sillón, estando á la derecha el infante D. Juan, y á la izquierda el derrotado, pero entendido y valeroso Ponce

de León. El primero creía que todo se había ganado; el segundo dudaba, y el tercero adivinaba instintivamente que se iba á perder lo poco que quedaba. Por último, se abrieron las grandes y góticas puertas de la cámara real, y entraron Pedro, Muza, los jefes de las tribus, D. Juan de Lara y restantes grandes del reino que recibieron al primero en el castillo próximo á Sevilla. En el acto de penetrar allí, unos rodearon al rey, á D. Juan y Ponce de León, y los restantes tomaron las entradas y avenidas de la estancia donde se hallaban. El príncipe y el conde quedaron en medio del círculo frente al monarca y á dos varas de distancia; el segundo cogió su bocina de guerra en el momento de llegar, la tocó, cuyo sonido se oyó en todo el Alcázar y hasta en las calles inmediatas, é instantáneamente fué contestado por veinte más de fuera del palacio, y á la vez escuchó el ruido de muchas carreras y el de armas que chocaban terriblemente. Alonso y D. Juan temblaron y palidicieron; Ponce de León tiró de su espada, siendo en el acto desarmado por Abenamar Abencerraje y por Correa, que se echaron sobre él como dos leones. El monarca exclamó:

—¿Qué es eso, señores? ¿Quiénes sois?

El atleta montañés se alzó entonces la celada, ejemplo que imitaron los suyos, contestando en el acto:

—No os asustéis, D. Alonso; soy yo y los míos que venimos á visitaros de parte de vuestro hijo.

—¡El Temerario! ¡Maldición!—gritó el

rey, cayendo sobre el respaldo del sillón y cubriéndose el rostro con las manos.

Ya no era ruido lo que se sentía; era una confusión espantosa que, empezando en las habitaciones contiguas á la cámara, se extendían por el Alcázar y la ciudad. Las campanas tocaban á rebato, cien bocinas repetían los sonidos iniciados por Lara, y se escuchaban continuos vivas á Sancho IV y á Pedro de Lara, mezclados con lastimeros ayes que exhalaban los moribundos parciales del anciano monarca. Este, con voz ronca y temblorosa, tornó á exclamar:

—Pedro de Lara, ¿qué vais á hacer de mí? ¿qué queréis? ¿Qué nueva é inicua traición os trae ante mí? ¡Oh, debéis caminar siempre acompañado del mismo Lucifer!

El joven le miró con calma, desprecio y tranquilidad, y le contestó:

—Os repito que no os asustéis: vengo de parte de vuestro hijo, y aquí no hay más demonio que vos. En cuanto á ese ruido que escucháis, yo os diré lo que lo motiva. Oídme bien: desde hace tres días tengo sitiada á Sevilla, y en mi poder á vuestros espías de Córdoba, lo cual ha ocasionado el que ignoréis todo, absolutamente todo lo que pasa en el reino y aun lo que ocurre en la corte, pues esta noche han sido tomadas por mis vasallos y parciales cuantas casas rodean el Alcázar; de modo es, que al oír el eco de mi bocina, los ochocientos caballeros que me acompañaron á vuestro palacio y quedaron en sus patios y galerías de acuerdo con los encerrados

en los edificios inmediatos, han caído sobre vuestros débiles y cobardes soldados, y en este momento dan fin de los pocos que se hayan atrevido á hacer frente á mis valerosas huestes. A la vez estarán entrando en la capital mis invencibles montañeses, las principales y más aguerridas tribus granadinas, y hasta el resto de ese Ejército, que tan gratos recuerdos dejó al vuestro en las cercanías de Córdoba.

El rey le contestó:

—¡Otra nueva traición, Lara! ¡Otra alevosía!

—D. Alonso: os oyen el hermano del califa granadino, los principales grandes del reino y los jefes de las primeras tribus musulmanas, y todos ellos saben que el traidor, el injusto, el calumniador, sois únicamente vos.

—¡Temerario mancebo: por decoro á vuestro país, por el título y grandeza que ostentáis, porque os escucha un príncipe y cuarenta extranjeros, tratad de otro modo á vuestro rey y señor!

—Cuando lo fuisteis, vine y os rendí vasallaje; era en esta misma habitación: ¿y qué hicisteis conmigo?... Vos, el que dijo: *«el déspota arranca el árbol, el monarca sabio lo poda»*. ¿Qué practicásteis con esta fructífera planta el primer día que os vino á ver, á demandaros un acto de justicia? ¿Creísteis, por ventura, que vuestras caducas manos podrían *arrancar el árbol* de la casa de Lara? ¿No visteis que contaba cinco siglos de existencia, que sus raíces

se extendían por todas partes, y que su corazón era de roca?

—Ya veo que os atrevéis conmigo porque soy viejo y me encuentro solo.

—Os equivocáis; yo lucho solo con el león, con los leones; á las culebras las pulverizo con mi planta.

—¡Lara, insultáis á vuestro rey! Y vosotros, nobles granadinos y castellanos, ¿cómo toleráis que á un anciano se le trate así?

Todos, á excepción del infante y Ponce, escucharon con desdén esta interrogación, sin que ninguno se dignase contestar. El conde replicó:

—D. Alonso, basta de haceros ilusiones por más tiempo; cansada la nación de vuestras injusticias y desaciertos, ha proclamado rey á vuestro hijo, y ni los presentes, ni yo, ni ningún castellano, os reconoce ya por otra cosa que por un vasallo de vuestro soberano, al que yo represento aquí como embajador y primer jefe de sus Ejércitos.

En este instante se llenó aquel salón de caballeros moros y cristianos, dieron un viva á Sancho IV, otro á Pedro de Lara, y alzando su voz el capitán Vivar, dijo:

—Señor conde: los soldados del Alcázar y fuertes del bando contrario se han rendido unos, otros han perecido, y la mayor parte han optado por la más vergonzosa huida. El resto del Ejército ha llegado á Sevilla, y á la ciudad, con todas sus fortalezas, como igualmente el palacio, están en nuestro poder, sin que quede ya un rin-

cón en Castilla y León donde no impere la voluntad de S. A. D. Sancho IV.

—Está bien, valeroso capitán: lo mismo aquí que en todas partes, ha bastado vuestra sola presencia para vencer y confundir á vuestros enemigos.

Y alzando más lo voz continuó, dirigiéndose á los que acababan de entrar:

—Señores, esperad todos, y presenciad el desenlace de la terrible escena comenzada anteayer en el salón de embajadores de Córdoba.

La cámara estaba ocupada, ahora por más de cuatrocientos partidarios del nuevo rey; un silencio profundo siguió á las últimas frases del Temerario. D. Alonso, sentado en el regio sillón, quedó como anonanado, bajo el peso de las palabras de su poderoso enemigo y de la fatal nueva que acababa de oír por boca de Vivar; Ponce de León estaba desarmado, y con los brazos cruzados é inclinada su vista al suelo, demostrando tristeza y pesar; los restantes, incluso el infante D. Juan, miraban á Lara con interés, y el príncipe Muza, que permanecía á su lado, le cogía de vez en cuando la mano derecha, y se la estrechaba con placer. Había cesado el ruido de armas, carreras, bocinas y campanas, y sólo se oían algunos vivos dados á D. Sancho y al joven del Saucejo. Este se quitó el casco, se lo dió á Correa, arregló su melena, deslió un largo pergamino, y le dijo al anciano:

—Os he anunciado que traía una misión de mi rey, y voy á cumplirla. Hace

seis días recibió aquél el siguiente escrito, redactado y firmado por vos.

Y Lara leyó con calma y acentuando mucho las frases que contenía la denuncia hecha por D. Alonso, sobre los supuestos amores de la reina con el conde de Lara, y la que ya conocemos. El anciano volvió á temblar, el rostro de su contrario se encendió; mas trató de dominarse cuanto pudo, y dejando de leer, dijo:

—Oid ahora todos la contestación que da el hijo á tan torpe calumnia.

Y leyó:

«Mi querido padre: mi adorada esposa me ama; no tiene rival su virtud, y es un angel que Dios puso á mi lado para endulzar los sinsabores y disgustos que me causan las traiciones, calumnias y alevosías que se atreven á practicar algunos de mis vasallos. El conde de Lara tendrá quien le aventaje en valor, denuedo y bizarría, pero no en nobleza, lealtad y cariño hacia mí: en prueba de esto ved cómo sus más encarnizados enemigos se valen de la calumnia por no hallar otras armas que esgrimir contra la rectitud de sus obras; por eso le encargo me represente en esa capital, aceptando como míos todos sus hechos y palabras. Os advierto que está en mi poder la correspondencia que sostuvisteis con D. Ramiro de la Puenta, el cual ha sido sentenciado y ejecutado por traidor; con arreglo á las leyes del reino; perdono, no obstante, á su cómplice, y le ruego á Lara tenga misericordia de él.—
Vuestro hijo, **Sancho.**»

Convulso el rey, cadavérico su rostro, y con voz débil y entrecortada, le preguntó:

—¿Qué vais á hacer de mí? No es Sancho el que manda, sois vos. ¿Qué suerte me deparáis?

—D. Alonso, ni ansío poderes ni riquezas, ni me ensaño con mis enemigos; antes que vuestro hijo. os he perdonado yo; mas en cumplimiento de mi deber como jefe del gran partido nacional, os invito á que abdiquéis en D. Sancho, cupliendo de este modo la voluntad de los más, en cuyo caso quedaréis en libertad de residir donde queráis, ó como os cuadre mejor...

D. Alonso interrumpió al joven diciéndole:

—Eso, nunca; rey he nacido y rey he de morir.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Sí.

—¿Comprendéis las consecuencias?

—No me importan; las acepto todas; matadme si queréis.

El conde exclamó entonces con voz solemne:

—Está bien; ya lo habéis oído, señores: se opone á la voluntad del país y desobedece á su rey D. Sancho. Capitán Vivar, D. Rodrigo de Buitrago con cien caballeros de los que os acompañan y dos mil soldados, quedáos en el alcázar vigilando la persona del prisionero D. Alonso.

—¡Preso yo!... ¡En poder de Lara!... ¡Ay!

Y el anciano inclino la cabeza, y cayó

sin sentido sobre el bazo derecho de su sillón.

El conde exclamó:

—Aquí firmásteis mi sentencia de muerte; aquí forjásteis la más torpe de las calumnias, aquí debéis empezar á morir.

Y partió de allí, encargándole á D. Juan que cuidase de su padre, desterrando del reino á Ponce de León, y dejando en el palacio los dos mil ciento dos hombres destinados á la guardia de la morada real y custodia de D. Alonso.

El ejército de Pedro se extendió por la ciudad, infundiendo terror y espanto en los partidarios del anciano monarca que escaparon de la anterior sorpresa, los cuales huían despavoridos sin dirección fija. El pueblo sevillano abrió sus puertas á los vencedores, y en este momento vitoreaba, aplaudía y colmaba de elogios á los invasores, y muy particularmente á los montañeses del Saucejo, cuyo renombre de valientes y arrojados conocía perfectamente. Mas en cuanto el conde de Lara salió de palacio y fué reconocido por las masas, todas las miradas se dirigieron á él, siendo seguido y aclamado por la multitud con loco frenesí, hasta que llegó á su casa. Pedro alojó en ella al príncipe, jefes y caballeros moros y cristianos de su ejército, y á los restantes en los edificios públicos de la capital. Los grandes del reino que le acompañaron hasta el alcázar lo despidieron á la puerta de su castillo, comprendiendo la necesidad que tenía de descansar; así era efectivamente, pues el mance-

bo llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir, y veintitres leguas andadas; de modo es que, en cuanto penetró en su opulenta mansión, estrechó al viejo Rodrigo, almorzó con sus compañeros de armas, y se acostó, permaneciendo en el lecho, y sumido en un tranquilo sueño, algunas horas.

A las cuatro de la tarde lo vistieron, y acompañado únicamente de su escudero Correa, marchó al Alcázar de D. Alonso, preguntó por éste, y entró en la habitación donde se hallaba. El anciano estaba en cama; á la derecha descansaba el infante D. Juan; á la izquierda lo observaba su médico de cabecera, y cerca de allí, lo vigilaba un caballero de los de Lara. Cuando el enfermo vió al conde, se incorporó un poco, y le dijo:

—¡Me habéis arrancado una corona, y con ella la vida! Si alguna vez fui torpe con vos, alegráos, mancebo del Saucejo, que la venganza ha superado á vuestros deseos; ¿no es cierto?

Pedro se aproximó al paciente, lo miró fijamente, y le replicó:

—No. Si hubiérais sido un grande del reino, á pesar del mucho daño que me hicisteis y del encono con que me tratásteis siempre, no atentara contra vos. Juzgué de vuestras obras como rey, por las iniquidades hechas conmigo; ví que el país os repudiaba, y ayudé á vuestro hijo; y por Dios que á D. Sancho, á su pueblo y á mí nos sobraba razón.

—Sin vos, poco ó nada habría conseguido el pretendiente.

—Y vos, que tanto talento tenéis, adivinásteis lo que yo podía hacer, y me sentenciásteis á muerte; ¿es verdad?

—No os conocía cuando os mandé prender.

—Y al poneos de acuerdo con vuestro hijo D. Juan para robar á Fátima, precipitarme y acabar conmigo, ¿me conocíais entonces? Y cuando mandásteis á Ponce de León y al rey de Fez al monasterio de San Pablo á que me asesinasen, ¿me conocíais ya? Y al ganar á Ramiro de la Puente, forjar un crimen y deshorrar á vuestros hijos, con el laudable fin de que yo pareciera, ¿no me conocíais aún?

—¡Me estáis matando lentamente, conde de Lara!

—No, acaba con vos la vejez; yo sólo os recuerdo parte de vuestros delitos, para que, en estos últimos momentos de existencia, pidáis perdón á Dios de tanta falta... Y por si, avezado á éstas, ha huido de vos el remordimiento, vengo yo á haceros presente que se halla la muerte retratada en vuestro semblante, que váis á expirar muy pronto, y que os aguarda Dios para pedir os cuenta de vuestras acciones.

—Os equivocáis; por más que vos queráis lo contrario, tengo todavía vida, mucha vida, ¿no es cierto, mago? ¿No contestas?... Habla tú, Juan; ¿te parece, como á mí, que á Lara le engañan sus deseos?

Ni el mago ni el infante respondieron; ambos bajaron la cabeza, sin atreverse á replicar. El Temerario les interrogó:

—Hablad, señores, yo os lo ruego; decid-

le á ese anciano la verdad; y si opináis como yo, no tardad en manifestársela, porque es muy estrecha la cuenta que tiene que dar, y muy penoso el castigo que le aguarda, si el Todopoderoso no se apiada de él.

Pero ambos continuaron silenciosos; D. Alonso los miraba, movía la cabeza, y daba señales de disgusto. Por fin, su hijo alzó la frente, y exclamó:

—Padre mío, el conde tiene razón; ¡en vuestro rostro está retratada la muerte! Yo os suplico desterréis de vos toda idea mundana, y os entreguéis á la religión, única que podrá abriros las puertas del cielo; ¡de esa eternidad llena de ventura y dicha ó de tormentos y pesares! Pero antes, padre amado, abdicar en vuestro hijo don Sancho, puesto que así lo desea el país, y no contrariéis en tan solemnes momentos la voluntad de un pueblo que tantos años os ha obedecido.

—¡Tú también, mal hijo! ¡Te habrás vuelto á vender, si es que alguna vez has seguido mis banderas!

—¡Padre, he sido muy malo; pero he mirado al cielo; he pensado en la eternidad, y he jurado no volver á faltar á Dios! don Alonso, yo os suplico por quinta vez, abdi-
quéis en mi hermano y llaméis en vuestra ayuda y protección á los ministros del

Señor. Acordaos de vuestro padre, que si en vida era un santo, en sus últimos momentos fué un modelo de abnegación, amor á Dios, á sus hijos y á su pueblo.

—¡Pero yo no me hallo en ese caso todavía!... Me estáis los dos engañando; por eso no se atreve á decir nada este sabio. ¡Y



—Hablad, yo os lo mando.

cómo lo ha de hacer, si lo tendréis acabardado!

Pedro entonces se acercó al mago, lo hizo levantar, y dejándolo frente á frente del enfermo, le dijo:

—Hablad, yo os lo mando: enterad á don Alonso del estado de su salud; nosotros no somos doctos, y podemos equivocarnos: notad que peligra su alma, y que yo quie-

no además que digáis la verdad. ¡Ay de vos si nos engañáis!

El médico miró al enfermo detenidamente, le pulsó, estudió sus ojos, y por último, exclamó:

—Puesto que me obligáis á que diga la verdad, declaro que está concluyendo la vida de S. A.; no basta la ciencia para su enfermedad, expirará mañana, y le matan sus achaques y vejez.

Al escuchar D. Alonso tan terrible fallo, perdió el conocimiento. Lara salió de allí acto continuo, mandó llamar al nuncio de S. S., al arzobispo de Sevilla, al obispo Mendoza, y á otros respetables y esclarecidos sacerdotes, y en cuanto llegaron á palacio, les enteró del estado del enfermo, disponiendo que todos le rodeasen y permaneciesen á su lado hasta el momento de su muerte. En consecuencia, hizo salir de la régia alcoba al inútil mago y al infante don Juan, dejando solo al paciente con los ministros del altar. Antes de partir, le dijo:

—D. Alonso, para aquí y para ante Dios, os perdono el daño que con vuestras palabras y obras me habéis hecho. Os dejo en completa libertad para todo aquello que no atente contra la vida ó el reinado de vuestro hijo D. Sancho. No estáis ya preso, y lo mismo mis soldados y parciales, que yo, todos nos hallamos dispuestos á realizar vuestros deseos. D. Alonso, acordaos de vuestro padre, y que Dios os reciba como á los hijos de su pueblo elegido.

Y salió de allí, encargándole á D. Juan

el mando del Alcázar, y la custodia de su padre.

Lo primero que hizo luego el noble y generoso mancebo, fué escribir á sus amigos de Córdoba, para que preparasen el ánimo de D. Sancho, á fin de que no le sorprendiera la noticia de la muerte de su padre; después entró en la capilla de su palacio, y rogó á Dios por el alma del anciano monarca; y seguidamente bajó al panteón de sus mayores, destapó el féretro que encerraba las cenizas de su madre, regando éstas por tercera vez con el llanto de sus ojos. Cuando concluyó, subió al Alcázar, y pasó el resto del día hablando con sus amigos y con los muchos grandes que continuamente iban á visitarle. Descansó aquella noche, mas al despertar á la mañana siguiente, le participaron que don Alonso estaba agonizando; y á las diez supo, por el capitán Vivar, que el padre de D. Sancho acababa de expirar. Se dió, pues, y por pura etiqueta, el tan sabido grito de «¡el rey ha muerto, viva el rey!» y quedó el bravo monarca proclamado rey de hecho de Castilla y de León, por más que no lo fuese de derecho, sin que nadie se atreviera á intentar lo contrario. El conde dispuso que los funerales de don Alonso se hicieran con toda la pompa á que era acreedor por su elevada clase, asistiendo á ellos de luto riguroso. Cuando el cadáver estuvo depositado en el panteón, perdonó, á nombre de D. Sancho IV, á todos los enemigos de éste, puso en libertad á los prisioneros, é invitó á los grandes

que habían defendido la causa del difunto monarca á que, olvidando pasadas rencillas, reconociesen á D. Sancho y se hiciesen dignos del aprecio y consideración del joven soberano, lo que consiguió por el pronto. Nombró luego gobernador de Sevilla á su tío D. Juan, y despidiéndose de éste, del viejo Rodrigo y de sus amigos de la capital, partió á Córdoba en compañía del infante, del príncipe, de los jefes de las tribus musulmanas y de su numerosa y brillante escolta. Los restantes moros, y todos sus montañeses, marcharon á la vez en dirección de Osuna, en tan buena armonía, como si nunca hubiesen sido enemigos.

El conde y los suyos se detuvieron en Ecija una noche, y al medio día siguiente llegaron á Córdoba, alojándose Lara, el príncipe, Mahomad y Abenamar en el Alcázar, y los demás en los palacios de varios grandes. El rey y la reina oyeron con sentimiento la historia de los últimos momentos de D. Alonso, supieron con dolor que el padre no quiso revocar el testamento, por el cual desheredaba á D. Sancho, y ambos se reconciliaron con D. Juan, pues el noble Pedro les enteró de los esfuerzos hechos por el infante en favor de su hermano y de haberle cedido la corona del reino de Murcia, que el autor de sus días le otorgó.

El conde mandó correos á los principales ricos-homes y poderosos de la nación, partidarios de D. Alonso, esparcidos en el reino, y estuvo tan político, hábil y acertado, que todos reconocieron á D. Sancho,

quedando éste hecho rey de Castilla y de León, sin obstáculos ni oposición por parte de nadie.

Nueve días después de la llegada de Lara á Córdoba, se anunció á SS. AA., y recibido que fué, le dijo al monarca:

—Señor, no queda un pueblo en Castilla y León, ni un solo grande que haya dejado de reconoceros por su rey y señor. Aquí tenéis las pruebas; sólo falta ahora que V. A. designe el día en que desea tenga efecto su coronación.

Cuando entró Pedro, se hallaban los soberanos sentados en un sofá y hablando de las bodas de aquél; Fátima, ahora Blanca María de Molina, que no se separaba un momento del lado de la reina, estaba en un extremo de la cámara leyendo unas poesías orientales; mas al presentarse Lara, los tres se fijaron en él, y cuando concluyó de hablar se separaron los esposos, hicieron sentar al conde en medio de ambos, la damasquina acercó un cojín de terciopelo, y se recostó á los pies de la reina, y el rey contestó á su favorito Pedro:

—Mi incomparable amigo, no sé qué admirar más en vos, si el modo de manejar la espada, ó el talento y habilidad con que movéis la pluma. Pardiez, bien podían imitaros la mayor parte de los poderosos del reino, que, á pesar de haberse educado en grandes poblaciones y en la holganza, no saben escribir, mientras que vos siempre entre breñas y con la espada desnuda, no hay quien os iguale con la lanza, ni quien os aventaje con la pluma. ¿Ves, María?

hasta mis mas encarnizados enemigos me ofrecen su adhesión y respeto!

Y Sancho le enseñó á su esposa varios pliegos de los que el conde le llevó, mas ésta, sin mirarlos, le replicó:

—No me extraña; les ha escrito el Temerario, como ellos llaman á Lara, y lo ha hecho á nombre de un rey valeroso y fuerte, y han inclinado la cerviz; que te abandone el conde, y muéstrate débil con ellos, y ya verás lo que hacen todos esos hombres.

—Sí, pero como no sucederá ni lo uno ni lo otro, continuarán obedeciendo y callando; ¿no es cierto, Lara?

—Señor, sed fuerte, pero justo, y con-tad con el poderoso auxilio de Dios, que tanto os ha elevado, y con mi completa ad-hesión y apoyo. Si obráis con rectitud; si medís con la vara de la justicia lo mismo al grande que al chico, y si imitáis la ca-ridad, la abnegación, el amor á su pueblo del Divino Galileo, me tendréis siempre con la espada desnuda, mis tesoros abiertos, y mis invencibles montañeses preparados, y ¡ay del que se atreva contra el poderoso y magnánimo rey de Castilla! Se entiende, que vos reinaréis en Sevilla, y yo viviré en Osuna.

—¿Y por qué á mi lado no?

—Entre mis nobles y virtuosos hijos del monte seré feliz y habitaré amado, que-rido y respetado; allí, señor, no hay corte-sanos, ni la envidia, rencores y pasiones bástardas, pueden ejercer su terrible in-flujo.

—¿Y nada tenéis que pedirme vos, á quien tanto le debo?

—Sí, os pido, os ruego, os encargo que seais justo siempre, y que nunca dejéis correr vuestra mente por el halagüeño, pero torpe mar de la adulación.

—Para vos, esposa, amigos ó deudos, ¿no necesitáis nada?

—Justicia, señor, de parte de vos; de lo demás nos sobra.

—Yo quisiera probaros mi gratitud, mi cariño hacia vos, conde, y me estais ce-rrando todas las puertas.

—Os comprendo, noble señor; decidme, ¿cuándo os vais á coronar?

—Mañana; pues deseo que os caséis in-mediatamente.

—¿Cuánto podrán valer mis servicios?

—No tienen precio, Lara.

—¿Me permitís que yo se lo ponga?

—Sí.

—Pues vais á pagármelos, ya que tanto empeño tenéis. Celebrad vuestra corona-ción perdonando á todos vuestros enemi-gos; mandad levantar en el reino veinte templos más, donde día y noche se eleven salmos á Dios, y repartid entre los pobres de la nación cien mil escudos de oro.

—Mucho más valen vuestros servicios, pero, ¿de dónde saco yo tanto dinero? ¡Mi padre ha dejado las arcas vacías, conde!

—Es verdad, pero las mías están llenas, y yo os prestaré cuanto os haga falta.

—¿Llenas decís? ¿Pues no lleváis dos meses sosteniendo cerca de veinte mil hom-

bres, mientras que por otro lado vais tirando el oro de un modo fabuloso?

—Sí señor; más al cumplir los veinticinco años me hallé dueño y señor de tantas tierras, pueblos y castillos, como pudiera ambicionar la más loca fantasía, y encerrado en mis arcas todo el producto devengado en época tan larga. Luego tomé posesión del patrimonio de mi madre, y si á esto unís la riqueza de Mahomad, cedida á su hija, lo que VV. AA. la han concedido el día de su bautizo, el estado floreciente de mis rentas, su gran administración y los tesoros que mi antiguo escudero cogió á mis enemigos en la última guerra, resultará que por cada ducado que sale de mi casa, han entrado veinte.

—No, amigo mío; lo que resulta es que sois mas rico que el monarca mas poderoso de la tierra.

—Todo lo que yo tengo es de V. A., señor.

—Gracias; pero si yo os tomase la cantidad que hoy me ofrecéis, ¿cuándo había de pagárosla?...

—Nunca.

—Entonces, ¿qué recompensa os otorgo?

—El honor de aceptar mi dinero y el ayudarme á practicar tres grandes acciones.

—Sois admirable, amigo mío; haced lo que queráis y marchad pronto á Osuna, pues si permaneciéseis á mi lado, no tendría yo jamás voluntad propia. ¡Qué esposo os concede Dios, Blanca, qué hombre lleváis!

—¡Y qué esposa le ha otorgado el Altí-

simo, mi querido Sancho, qué mujer lleva! Conde, esta preciosa niña vale por lo menos tanto como vos.

—No puede ser, María...

—¿Sabes lo que dices? ¿Comprende lo lo que vale en una mujer la grandeza de su alma, el talento de su cabeza y la fortaleza de su espíritu? ¿Crées tú que tras ese blanco, terso, suave, hermosísimo y transparente cutis se oculta la debilidad de una mujer? ¿Hás podido apreciar lo que es, lo que forma, lo que oculta ese sublime conjunto? Sancho al entrar Fátima Zegri en nuestra santa religión, pasó el Supremo Hacedor á nuestras filas, el acabado y perfecto tipo de la mas bella de sus creaciones.

—Tiene razón V. A., exclamó Pedro, mi hermosa Blanca vale más que yo; sólo se puede comparar su belleza con la bondad de sus reyes, con el amor que nos profesan; ¿no es cierto, tierna amiga mía?

—La bondad del rey es grande, la de mi reina es la de un ángel, parecida á su corazón, igual á su alma, y tan dulce, atractiva y hermosa como su rostro.

—Gracias, preciosa hurí, ya sé que me amas.

—Te he dicho la verdad, reina mía.

—Blanca, ¿cómo hablas á tu señora?

—Como ella desea, como me ha mandado.

—¡Ah!

—¿Os extraña, conde? Pues sabed que mi ahijada jamás será otra cosa que mi íntima amiga, mi hermana.

—Os doy las gracias á su nombre, y no



me admira ese cariño, pues Blanca tiene talento, una vastísima instrucción, y es comprenderá admirablemente.

—Así es, y por Dios que siento separarme de ella.

Todavía permanecieron los cuatro hablando más de una hora. Después dispusieron lo necesario para que al día siguiente tuviese efecto la coronación de D. Sancho, cuyo acto se celebró en la catedral de Córdoba con la suntuosidad acostumbrada y la asistencia de los grandes y caballeros del reino que residían allí. Con motivo del luto por la muerte de D. Alonso, no hubo corte ni función alguna. El rey perdonó en este día á todos sus enemigos, mandó edificar veinte templos, y repartió cien mil escudos de oro entre los necesitados de su país, encargando esta honrosa misión á los monjes esparcidos en el reino. Lara lo pagó todo, sin que sus tesoros se agotasen por tan noble acción. Sancho veía ya á este incomparable sér con más respeto que cariño, á pesar de amarlo bastante. También se otorgaron, después de la coronación, varias gracias á los grandes, jefes del ejército, y caballeros moros y cristianos. Al califa se le mandaron presentes, y á Muza le regaló D. Sancho la espada de oro que llevó al templo y sus seis mejores caballos.

Por la noche se firmó un nuevo tratado de paz entre los reyes de Castilla y de Granada, el cual no fué muy duradero; y seguidamente se dispuso que las bodas de Pedro se efectuasen en Osuna el día 25 de Julio,

seis días después; y acto continuo salieron correos en todas direcciones, invitando á los grandes castellanos, leoneses y granadinos á la magna función que se preparaba en obsequio de los futuros cónyuges. Dos días más tarde se despidió el conde de los monarcas, de su amada, y de todos sus amigos, y marchó, seguido de su escolta, con objeto de dar impulso á las obras que se estaban haciendo en su esplendido palacio de Osuna, al que llegó en la siguiente noche. Cuando hubo descansado reconoció las habitaciones de su rica morada, y quedó sorprendido y maravillado del cambio sufrido en el Alcázar. A éste le habían añadido un cuerpo más, el cual se extendía por sus dilatados y amenos jardines. La nueva parte del edificio era oriental en su arquitectura, muebles, lujo y adornos sin cuento. Casi todos los objetos y riquezas que encerraba el opulento palacio de Mahomad en Mollina, habían sido trasladados allí; de modo es que la mansión de Lara tenía ahora una gran parte gótica, alhajada según el uso castellano, y la otra moruna, adornada con tanto gusto y grandeza como la famosa Alhambra del califa de Granada. Rueda se propuso que la futura condesa no echase de menos nada del lujo y opulencia que sus ojos estaban acostumbrados á ver, y llevó á cabo su pensamiento de un modo admirable.

Nada faltaba: extensos y dilatados salones, preciosos tapices, molduras y relieves de oro; cuadros, mosaicos, mármoles, jaspes y alabastros; sedas, pebeteros, jarro-

nes, mesas, divanes, sillones; inmensos jardines con cascadas, estanques, fuentes, estatuas, arroyos; bosques de naranjos, de rosas, de arrayanes, y un conjunto, en fin, indescriptible. Pedro buscó por todas partes al autor, sin que le fuese posible hallarlo, ni á nadie que le diera razón de él; por fin, al medio día se le presentó el buen Lázaro, empolvado, sudando, y al parecer rendido por la fatiga. Lara le dijo:

—Yo creía que te habías retirado á tu palacio de Marcia. Llevo en Osuna dieciocho horas, sin encontrar quien indicara tu paradero.

—Si—le contestó Rueda sentándose—, ando muy ocupado con tu boda y los monjes de San Pablo.

—¿Qué tienes tú que hacer con esos santos varones?

—¡Ahí es nada! Los estoy hospedando.

—¿En dónde?

—En su nuevo y magnífico convento.

—¿Quieres explicarte?

—Sí. En el sitio en que tú me mandaste hacer una casa para San Basilio, la han hecho para San Pablo. De este modo estarán cerca de nosotros los padres que te salvaron la vida, y podrás ver cómo día y noche ruegan á Dios por el alma de tu madre. ¡Qué edificio les he mandado cons-

truir! ¡que iglesia! ni en Roma existe mejor.

—Lázaro, ¿quién manda en mi casa, tú ó yo?

—Los dos. ¿Estás descontento?

—No, pero... ¿Qué has hecho de la ermita de San Basilio?

—Dejadla dónde y como estaba.



—Si—le contestó Rueda, sentándose.

—¿Se han trasladado ya los monjes?

—Acaban de verificarlo.

—Me alegro, y apruebo la idea.

—Ya lo suponía yo.

—Cada día discurre mejor.

—No lo creas, antes era lo mismo.

—¡Vanidoso!... ¿Sabes cuándo me caso?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me lo han escrito de Córdoba.

—¡Ah! ¡Con que tienes relaciones con la corte!

—¿No soy señor de Marcia?

—Te habrán dicho también el número y clase de convidados...

—Sí.

—¿Luego me espían?

—Sí.

—¿Ese será tu compañero Correa?

—Sí.

—¿Que te propones?

—Eso no te importa.

—Está bien. Que avisen á los monjes mi llegada.

—Te están esperando.

—Y á los montañeses que esta tarde recibiré á los ancianos.

—Aguardan que les hagas esa merced.

—Todas las personas que me sirven, grandes y chicos, recibirán el día de mi boda el sueldo de un año.

—¿Y los de la montaña y la selva?

—Ya determinaré. Rueda, mi palacio va á ser honrado por los reyes y los principales señores de Castilla, León y Granada; procura dejar bien el nombre de Lara.

—¿Cómo no has celebrado tus bodas en Córdoba?

—Porque está la corte de luto.

—Es verdad. Vive tranquilo, que la función será digna del primer grande del reino; mas prescinde de mí durante estos días, Correa te servirá.

—Adiós, amigo mío, no te olvides de nada.

—De nada, dichoso y afortunado doncel.

Poco después montó á caballo el conde, y en unión de Buitrago, Vivar y Correa se dirigió al monasterio de San Pablo. Toda la comunidad, presidida por el superior, salieron á recibirle, estrechádolo el abad con el más tierno interés.

—¡Hijo—le decía el noble profeso—, cuánto he gozado al oír el relato de tus victorias; al saber el valor y talento con que vences, la hidalguía con que perdonas! ¡Oh, dichoso yo que ayudé á sacar de entre las garras de la muerte esa hermosa y noble cabeza! ¡Bendito el Todopoderoso que veló por tí en aquellos supremos instantes!

—Gracias, padre—, replicaba el conde estrechando á todos los monjes; ya sé que os debo la vida, y mi agradecimiento será eterno. ¿Estáis contentos en vuestra nueva morada? ¿Es buena? ¿os falta algo?

—Hijo mío, esta mansión es la primera de Castilla, y la iglesia no creo que tenga rival. Entremos y la verás.

Y en medio de la comunidad, Lara y los tres que le acompañaban recorrieron todo el convento, penetrando después en las grandes y dilatadas naves del templo. Los cuatro quedaron sorprendidos de la extensión, magnificencia y lujo de aquel edificio; el palacio de los Castros se convirtió efectivamente en el primer convento de Castilla; Lázaro comprendía los deseos é intenciones de su esplendido y generoso ahijado de un modo admirable. Luego subie-

ron al coro y allí oró el conde largo tiempo, confundiéndose su voz con las de los frailes; después comió con el abad, y le ofreció visitarle una vez lo menos á la semana, mientras permaneciese en Osuna. Y seguidamente se despidió de los monjes, volvió á montar á caballo y partió al Saucejo, seguido siempre de Buitrago, Vivar y Correa. Entró, pues, en su castillo, é hizo comparecer al consejo de ancianos de la montaña y de la selva. Cuando los tuvo delante, les preguntó:

—¿Qué conducta han observado las esposas mientras sus maridos peleaban á mi lado en defensa de su rey?

Uno de ellos, que tendría noventa años de edad, se acercó á Lara y le contestó:

—Señor, los que no hemos podido seguirle por prohibírnoslo la edad, enfermedades ó sexo, hemosorado noche y día por tí, por la causa que defiendes y por las vidas de los que te acompañaban. Nadie ha faltado á sus deberes; nuestras órdenes han sido cumplidas, y ni una sola queja tengo que elevar hasta tí, noble padre, generoso señor. Durante tus padecimientos, hemos regado la iglesia con el llanto de nuestros ojos, y al saber tus victorias hemos pedido á Dios como de costumbre, por los desgraciados que inmola tu valor y el de tus hijos.

—Bien, amigos míos, esas nuevas aumentan mi alegría, y forman parte de mi felicidad. Vivid honrados, virtuosos, y si alguno falta á sus deberes echadlo de aquí. que la mala semilla no fructifique jamás

en los estados de Lara; ¡ay del que no os obedezca ó deje de imitar vuestra noble conducta!

—Si alguno se atreviese á seguir otro camino que el trazado por tí, pronto te llevarían su sentencia de muerte.

—Y yo la firmaría en el acto.

—Y nosotros le arrancaríamos la vida.

—Decid á mis montañeses que pasado mañana tendrán señora. Quiero que ese día lo celebréis todos; á los que me han seguido á la guerra les daré cincuenta escudos de oro á cada uno, veinticinco á los demás, sin excluir clase, edad, ni sexo, y al que se case el mismo día, doscientos.

—Señor, nada nos falta; antes, por el contrario, somos muchos los que tenemos ahorros, ¿para qué nos das más?

—Deseo que os sobre, y que ese día, el más feliz de mi vida, estéis alegres y contentos.

—Sea, puesto que tú lo mandas. ¿Cuándo podremos ver á la señora condesa?

—Mis bodas tendrán lugar en el nuevo convento de San Pablo; formad vosotros la carrera desde mi palacio al monasterio, y la veréis todos reunidos; el que desee hablarla particularmente que venga aquí dos días después. Os advierto que irán con nosotros vuestros reyes.

—Rueda nos ha dicho que es muy hermosa y tan buena como tú.

—Así es la verdad.

—Señor, dila de parte nuestra que la amamos como á tí, y que nuestras vidas le pertenecen.

—Gracias, amigos míos.

—¿Nos das tu permiso para retirarnos?

—Sí.

—¿Nada tienes que ordenarnos?

—Que no toleréis la más leve falta; que vigiléis noche y día á mis hijos, y que al denunciarme un hecho traigáis extendida la sentencia; pero antes enteráos bien, no vayamos á castigar á un inocente, y... no os lo perdonaría jamás; ¡pobre hijo mío!

—Vive tranquilo, y ¡que el cielo te premie la bondad con que tratas á tus vasallos!

Lara estrechó las callosas y arrugadas manos de los ancianos, y poco después volvió á Osuna, siendo saludado en el camino por seis ú ocho mil montañeses de los que regresaron á Sevilla, que le salieron al encuentro. Luego visitó á los individuos de las tribus granadinas, que esperaban en la ciudad las órdenes del príncipe, y seguidamente cenó, y se retiró á descansar, ansioso de que llegase el próximo día, víspera del de su enlace con su adorada Fátima.

Pasó la noche, el sol comenzó á extender sus luminosos y ardientes rayos; vistieron al conde, y después de visitar éste su capilla y asistir al santo sacrificio de la Misa mandó llamar á su escudero Correa y le preguntó:

—¿Sabes tú dónde se halla Rueda?

—El señor de Marcia está en todas partes y en ninguna; estos días anda tan diligente que sólo se detiene el tiempo indispensable para dar órdenes, reconocer las

obras, dirigir; luego monta á caballo, parte solo y vuelve cubierto de polvo y de sudor. Mas os puedo asegurar que nada echaréis de menos, ni notaréis falta, omisión ni descuido; mi antecesor tiene la cabeza más fuerte aún que el brazo, y en estos días se multiplica.

—Bien; entonces, que partan cuatro hombres á Alcalá, y en el instante que distingan la comitiva de SS. AA., que regresen á escape para recibirlos. Tú, D. Rodrigo, Vivar, y el resto de mi escolta, esperarás dispuestos á acompañarme.

—Señor, por orden de Rueda salieron al ser de día D. Ricardo y dos caballeros más con el mismo encargo, y nosotros esperamos el aviso para acompañaros. Os repito que Lázaro está en todo.

—Mi buen amigo cree que todavía soy menor de edad, y continúa disponiendo y haciéndolo todo. Vamos al jardín.

Y Pedro, seguido de su escudero, anduvo por entre los bosques de naranjos, las cascadas, los arroyuelos, estanques y flores sin dirección fija, abstraído con las muchas ideas que se agolpaban á su mente, é impaciente en grado superlativo. Se rompió su preciosa túnica de cachemir, estuvo á punto de caer en un estanque, y, por último, se retiró de allí mojado con un girón en sus vestiduras, y más impaciente cada vez. Fátima iba á ser suya, faltaban horas para ver realizados sus más dorados sueños, y cada instante que pasaba le parecía un año. En estos momentos perdió el

valeroso Temerario su proverbial serenidad y aplomo.

Por fin vió á lo lejos correr tres caballos en dirección del Alcázar, y poco después reconoció á D. Ricardo, que adelantándose á sus compañeros, llegó al pie del balcón donde Lara estaba asomado y le gritó:

—Señor conde, SS. AA. han cruzado el Guadaira y se dirigen á Osuna.

Pedro se volvió á los suyos y exclamó:

—¡A caballo!

Y cinco minutos después partía seguido de su brillante y numerosa escolta. Según avanzaba iba encontrando grandes y caballeros del reino que llegaban de todas partes, con el objeto de asistir á sus bodas. Lara los saludaba, estrechaba sus manos y continuaba, hasta que á legua y media de Osuna se incorporó con sus reyes, quedando sorprendido al ver á D. Sancho que, delante de todos, caminaba hablando con Rueda, muy alegre y satisfecho al parecer. En cuanto llegó el conde saludó Lázarro al monarca y picó á su caballo, dirigiéndose á la ciudad sin decirle nada á su amigo. Este cruzó algunas palabras con el rey, la reina y Fátima, y á la izquierda del primero continuó retrocediendo á Osuna.

Doña María y doña Blanca viajaban en literas conducidas por los robustos esclavos de Mahomad, yendo lo mismo las damas de una y otra. Los demás iban todos á caballo, llevando el orden siguiente: Delante caminaban D. Sancho, el príncipe Muza, el infante D. Juan y Lara; seguían las dos literas con la reina y doña Blanca, rodea-

das de la escolta del rey y de todos los jefes de las tribus musulmanas; en pos caminaban los grandes cordobeses y muchos cortesanos; luego la comitiva de Pedro, varios caballeros moros y cristianos, y últimamente los pajes, criados, esclavos y esclavas conduciendo los equipajes y regalos de boda. Así entraron en la ciudad á las siete de la tarde, siendo recibidos con repique de campanas, vivas á los soberanos y un entusiasmo grande. Todos se hospedaron en el palacio de Lara, como igualmente el nuncio de Su Santidad, los arzobispos de Sevilla y Córdoba, el obispo Mendoza, D. Juan de Lara, otros parientes del conde y un sinnúmero de amigos que llegaron aquella noche y á la mañana siguiente. Los restantes palacios de Osuna también se llenaron con los muchos señores y señoras que acudían de todas partes, amigos, parientes ó conocidos de los habitantes de la ciudad, convidados ahora á las bodas del conde. Hasta el califa de Granada escribió á su hermano encargándole que lo representase en la fiesta, y entregase á la novia un magnífico aderezo que le mandó. El enlace del Temerario estaba siendo, por consiguiente, un acontecimiento de los más notables de aquella época.

El nuevo señor de Marcia andaba de un lado para otro, disponiéndolo todo, sin olvidarse de nada, ni aun de los que se alojaban fuera del Alcázar, á los cuales visitaban los caballeros del conde, ofreciéndoles casa y cuanto necesitasen.

Los reyes y sus acompañantes descan-

saron dos horas, cenaron luego y disponiendo que el enlace se verificase á las doce del día siguiente, se retiraron á sus dormitorios. A pesar de la magna reunión de tantos hombres y mujeres, diferentes muchos en usos y costumbres, religión y estado, todos encontraron cabida, y hasta lujo y comodidad en sus respectivas habitaciones. Lara, el príncipe, Mahomad y doña Blanca, hablaron una hora más, buscando después cada cual su lecho. El conde llamó entonces á Rueda y le dijo:

—Siéntate, amigo mío, que estarás rendido, y tenemos mucho que hablar.

—Bastante he trabajado, efectivamente, en estos veinte últimos días, mas ya sabes que no me abruma la fatiga.

—He visto con sumo placer cuánto te desvelas por mí y deseo que descanses ya y seas feliz.

—No hago nada de más, ¿no soy tu padre?

—Sí, pero quiero que dejes de fatigarte y disfrutes de una tranquilidad que no has conocido nunca, que ya reclama tu edad y los muchos trabajos que has pasado en este mundo. Lázaro, sé franco conmigo: ¿será posible que te muestres insensible al amor? ¿No has querido á ninguna mujer?

—Pedro, hay una... ¡pero es tan dura de cascos!...

—Rueda, no andes con rodeos, hálame franca y categóricamente.

—Pues bien, hijo mío, hace algunos años que sostengo relaciones con una mora nacida en La Roda...

—Lázaro, ¿qué dices? ¡una mora!

—¿Y qué tiene de particular? ¿No lo era también Fátima?

—Es verdad, si la tuya es tan buena...

—Ahí está el mal, que no puedo obligarla á que se haga cristiana. Es hija de un santón y tan fanática como su padre. La he bautizado veinte veces lo menos, pero de nada me ha servido; al día siguiente se va á la mezquita y se retracta de la palabra que me dió la noche antes.

—¿Cuánto tiempo la conoces?

—Diez años.

—¡Friolera! ¿Y no has podido en todo ese tiempo convencerla?

—Sí; pero luego se vuelve atrás.

—Pues ya no debe ser niña.

—Tiene treinta años.

—Muchos son para conseguir el objeto. Sin embargo, yo me comprometo á que sea católica.

—¿De qué modo?

—Encargándoselo á doña Blanca.

—Si tu futura lo tomase con empeño...

—¡Pues no lo ha de tomar! con tanto como tú. Supongo que tus amores con ella habrán sido los de un caballero...

—Tanto como amarla... yo sólo te he amado á ti y á tu padre... Pero, en fin, la quiero mucho y me casaré con ella.

—Pues si no la amas, ¿por qué no buscas una castellana digna de ti?...

—Pedro, no puedo... no puedo...

—¡Que no! ¿Por qué?

—Hay de por medio...

—Lázaro, ¿has faltado á los deberes de un caballero?

—Es que yo no he sido caballero hasta hace poco que me nombró S. A.

—Pero has debido ser siempre cristiano y virtuoso.

—Sí; pero perfecto no hay nadie, y yo había de tener algún defecto.

—¿Por qué no me has imitado?

—Tú eres un niño aún, y no sabes lo que son pasiones.

—Lo que son vicios, querrás decir. Por María y la Cruz que...

—Ves por lo que no te quería decir nada. Si ya está hecho, ¿á que incomodarte?

—¡Lázaro, tú, mi amigo, mi padre, mi maestro! ¿Qué se dirá de nosotros?

—Nada, la convierte Blanca, nos casamos, y se acabó el pecado.

—No, el pecado lo perdona Dios, pero la mancha queda siempre indeleble.

—¿Y qué quieres que haga?

—Ya nada; mañana mandaré por esa mujer, y antes de ocho días habéis de estar casados.

—Eso quiero yo; ¿me perdonas?

—Sí, mas me duele...

—No pienses ya en eso; ¿qué otra cosa puedo yo hacer que darla mi mano?

—Y rogar á Dios que te perdone.

—Por supuesto. Con que recuerda á Blanca y hasta mañana. ¿Me das tu mano?

—Sí. Antes de acostarte dí á Ali que entre.

Los dos amigos se estrecharon; salió Marcia y poco después se presentó el leal africano,

besó la mano de Pedro y se sentó á sus pies. Lara le preguntó qué deseaba, y el negro le rogó que lo dejase al lado de su señora, única gracia que anhelaba por entonces, y la que le fué concedida, otorgándole un destino honroso cerca de Blanca. Luego recibió á Isac y quedaron convenidos en que éste no lo abandonaría nunca; el sabio quería ya entrañablemente á Lara, y le juró no separarse de su lado. Todavía habló el conde con varios de los jefes y caballeros que le servían, distribuyendo entre ellos gracias y favores, hasta que todos quedaron satisfechos. Seguidamente le dejaron solo y durmió cinco horas.

Llegó por fin el grandé, el venturoso día para el conde y la futura condesa de Lara; para el más valiente, noble y gentil caballero de Castilla; para la mujer más hermosa, elegante é ilustrada de las nacidas en Oriente, en ese país de la belleza. Todos los edificios de Osuna aparecieron adornados con colgaduras, flores, inscripciones y mil caprichos. Las campanas tocaban á vuelo, las músicas entonaban alegres melodías, y ochocientas jóvenes montañesas, ricamente engalanadas, formaban danzas y discurrían por la ciudad, mientras que sus hermanos del monte y de la selva cantaban himnos en loor y alabanza de los futuros esposos. Poco después fueron llegando moros y moras de Mollina y sus alrededores, y unidos á los montañeses ayudaban con sus juegos, bailes y cantares á celebrar las bodas de Fátima. Habían desaparecido el odio y rencor entre mahometa-



nos y católicos, y elogiando unos al novio y otros á la novia, se unían, estrechaban, y juntos formaban un solo coro de alabanzas y plácemes á los condes de Lara. El rey, la reina y los grandes y caballeros moros y castellanos miraban sorprendidos tantos miles de almas, y el júbilo y el amor que profesaban á Pedro, y entonces comenzaron á comprender los efectos de la virtud y bondad del Temerario y el inmenso poder que este hombre abarcaba. Por las calles de Osuna transitaban ahora treinta mil personas entre cristianos y cristianas, y en todos ellos se veía retratado el respeto y cariño que tenían al incontrastable señor de aquella tierra.

Dieron las once y el opulento palacio del dichoso mancebo fué acabándose de llenar con los grandes y caballeros convidados que habitaban fuera de él. En este instante las calles de la ciudad quedaron desiertas, retirándose los que transitaban por ellas á la carrera ó camino que formaba la distancia que separaba á los novios del convento de San Pablo.

Llegó por fin el momento deseado, se abrió la puerta principal del Alcázar y salieron doscientos caballeros de la casa de Lara con traje de corte, ostentando todos el escudo de armas y los colores de los Laras; á éstos seguían cien guardias del rey y otros doscientos caballeros de SS. AA., y en pos aparecieron Pedro y Blanca en medio de los monarcas. Ella vestía de blanco con bordado de oro y brillantes, y él de encarnado con igual bordado; los dos lucían la

corona condal, y si ella iba hermosísima, arrebatadora, él era el tipo más acabado del hombre varonil, apuesto, gentil y elegante. Ambos llevaban el pelo caído en ondas sobre los hombros, los rostros encendidos, ardientes las miradas y esbeltos sus cuerpos en sumo grado. Sus trajes, adornos y coronas eran regalos de D. Sancho y de doña María, y no cabía en ellos más lujo, arte ni riqueza. Los soberanos lucían sus mejores galas de corte, y cada cual llevaba cogido de una mano á su ahijado. Detrás caminaban el príncipe Muza y el infante D. Juan en medio de Mahomad y de D. Juan de Lara. Seguían á éste las damas, las grandes señoras, los grandes del reino, los jefes de las tribus granadinas, Rueda, Buitrago, Vivar, Ricardo y una multitud inmensa de caballeros.

Al salir los condes se encontraron el camino que debían seguir cubierto con una alfombra de dos varas de ancha y cuatro dedos de alta, formada con hojas de flores, un toldo que defendía perfectamente los rayos del sol, un sinnúmero de pebetes exhalando ricos perfumes, y cuarenta mil personas en dos compactas hileras que los aclamaban, bendecían y elogiaban. Doña María Alfonsa de Molina miraba á su esposo como diciéndole:

—¡He ahí un pueblo que adora á Pedro, no por lo que es, sino por lo que vale; no por lo que representa, sino por lo que hace; no por la obra de su grandeza, sino por la grandeza de sus obras!

Así llegaron hasta las puertas del templo,

donde fueron detenidos por cuarenta ancianos de ochenta á noventa años de edad, los cuales se adelantaron, besaron las manos de los reyes, y el más viejo exclamo, dirigiéndose á Lara:

—¡Tú, el más noble de los nacidos, el más valeroso de la tierra, el más justiciero del universo; tú, que tratas á tus vasallos como á hijos, á tus vencidos enemigos como á hermanos, á tus colonos como dueños de las tierras que labran; tú, que has nacido, peleado y vivido entre nosotros y eres nuestro padre, nuestro señor, nuestro juez; al que amamos con la ternura de nuestro corazón, con el ansia del enamorado, con el afecto del interés: tú, padre, señor y égida de todos nosotros, de nuestros hijos y nietos, recibe la bendición de estos dichosos ancianos que no adulan á nadie ni jamás supieron mentir! ¡Que Dios bendiga con nosotros el santo lazo de tu matrimonio, y te dé tanta felicidad como te deseamos! ¡Y tú, virgen de Mollina, acepta también nuestra bendición, vasallaje y respeto, y haz feliz al venturoso amante que va á ser tu esposo!

El rey, la reina, y cuantos les rodeaban, oyeron conmovidos las tiernas y cariñosas frases de los ancianos, y contemplaron con admiración sus descarnados rostros surcados por el llanto que les excitaba el placer de ver feliz á Pedro. Este les contestó:

—¡Gracias, hijos míos; el cielo oiga vuestra sincera súplica!

Blanca añadió:

—¡Dios os premie y cumpla vuestros de-

seos, hijos de Lara y de su esposa, nobles ancianos!

Y continuó la comitiva hasta entrar en el templo, á cuyos umbrales salieron á recibirlos el nuncio de Su Santidad, los dos arzobispos, el obispo Mendoza y toda la comunidad de San Pablo.

El poderoso conde de Lara quedó media hora después enlazado á doña Blanca María de Molina Zegri Velasco de Lara, bendiciendo esta unión el representante del Sumo Pontífice. Acto continuo oyeron una solemne misa, que ofició el obispo Mendoza, pasaron luego al convento, y allí fueron obsequiados, en unión de las damas y caballeros que componían la extensa y lucida comitiva, con un magnífico refresco que les tenían preparado los monjes. Y á las tres salieron del monasterio, regresando por el mismo camino, y en igual forma que habían ido.

Durante la ceremonia reinó un gran silencio en toda la carrera y alrededores del convento, mas al acabar el acto comenzaron á tocar las campanas de aquél, las músicas volvieron á entonar alegres melodías, cantando himnos, y las danzas bailaron como antes. El regreso de los desposados fué saludado con una continuada y entusiasta ovación, tan noble, leal y sincera, como el acendrado cariño que la inspiraba.

El feliz matrimonio entró en el Alcázar, se mudaron de traje, como igualmente los reyes, y luego se sentaron á la mesa acompañados de toda la grandeza de Castilla,

León y Granada. Blanca sólo demostraba dicha y felicidad, su esposo, amor y ventura; ella parecía en estos instantes un ángel bajado del cielo, superior á toda descripción humana; él un gentil monarca, cuyo hermoso semblante retrataba la bondad, nobleza é hidalguía. Su rey los miraba con cariño, placer y satisfacción; á la reina le estremecían los ojos del conde, y le agradaban los de Blanca; amaba á la esposa, temía al marido, pero su fuerte espíritu se humillaba ante el deber, y participaba de la satisfacción de D. Sancho. Doña María Alfonsa de Molina era una reina en hermosura, talento, virtud y fortaleza de alma; por eso reinó hasta en el corazón de su bravo marido.

La comida duró hasta anochecido, en cuyo instante se retiraron los convidados para regresar á las nueve al gran baile que se daba en aquellos suntuosos salones. La reina se apoyó en el brazo de su esposo, y Blanca en el de Pedro, y así bajaron y recorrieron los jardines, admirando los primeros la simetría, extensión y arte de tan precioso edén, en el cual brotaba la poesía doquier. Pero bien pronto se perdieron las parejas entre aquel inmenso bosque de rosas, azahares, fuentes, cascadas, estanques y arroyuelos. Lara y Blanca se sentaron en un banco de mármol, se miraron, notaron ambos el fuego amoroso que despedían sus ojos, y retirándose él un poco de ella, la dijo:

—Dios, esposa mía, nos dá más ventura de la que merecemos. Hablemos así, se-

parados; quiero que vayas al lecho nupcial tan pura como nacistes; deseo que tu esposo no tenga queja alguna del conde de Lara.

Blanca entreabrió sus labios de rubí, dejó ver dos hileras de blancas, iguales y perfectas perlas, se sonrió, y con voz más dulce que el trino del ruiseñor, le contestó:

—¡Qué mayor dicha puede haber ya, que la indecible que embarga ahora, nuestras almas! Pedro, Dios premia en la hija los sufrimientos, el martirio de la madre.

—Sí; el Supremo Señor nuestro, vierte sobre tí la esencia de la felicidad mundana, porque eres uno de sus ángeles en la tierra.

—Tú eres bueno también.

—Por eso me ha permitido unirme á tí.

—Tu madre y la mía ruegan por nosotros en el cielo.

Al escuchar estas frases se contrajo el rostro de Lara, asomó el pesar, y exclamó:

—¡Mi madre!... ¿Y mi infeliz padre, vivirá? En estos momentos en que yo navego en un mar de dicha, ¿qué hará él si existe? ¿No estará regando el suelo con el llanto de la expiación? ¿No se arrastrará por la tierra, rotas sus vestiduras, húmedas y rasgadas sus carnes? ¿Qué pensará de mí si sabe mi felicidad y el olvido en que le tenía!

Y el joven inclinó su frente, y quedó como abrumado por un peso que le atormentaba amargamente. Blanca se acercó á él, le cogió una de sus manos y le preguntó:

—¿Quieres saber de tu padre, deseas hallarlo?

—¿Qué dices, esposa mía?

—Contesta.

—Sí: iría en su busca al cabo del mundo.

—Yo también, y si vive lo vamos á encontrar.

—¿De qué modo?

—En el momento en que nos dejen los reyes y convidados, montamos á caballo,

despedirse Rueda de mí en Córdoba me dijo: está en Osuna el día 25 de Julio, y entonces lo sabrás todo; y ha hecho la casualidad que en este supremo día se verifiquen nuestras bodas. Luego añadió: vas á ser feliz, pero no puedo decirte más, y partió. Blanca, busquemos á Rueda.

Y volvieron á cogerse del brazo, entraron

en el palacio, y preguntaron por Marcia; mas éste, según les dijeron, no había regresado del monasterio ni lo verificaría hasta muy tarde, advertencia que hizo á Correa. Los esposos tornaron al jardín, se incorporaron con los reyes, y esperaron la vuelta de Lázaro. Pedro estaba, al parecer, más tranquilo, si bien solía demostrar alguna impaciencia.

Poco después subieron al Alcázar los cuatro, se vistieron nuevamente, y conmenzaron á recibir á los convidados al baile. Los salones de Lara presentaban un golpe de vista des-



Y volvieron á cogerse del brazo...

partiremos á las Alpujarras, y allí encontraremos á la maga de la montaña; esa misteriosa mujer lo sabe todo, y á mí no me negará el primer favor que la pida.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Dí, ¿no es hoy el día 25 de Julio?

—¡Pues no lo sabes!

Lara quedó meditando. Luego exclamó:

—¡Qué coincidencia tan particular! Al

lumbador, había millares de luces, cientos de pebeteros, jarrones y macetas con flores y plantas en número considerable. Los jardines estaban alumbrados con vistosos farolitos de varios colores que salían de entre los árboles, las rosas y el agua; el servicio era regio, y se hallaban á disposición de los convidados casi todas las habitaciones del Alcázar. La parte oriental de éste tenía más lujo suntuosi-

dad y riqueza que los palacios reales de Córdoba y Sevilla. Cuatro músicas convidaban á bailar, y el lujo de las damas y caballeros correspondía á la elevada clase á que todos pertenecían. Poco después de las nueve comenzaron á salir y á llegar los convidados; media hora más tarde estaban llenos los salones, y á las diez rompieron el baile el rey y Blanca, la reina y Pedro, Muza y una hermana de Abenamar, llamada la princesa Alboraya, por su hermosura y elegancia, y el infante D. Juan con una prima de Lara. Luego pasearon por los jardines y la parte oriental del palacio, dejando á todos sorprendidos el exquisito gusto y riqueza de sus estancias.

Mahomad se olvidó completamente del bautizo de su hija, y andaba de un lado para otro placentero y satisfecho. La incomparable belleza de Blanca y la persona y nombre de su yerno enloquecían al arrepentido anciano, y en estos momentos le tenían fuera de sí.

Lara disimuló al principio del baile la impaciencia que le atormentaba por saber de su padre, mas fué aumentando aquélla hasta el punto de notarlo el rey y varios de sus amigos, sin que ninguno se atreviese á decirle nada. El, no obstante, ponía de su parte cuanto le era posible porque en la función reinase la alegría y animación posibles, y lo consiguió, pues hasta sus más fieros enemigos, reconciliados ahora, olvidaron sus pasadas discordias, y bailaban, reían y cooperaban al brillo de la fiesta.

La ciudad de Osuna se hallaba también alumbrada, y por sus calles continuaban las danzas, músicas y festejos. Eran las once de la noche y no faltaba un soio montañés ó selvícola de ambos sexos de los que entraron por la mañana. Mas como á las once y media salieron del palacio del conde los cuarenta ancianos que ya conocemos, se esparcieron por la ciudad, tocaron sus bocinas, y en diez minutos reunieron en la plaza á todos los que transitaban por las calles: ya allí, dieron algunas órdenes en voz baja, éstas corrieron de boca en boca como si fuera un chispazo eléctrico, y seguidamente fueron entrando en los templos de Osuna, y postrándose en tierra. Un cuarto de hora después no transitaba nadie por las calles y plazas; en cambio, las iglesias estaban llenas de sacerdotes y de pueblo.

A la vez ocurría en el Alcázar del conde otra novedad no menos extraña que la anterior. Todos los caballeros del conde y del rey se extendieron por el palacio, y citaron á los convidados de parte del monarca al gran salón principal, y á las damas de parte de la reina al mismo sitio. De modo es que un poco antes de las doce todos se hallaban reunidos, ó, mejor dicho, apiñados en el sitio indicado. D. Sancho estaba cogido al brazo de Lara, exigiéndole á éste su palabra de honor de que no se separaría de su lado hasta que él se lo permitiera. La reina se cogió á Blanca y hablaban al oído, mientras que Isac se acercó al monarca, y le dijo:

—Señor, el conde ha sentido hoy emociones que pueden alterar su salud, veo que el baile se prolonga mucho, y en consecuencia ruego á V. A. le obligue á beber el contenido de este frasquito: es un medicamento que normalizará su estado y lo dejará tranquilo.

El rey cogió el pomo, y le dijo á Lara:

—Bebed esto, amigo mío, yo os lo ruego

El conde no replicó nada; lo cogió, tragó el líquido, y devolvió el frasco al sabbio, contestando:

—Gracias, noble y entendido anciano.

Y continuó hablando con el rey.

En este instante se cerraron todas las puertas del salón, quedando sorprendidos los convidados: muchos se asomaron á los balcones, pero nada vieron; un silencio sepulcral reinaba lo mismo en la ciudad que en el palacio. Los contrarios de Lara temblaron juzgándose víctimas de una infame conspiración; los amigos del conde, por el contrario, creyeron que éste acababa de ser envenenado y temieron por él y por ellos; pero unos y otros quedaron mudos sin atreverse á determinar nada en la duda en que estaban: la nobleza del Temerario se oponía al cálculo de los primeros, la ancianidad, sabiduría y amor del mago hacían Pedro, respondían de lo contrario que pensaban los segundos. Las damas se cogieron á sus maridos, padres ó hermanos y palidecieron; y el valeroso Pedro contempló el cuadro, miró al rey, y viéndolo tranquilo y sonriéndose con la reina le dijo:

—Comprendo lo que pasa; se ha puesto V. A. de acuerdo con el señor de Marcia, y vais á sorprendernos con algún nuevo acontecimiento propio de la fiesta que estáis honrando con tanta bondad. Pero os advierto que las damas tiemblan, y nuestros antiguos contrarios dudan de nuestra lealtad. Ved cómo se reúnen los unos y cómo palidecen las otras.

—Dejadlos, pronto saldrán de dudas.

Esto replicó el rey por única contestación, mientras Mahomad, Muza y los jefes de las tribus rodeaban al conde, y miraban con desconfianza al monarca castellano.

Continuaba el silencio en la ciudad y en el Alcázar, la ansiedad crecía, se cambiaban miradas, pero nadie se atrevía á desplegar sus labios; la incertidumbre y el desasosiego que reinaba ahora en el gran salón de los condes de Lara era peor que el mismo peligro.

En tal estado llegó la media noche, y en el mismo instante las campanas de Osuna y las del castillo sonaron doce veces. Los convidados se estremecieron al oír aquellos sonidos, tristes, lúgubres y acompasados, y juzgaron que era la señal convenida entre los traidores para llevar á cabo su fin. Pero á la vez se abrieron las grandes puertas del salón, y en cambio de asesinos y y puñales se presentaron á la vista de todos el nuncio de Su Santidad, en medio de los arzobispos y obispo Mendoza; oyéndose á lo lejos y como en la capilla del conde tocar las músicas que antes estaban

en los salones, y el canto de los monjes de San Pablo que elevaban al Altísimo el siguiente himno:

Salve, salve, salve, Poder soberano,
Jamás nuestros ayes tu amor desoyó,
Templa tus rigores y alarga tu mano
al que solitario por ti suspiró.

Su duelo deshizo el crimen nefando,
Lavó ya su llanto la mancha homicida,
El mundo ha corrido sembrando, sembrando
Con ayes, con ayes del alma afligida.

Su cama las piedras, yerbas su alimento,
Los montes su estancia, Luzbel su enemigo;
Los truenos, los rayos, el agua y el viento
Fueron noche y día sus tristes amigos.

Gran Dios, tu justicia no tiene rigores
Para el que á tus plantas sumiso rogó,
Perdona al anciano que tantos dolores,
Que tantas angustias, que tanto sufrió.

Señor, cuyo trono sostiene en el cielo,
El único, estable, inmenso poder,
Tus iras no sienta el misero suglo
Que regó tu sangre, que te vió nacer.

Manrique de Lara, en años sin cuento,
El duro martirio constante sufrió,
Mas Tú que escuchastes su férvido acento,
La mano le tiendes, su pena acabó.

La gloria corene tu trono de rey;
El ara se llene de incienso y amor;
Impere tu acento, gobierne tu ley...
Tú solo eres grande, tú sólo, Señor.

Salve, salve, salve, Poder bondadoso,

Tu mano bendita la mancha borró;
Acepta el suspiro leal, amoroso
De aquel Solitario que tanto lloró.

Había en los tiernos acentos que llegaban hasta allí, un sentimiento tan dulce y religioso, que cuantos escuchaban cambiaron su temor en un recogimiento ascético, é instintivamente alzaron la vista al cielo implorando la Divina misericordia. Así permanecieron todos hasta que se fueron perdiendo las acordes melodías, y cesaron de oírse las voces de los venerables religiosos. El nuncio sacó entonces un largo pergamino, besó la firma que tenía al pie, y dirigiéndose al rey, le dijo:

—Monarca de la tierra: ¿permitís que lea las palabras escritas aquí por el Padre común de los fieles?

—¡Honor y gloria en todos mis estados al Sumo Pontífice! Leed, señor, lo que se digna participarnos Su Santidad.

Y oprimiendo el brazo de su amigo Lara, añadió muy quedo:

—No moveos, conde; acordáos que me dísteis vuestra palabra de honor.

Sorprendidos, confusos, aturridos los concurrentes, hombres y mujeres; jóvenes y ancianos, católicos y musulmanes, se fijaron en el representante del Pontífice, y oyeron con la mayor atención. Aquél comenzó á leer con voz fuerte y segura el siguiente escrito:

«En el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: Vos el rey de Castilla y de León, prelados, grandes, nobles y vasa-

llos, mis hijos todos, los de esa religiosa y gran nación, sabed: que Nos Alejandro IV, por la gracia de Dios y la Santa Sede Apostólica, perdonamos, absolvemos y acogemos bajo nuestra protección y amparo á D. Manrique de Lara, conde, grande y poderoso que fué de esos reinos de Castilla y de León, como á uno de los hijos más predilectos de nuestra Santa Madre la Iglesia. Un día se apoderó Satanás de su sér, le dió un arma fratricida, y la clavó en el pecho de su hermano Carlos, de su leal esposa Laura de Castro; pero la bondad suprema del Altísimo, que jamás abandona á sus hijos, abrió los ojos que el demonio cerró, echó de su cuerpo á Lucifer, y D. Manrique vió el delito, comprendió su enormidad, demandó la gracia divina, y desde aquel día hasta hoy ha vivido expiando su pecado. Veinticinco años ha existido habitando entre las rocas, durmiendo sobre el duro suelo, mendigando su alimento, regando la tierra con el llanto del dolor y del arrepentimiento. En ese largo período, sólo se han abierto sus labios para alabar á Dios, librar la vida á algún sér humano, ó platicar con los ministros del Altar. Ni ha ceñido galas, ni tocado el dinero, ni se ha presentado al mundo como quien era; todos le habéis conocido como á un misero solitario de quien huiáis, á quien temíais, y del que sólo recibísteis bien. ¡Hasta su hijo le ha desconocido! ¡hasta sus hermanos se asustaron y huyeron de su presencia sin reconocerle! Dios le ha perdonado, la Iglesia lo ha aco-

gido, y todos debéis imitar su santa abnegación, su fervoroso arrepentimiento. Se aproximó al cercado, le abrieron la puerta, le admitieron, y comenzó á labrar la tierra del Señor. ¡Felices los que como él llegaron á tiempo!—ALEJANDRO IV.»

Calló el nuncio, el llanto corrió por el rostro de Pedro, y desde el rey hasta el último convidado todos inclinaron sus frentes, y quedaron como asombrados, perplejos y confusos. Lara alzó la cabeza, y con voz ronca y ahogada por el llanto, exclamó:

—¡Padre mío! ¿Dónde está mi padre?

—Esperad,—le dijo D. Sancho, reteniéndolo entre sus brazos—; no olvidéis vuestra palabra de honor.

El representante de Su Santidad sacó otro pergamino, y leyó:

«Yo, Manrique de Lara, al volver al mundo, ratifico mi testamento renunciando á todos mis bienes, grandezas y condado. Nombro por mi único heredero á mi adorado hijo Pedro; apruebo su casamiento con la virtuosa y noble Blanca María de Molina, y los espero con los brazos abiertos. Hijos míos, venid á enjugar las lágrimas, á endulzar la agonía de veinticinco años.—*Manrique de Lara.*»

Inmediatamente llegaron hasta Pedro el abad y dos monjes de San Pablo, le quitaron la corona condal y parte de sus galas, cubrieron su cabeza con una gorra, su cuerpo con un manto blanco, y lo sacaron del salón. Lara, apoyado en el hombro izquierdo del superior, cruzó varias estancias, luego la capilla de su palacio hasta



entrar en una habitación que más parecía celda que otra cosa, y en medio de ésta halló al Solitario, vestido ya con un traje arreglado á su clase, que lo recibió con los brazos abiertos, exclamando:

—¡Hijo mío!

—¡Padre adorado!

Y los dos se abrazaron sin dejarles pronunciar más palabras las muchas lágrimas que vertían y la congoja que se apoderó de ellos.

Dos minutos después oyeron una voz dulce, argentina; voz que hirió el corazón de ambos con las siguientes frases:

—¡Dejadme! ¡Pedro! ¡Padre mío! ¡Soltad!

Era Blanca que, desasiéndose del rey, de la reina y de dos monjes, que se oponían á que entrase en aquel momento en la estancia de D. Manrique, penetró, á pesar de la fuerte oposición que le hicieron, exclamando:

—¡Padre! ¡padre!

—¡Hija mía!—le contestó el anciano, y le tendió su brazo derecho, quedando los tres enlazados y formando un grupo tan tierno, amoroso, interesante y sublime, para el cual no hay pincel que lo copie ni pluma que lo describa. Estas impresiones se sienten, se comprenden, pero no se pueden expresar.

El llanto continuaba surcando los rostros del padre y de los hijos; los labios chocaban unos con otros, y aumentaba la congoja sin que les fuese dado articular una sola frase. Isac observaba la escena desde un extremo de la habitación, y no

tando la terrible emoción de los tres, gritó:

—Que entren el hermano y parientes de D. Manrique.

—Y se precipitaron en la estancia don Juan de Lara, sus hijos, y varios otros primos y sobrinos del anciano; más éste los estrechaba á todos, y tornaba á abrazar á Pedro y á Blanca, aumentando cada vez su congoja y la de sus hijos. Viendo esto el sabio volvió á gritar:

—Que entren SS. AA., los amigos de don Manrique y cuantos gusten.

Y llegando D. Sancho y su esposa cogieron en medio al padre del Temerario, y comenzaron á distraerlo con preguntas que le obligaron á serenarse en parte. A la vez sacó el mago otro frasquito y les hizo beber á los tres su contenido, con cuyo último auxilio fué desapareciendo la emoción que sentían.

No quedó un solo convidado de ambos sexos que no besase la mano del anciano y estrechase al hijo; sus mayores enemigos le oprimían ahora con sincero afecto, y le daban la enhorabuena con cariñosa solicitud. Mahomad lloraba también de placer, y de vez en cuando cogía entre las suyas una mano del Solitario, diciéndole:

—Hermano mío, tú me enseñarás el camino del cielo, que yo también he sido malo.

El príncipe, Abenamar y los restantes amigos del conde lo rodeaban ahora, lo abrazaban, y participaban de su alegría. En cuanto á Rueda, lloraba, reía y devo-

raba con sus ojos el demacrado rostro de su antiguo señor.

Así permanecieron hasta las tres de la mañana, hora en que los convidados se fueron despidiendo de los reyes, del anciano y de los recién desposados. Pedro les rogaba le perdonasen la interrupción del sarao, los estrechaba á todos, y los iba acompañando hasta la salida á los unos, y á los otros, que habitaban en su casa, hasta la galería inmediata. Blanca hizo lo mismo con las señoras. Por fin se quedaron solos los individuos de la familia de Lara, los reyes, Rueda y los monjes. D. Manrique les dijo entonces:

—Hijos míos, si SS. AA. nos lo permiten, demos gracias á Dios y retiraos á descansar; todos necesitamos tranquilidad y reposo.

Mahomad le preguntó:

—Manrique, ¿vas á vivir con nuestros hijos?

—Sí. En esta celda pienso acabar mis días, si el Altísimo no dispone otra cosa.

—Aun cuando no es muy grande, sobra terreno para dos camas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque desearía imitarte y morir á tu lado; tú eres un santo.

—Lázaro, dijo D. Manrique, otro lecho aquí para Mahomad Zegrí; así ganaremos un hermano, y Dios un hijo.

—Ese es mi anhelo.

Cinco minutos después, precedidos de la comunidad, todos entraron en la capilla y dieron gracias á Dios respondiendo á

las santas frases del superior. Luego estrechó D. Manrique al padre abad y uno por uno á todos los monjes, dándole las gracias por la continuada limosna de pan y agua que le habían otorgado durante su expiación, y por el cuidado que tuvieron en sus enfermedades. Después se despidió de sus hijos, de los reyes y de sus hermanos y parientes, y cogido al Zegrí se retiró á su aposento, seguido de Rueda.

Lara y Blanca, saludaron á los que quedaban, y en medio de Sancho y María llegaron al lecho nupcial, besaron las manos de sus padrinos, éstos les echaron sus bendiciones y los dejaron solos.

Los esposos tiraron sus mantos; arrojaron las pocas galas que aún conservaban, se limpiaron los ojos, húmedos todavía de tanto llorar, se miraron con amoroso afán, se cogieron las manos, y exclamó Pedro:

—Blanca, Blanca mía, por fin ha permitido el cielo que nuestra ventura fuese completa.

—¿Nada te falta ya, nada te entristece?

—Nada. Me encuentro como al salir de una vida horrible y entrar en otra llena de encantos, ángeles, venturas y deleites. Y es así; porque ángel eres tú, encantos nuestros amores, venturas nuestro porvenir y deleites nuestros padres. ¿Y tú?

—¡Yo no puedo expresar lo que siento, lo que veo, lo que comprendo! ¿Me amas mucho, Pedro?

—¡Que si te amo! ¡Dios mío, que si la amo! Con todo mi corazón, alma y vida.

Mi pecho es un volcán donde arde el amor, estallando en vez de lava y piedras, un frenesí loco, arrebatador, inexplicable. ¡Que si te amo! ¿Pues hay mujer más hermosa que tú, más pura, más dulce, encantadora, angelical, sublime? Si tú haces triste al sol, negra á la aurora, duro y áspero el tierno suspiro de la madre, monótono y cansado el trino del ruiseñor. ¡Que si te amo! pues no me ves llorar de placer, de dicha, de ventura porque eres mía, porque no te separarás nunca de mi lado; porque iremos juntos por el camino de la vida, y unidos así hasta llegar á las gradas del Trono del Señor.

—Eso es, Pedro, juntos hasta el momento de expirar, para que nuestras almas crucen unidas el éter y lleguen así á las gradas del Trono del Señor. ¿No es eso?

—Sí.

—Júramelo.

—Por el alma de mi madre, te lo juro.

Al oír Blanca estas solemnes frases de su esposo, se agolpó á sus sienes su poderosa y ardiente sangre Zegrí, le cogió una mano fuertemente, y le dijo:

—Pues bien, Pedro de Lara, no te olvides nunca del sagrado juramento que acabas de hacer, ni te asustes por mí. Oyeme: yo tengo, no sé si talento ó menós valor que tú, mas puedo asegurarte que nada me intimida, ni jamás he temido la muerte; antes, por el contrario, estoy más serena, y tranquila en los momentos de peligro que cuando no existe. Durante mi cautiverio en Mollina, previendo lo que podría acon-

tecer, mandé llamar á un hábil y valeroso zegrí, la mejor lanza y espada que tiene su tribu, y á su lado me adiestré en el manejo de armas y en el juego de equitación, hasta el punto de batirme con mi maestro y vencerlo. Por desgracia el reinado de Sancho tornará á ser tan borrascoso como empezó, y tú el mejor general, el primer caudillo de tu patria, no podrás permanecer en la inacción. Pues bien, para entonces tenme preparado un caballo, una lanza y un escudo, y cubierta con el hierro de una armadura, pelearé á tu lado y te defenderé de tus enemigos.

—Blanca, dulce y tierna amiga mía, ¿sabes lo que dices? ¡Batirte tú! ¡cerca de mis contrarios el ángel de mi vida! eso no puede ser.

—Lo has jurado, Lara, y un caballero no puede faltar á su palabra.

—Sí, pero yo exceptuaba la guerra, el instante en que la patria me llamase.

—No, Pedro; has jurado sin excepción alguna, y no hay más remedio que cumplir lo jurado. A tu lado, valeroso atleta, irá tu mujer; si mueres, expirará contigo; si vences, partiréis la gloria.

—Blanca, ¿sabes tú lo que es una batalla?

—Pedro, ¿sabes lo que es tu esposa? ¡por Maria y la Cruz que no me conoces! Un combate no es otra cosa que la lucha de muchos hombres unos contra otros, en la cual vence el más valiente, osado y fuerte en particular, y el más hábil y entendido en general.

—¿Y qué harías tú si te vieses rodeada de enemigos que por todas partes te acometían, cercaban y amenazaban con la muerte?

—Esquivaría sus golpes con mi escudo, manejaría mi caballo con más habilidad que ellos los suyos, y haciendo el remolino que tanta celebridad te dió, rompería el círculo y correría otra vez á tu lado.

—¿Y si me hallabas muerto?

—Entonces me arrancaría la coraza, escupiría en el rostro á mis enemigos, y les enseñaría mi pecho indefenso.

—¡Blanca, tú eres una heroína!

—¿Y por qué habías de ser tú solo el héroe del mundo?

—Veo en tus ojos un valor desconocido, y en tu frente un genio envidiable. Tu rostro de ángel se ha vuelto fiero é impone.

¡Blanca, no te he conocido hasta este momento! Poco ha me enamoraba tu belleza y talento, ahora me enloquece, arrebata y trastorna. ¡Blanca, tú vales infinitamente más que yo!

—¿Me llevarás á la guerra? ¿Cumplirás tu juramento?

—Sí, heroína Zegrí; vendrás á mi lado y vencerás, pues brilla en tu frente el genio de la gloria.

—¿Y me amarás lo mismo?

—¡No; cada instante más, más cada día, cada mes, cada año!... Bella hurí, tuyo hasta la eternidad.

Y Lara dejó caer su hermosa cabeza sobre el nacarado pecho de su esposa, exclamando:

—¡No puedo más, me mata la felicidad!

FIN DE LA NOVELA

NOTA.—Florencio Luis Parreño escribió una segunda parte de «Pedro el Temerario» titulada «La heroína Zegrí». Esta obra, quizá más sugestiva é interesante que su primera parte empezará á publicarse en el número próximo de LA NOVELA DE AHORA.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPITULO XXXIV.--Anuncio terrible.--El baile de máscaras.--Peligra otra vez la vida de Lara. .	5
XXXV.--Entrevista del esposo ofendido y del supuesto amante.--Lara y la Corte.--Presentación de Fátima.--A Sevilla.	21
XXXVI.--Ultima venganza de Pedro el Temerario.--Agonía del rey.--La muerte.--Coronación de Sancho IV.--La boda.--El padre y el hijo.--Conclusión.	38



EDGAR POE

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA MORGUE

¿Qué canción entonaban las sirenas? ¿Qué nombre tomó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres?—Cuestiones difíciles, pero no irresolubles, como situadas más allá de toda conjetura.

SIR TOMÁS BROWNN

Las facultades intelectuales que se llaman analíticas son en sí muy poco susceptibles de análisis. Las apreciamos por sus resultados. Lo que sabemos de ellas, entre otras cosas, es que constituyen para el que las posee en alto grado fuente de vivísimos goces. Así como el hombre fuerte se regodea al recordar y sentir sus aptitudes físicas y se complace en los ejercicios que provocan la acción muscular, el analista fruye con la actividad espiritual, cuyo fin es esclarecer. Se preocupa de un placer,

hasta en las ocasiones más triviales que le permiten poner en juego su talento; descifra enigmas, charadas, jeroglíficos, y despliega en cada solución tal potencia de perspicacia, que, en opinión del vulgo, raya, por lo menos, en lo sobrenatural. Y, con efecto, los resultados hábilmente deducidos por el alma misma y la esencia de su método tienen realmente el aspecto de una intuición.

Esta facultad *resolutiva* deriva acaso gran parte de su fuerza del estudio de las

Matemáticas, y principalmente de la altísima rama de ellas que, muy impropriamente y por virtud de sus operaciones retrógradas, ha sido denominada *análisis*, como si lo fuera por excelencia. Porque, en suma, todo cálculo no es en sí un análisis. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace perfectamente el uno sin el otro, y deduce de ahí que dicho juego, en los efectos de su naturaleza intelectual, es muy mal apreciado. No pretendo escribir aquí un tratado acerca del análisis, sino sencillamente poner á la cabeza de un relato bastante singular algunas observaciones sueltas que le sirvan de prefacio.

Aprovecho, pues, la ocasión de proclamar que el alto poder de la reflexión es mucho más activa y provechosamente explotado por el modesto juego de damas que por toda la fútil laboriosidad del ajedrez. En éste, cuyas piezas están dotadas de movimientos diversos y extraños y representan valores diferentes, se ha tomado la complejidad—error muy común—por profundidad. La atención representa en él un papel importantísimo y capital: si se debilita un instante, se comete un error que ocasiona una pérdida parcial ó la derrota. Como los movimientos posibles no sólo son variados, sino desiguales en *fuerza* y *eficacia*, son múltiples las probabilidades de equivocaciones; y en nueve casos de diez el que gana es el jugador más atento, y no el más hábil. Por el contrario, en las damas el movimiento es sencillo en su género y sufre pocas variantes; las probabilidades de inadvertencia son mucho menores, y no hallándose la atención absoluta completamente monopolizada, las ventajas entre los jugadores estarán al lado del de mayor perspicacia.

Para dejarnos de abstracciones, supon-

gamos una partida en que la totalidad de las piezas se hayan reducido á cuatro damas para ambos jugadores. Es evidente que en este caso la victoria sólo puede decidirse por una táctica hábil, resultado de potente esfuerzo intelectual. Privado de los recursos ordinarios, el análisis penetra en el *espíritu* del adversario, se identifica con él, y suele descubrir de una sola ojeada el único medio—absurdamente sencillito por lo regular—de atraerle á una falta ó precipitarle en un cálculo erróneo.

Se ha citado mucho tiempo el juego del *whist* por su acción en la facultad del cálculo, y hombres de gran inteligencia parecían jugarlo con incomprensible placer, al paso que despreciaban como frívolo el ajedrez. En efecto; no hay otro juego que haga funcionar más la facultad del análisis. El mejor ajedrecista de la cristiandad no puede ser casi otra cosa que el mejor jugador de ajedrez; pero la fuerza en el *whist* implica el poder de triunfar en todas las especulaciones, mucho más importantes, en que la inteligencia lucha con la inteligencia. Al decir *la fuerza*, quiero decir esa perfección en el juego que comprende todos los casos en que por la inteligencia puede ganar el jugador. No sólo son diversos, sino complejos, y suelen ocultarse en las profundidades del pensamiento, absolutamente inaccesibles á los talentos comunes.

Observar atentamente es recordar distintamente; y desde ese punto de vista el jugador de ajedrez capaz de intensísima atención, jugará muy bien al *whist*, porque las reglas de Hoyle, basadas en el simple mecanismo del juego, son fáciles y comprensibles.

Tener memoria fiel y proceder según las reglas del libro, son los puntos que cons-

tituyen para el vulgo el *summum* del bien jugar; pero el talento del analista se manifiesta en los casos que se salen de la regla: hace en silencio multitud de observaciones y deducciones, sus contrincantes le imitan, y la diferencia de extensión en los informes así adquiridos no radica tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación; lo importante, lo capital, es saber lo que hay que observar. Nuestro jugador no se limita á su juego, aunque sea el objeto *actual* de su atención, y no desdeña las deducciones que surgen de los objetos extraños al juego. Examina las facciones de su compañero, las compara cuidadosamente con las de los adversarios, observa la manera de dar de cada uno, cuenta á menudo los triunfos y cartas firmes de cada jugador en las miradas ó en los semblantes regocijados, y considerando los cambios fisonómicos á medida que avanza la partida, recoge un caudal de datos en las expresiones de seguridad, de sorpresa, de esperanza ó de mal humor. Una palabra involuntaria, una carta que cae, el modo de recoger una baza, la manera de jugar un naípe, le hacen adivinar el juego de sus compañeros y contrarios, y arregla á ello sus jugadas con conocimiento de causa.

La facultad analítica no debe confundirse con el ingenio, pues mientras el analista es necesariamente ingenioso, suele acaecer que el ingenioso es absolutamente incapaz de analizar. La facultad de combinación ó construcción por la cual se manifiesta ese ingenio, y á que los frenólogos—erróneamente, en mi sentir—asignan un órgano aparte, se ha mostrado en seres cuya inteligencia es rayana en el idiotismo con bastante frecuencia para atraer la atención de los psicólogos. En-

tre el ingenio y la aptitud analizadora hay mucha mayor diferencia que entre la fantasía y la imaginación, pero de carácter rigurosamente análogo.

El relato que sigue servirá al lector de luminoso comentario de mis proposiciones.

Residía yo en París durante la primavera y una parte del verano de 18..., y conocí allí á un tal C. Augusto Dupin, joven caballero que pertenecía á una excelente familia, hasta ilustre, pero que por una serie de desventuradas circunstancias había caído en tal pobreza, que desfalleció, perdió la energía de su carácter, y dejó de luchar por el restablecimiento de una fortuna. Merced á la cortesía de sus acreedores quedó en posesión de un jirón de su patrimonio, y con una escasa renta halló manera de cubrir sus necesidades, no preocupándose de lo supérfluo. Su único lujo eran los libros, y en París se los proporciona uno fácilmente.

Nos conocimos por casualidad en un sombrío gabinete de lectura de la calle Montmartre, por la circunstancia de ir ambos á la busca de una misma obra, rarísima y muy notable. Esta coincidencia nos puso en relación, y luego nos vimos cada vez con más frecuencia. Me interesó profundamente su historia familiar, que me contó minuciosamente con el candor y la franqueza peculiares de los franceses.

Me asombró mucho la prodigiosa extensión de sus lecturas, y sobre todo, me cautivaron su fogoso entusiasmo y la frescura de su imaginación. Había ido á París en busca de ciertos objetos que formaban la base de mi único estudio; comprendí que sería para mí tesoro inapreciable la compañía de tal hombre, y me propuse cultivar asiduamente su amistad. Decidí-

mos vivir juntos durante mi permanencia en aquella capital, y como mis asuntos eran algo menos absorbentes que los suyos, me encargué de buscar, alquilar y amueblar en consonancia con nuestros caracteres melancólicos y fantásticos una casita antigua y casi en ruinas, desalquilada por rumores supersticiosos, cuyo fundamento desdeñamos inquirir, en la parte más retirada y solitaria del arrabal San Germán.

Si la monotonía de nuestra existencia en aquel rincón hubiera sido conocida por el mundo, nos habrían motejado de locos, quizás de locos inofensivos. Nuestra reclusión era completa: no recibíamos visita alguna. Nuestro retiro había quedado en secreto—cuidadosamente guardado—para mis antiguos compañeros. En cuanto á Dupin, hacía varios años que se había cansado de ver gente y de ostentarse por París. Vivíamos para nosotros.

Mi amigo tenía una manía—¿cómo llamarla, si no?:—la de amar la noche sobre todo. La noche era su pasión; y yo caí en ella, como en todas las demás que le eran propias, dejándome llevar por la corriente de sus extrañas originalidades con abandono completo. La negra divinidad no podía siempre acompañarnos; pero la imitábamos cerrando al despertar la aurora todas las puertas y ventanas de la casa, y encendíamos dos bujías muy perfumadas, que lanzaban rayos muy débiles y pálidos. En el seno de aquella débil claridad nos entregábamos á nuestros respectivos ensueños: leíamos, escribíamos ó hablabamos, hasta que el reloj nos anunciaba la vuelta de la verdadera oscuridad, y del brazo nos escapábamos por aquellas calles, continuando la conversación del día y vagando al azar hasta hora avanzadísima, buscando á través de las desordena-

das luces y las tinieblas de la ciudad esas innumerables excitaciones espirituales que no puede proporcionar el estudio apacible.

En tales circunstancias no podía menos de observar y admirar—aunque la rica idealidad de que estaba él dotado hubiera debido hacérmelo sospechar—las excepcionales aptitudes analíticas de Dupin. Parecía gustar una delicia acre en ejercitarla—quizás en ostentarla—, y confesaba sin rebozo cuánto fruía al hacerlo. Me decía con su risa franca que muchos hombres tenían para él un ventanillo abierto ante el corazón, y solía acompañar sus asertos con pruebas sorprendentes que revelaban un conocimiento profundo de mi propia persona.

En tales momentos sus maneras eran glaciales y distraídas, sus ojos miraban al vacío, y su voz—hermosa voz de tenor habitualmente—subía hasta el falsete: hubiérase creído petulancia, á no ser por la absoluta decisión de sus palabras y su completo acento de verdad. Yo le examinaba atentamente y solía pensar en la antigua creencia de la *doble alma*, regocijándome con la idea de un Dupin doble: Dupin creador y Dupin analizador.

No se crea por lo que acabo de decir que voy á descubrir un gran misterio ni á escribir una novela. Lo que observaba yo en aquel singular francés era simplemente el resultado de una inteligencia sobreexcitada, acaso enferma. Pero un ejemplo dará más perfecta idea de la naturaleza de sus observaciones en la época de que se trata.

Una noche errábamos por cierta calle larga y sucia vecina del Palacio Real, cada cual absorto, en la apariencia á lo menos, en sus particulares pensamientos, y hacia más de quince minutos que no habíamos

pronunciado palabra. De pronto exclamó Dupin:

—Tiene usted razón; es un hombre demasiado pequeño: encajaría mejor en el teatro de Variedades.

—Sin la menor duda—respondí yo, sin pensar ni notar al pronto (tan absorto estaba), el modo singular con que el interruptor adaptaba su palabra á mi último pensamiento. Un minuto después volví en mí, y mi asombro fué enorme.

—Dupin—dije gravemente—, esto supera á mi entendimiento. Le confieso á usted sin ambages, que me ha dejado estupefacto, y que apenas puedo dar crédito á lo que oí. ¿Cómo ha podido usted adivinar que estaba pensando en...?—Y me detuve para asegurarme de que, en efecto, había adivinado.

—¿En Chantilly?—exclamó.—¿Por qué se interrumpió usted? Estaba usted *in mente* pensando que su pequeña estatura le hacía impropio para la tragedia.

Tal era, efectivamente, el objeto de mis reflexiones. Chantilly era un ex zapatero remendón de la calle de San Dionisio, que tenía verdadero furor por las representaciones escénicas, y acababa de representar el papel de Jerjes en la tragedia de Cebrillon. Su presunción era irrisoria, y los espectadores le habían tomado á chacota.

—¡Por amor de Dios, dígame usted el método, si hay en ello método, con ayuda del cual ha podido usted leer en mi pensamiento!

En realidad, estaba yo más asombrado de lo que hubiera querido revelar.

—El frutero—replicó mi amigo—es el que le ha llevado á usted á la conclusión de que el remendón no tenía talla suficiente

para representar á Jerjes y los demás papeles de coturno.

—¿El frutero? ¡Me asombra usted! ¡No conozco á ningún frutero!

—Ese hombre que se ha echado sobre usted al penetrar en esta calle, hace tal vez un cuarto de hora.

Me acordé entonces de que, en efecto, un frutero con un gran canasto de manzanas en la cabeza había tropezado conmigo y casi me había derribado al suelo por torpeza cuando pasábamos de la calle C... á la arteria principal que recorriamos á la sazón.

Pero, ¿qué relación tenía el incidente con Chantilly? ¡Imposible comprenderlo!

Sin embargo, no había un átomo de charlatanismo en Dupin.

—Voy á explicárselo á usted—dijo—; y para que pueda comprenderlo clarísimamente, vamos á recorrer la serie de sus reflexiones desde el instante en que le hablé á usted respondiendo á su pensamiento hasta el choque con el frutero. Los eslabones principales de la cadena son: *Chantilly, Orion, el doctor Nichols, Epicuro, la este-reotomía, los empedrados, el frutero.*

Pocas personas hay que en algún momento determinado de su vida no se hayan distraído en remontar el curso de sus ideas y buscar por qué caminos llegó su inteligencia á ciertas conclusiones. Suele ser interesantísima la tarea, y el que la ensaya por primera vez se asombra de la incoherencia y de la distancia inmensa, aparentemente, entre los puntos de partida y de llegada.

Júzguese de mi sorpresa al oír hablar así al francés; pero tuve que reconocer que había dicho la pura verdad.

—Hablabamos de caballos—continuó—al terminar la calle C..., si no me es infiel la

memoria. Cuando llegamos á esta calle, un frutero, que llevaba una gran cesta en la cabeza, pasó precipitadamente ante nosotros; tropezó con usted, y le arrojó sobre un montón de piedras en esa parte de la vía que están reparando. Puso usted el pie en una de aquellas piedras inseguras, resbaló y se torció usted un tobillo. Se volvió usted irritado, gruñón, murmurando algunas palabras; miró el montón de piedras un instante, y continuó el camino en silencio. No estaba absolutamente atento á sus actos; pero en mí, la observación ha venido á ser, desde muy antiguo, una especie de necesidad.

Sus ojos permanecieron fijos en el suelo observando las zanjas y agujeros del pavimento, por lo cual ví que pensaba usted en el empedrado, hasta que llegamos al pequeño pasaje de Lamartine, donde acaban de poner como ensayo suelo de madera por el sistema de bloques unidos y sólidamente apisonados. Allí su semblante se aclaró, y adiviné que pronunciaba usted la palabra estereotomía, que es como presuntuosamente han bautizado á esta clase de pavimentación. Sabía que no podría usted pronunciar la palabra *estereotomía* sin pensar por inducción en los átomos, y en seguida, necesariamente, en las teorías de Epicuro; y como en la discusión que tuvimos el otro día á este respecto le hice observar que las vagas conjeturas del ilustre griego habíanse confirmado singularmente sin que nadie se diera cuenta por las últimas acerca de las nebulosas y los recientes descubrimientos cosmogónicos, comprendí que no podría usted impedir á sus ojos dirigir la mirada hacia la gran nebulosa de Orión; lo aguardaba y no me equivoqué. Ahora bien; en esta gansada de Chantilly que se presentó

ayer en el *Museo*, el crítico, aludiendo poco correctamente al cambio de nombre del ex remendón al calzar el coturno, citaba un verso latino, del cual hemos hablado. Me refiero al

Perdidit antiquum littera prima sonum.

Le había dicho á usted que él había hecho traición á Orión, que antiguamente se llamaba Urión, y á causa de cierta acrimonia mezclada en nuestra discusión, estaba seguro que no lo había usted olvidado. Era evidente, pues, que no podía usted dejar de asociar las dos ideas de Orión y Chantilly. Ví esta asociación de ideas en la especie de sonrisa que dibujaron sus labios. Pensaba usted en la inmolación del pobre zapatero. Hasta aquel momento caminaba usted encorvado, caído, pero á partir de aquel instante se irguió; era indudable que pensaba usted en la pequeña estatura del comiquillo. Entonces fué cuando interrumpí sus reflexiones.

Poco después de este diálogo, leyendo la edición de la noche de la *Gaceta de los Tribunales*, atrajeron nuestra atención los siguientes párrafos:

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA MORGUE

Doble asesinato de los más extraños.

«Esta madrugada, próximamente á las tres, los habitantes del barrio de San Roque despertáronse al oír una serie de espantosos gritos que parecían salir del cuarto piso de una casa de la calle de la Morgue, ocupada en su totalidad por una señora de l'Espanaye y su hija, la señorita Camila. Después de perder algún tiempo en intentar que les abrieran la casa buenamente, forzaron la puerta, y ocho ó diez vecinos penetraron acompañados de dos gendarmes.

»Mientras tanto los gritos habían cesado; pero en el momento en que todos llegaban atropelladamente al primer piso oyeron dos voces fuertes, acaso más, que parecían disputar violentamente, y procedían de la parte superior de la casa. Al llegar al segundo piso los ruidos habían cesado por completo y todo se hallaba en calma. Llegaron al último piso y derribando la puerta de un aposento de la parte interior, cerrado con llave y ésta puesta en la cerradura por la parte de adentro, se hallaron ante un espectáculo que llenó á todos de terror, no menos que de asombro.

»El cuarto estaba en el mayor desorden; los muebles derribados, rotos, fuera de su sitio natural y en confusión. No había más que una cama, de la cual habían sacado el colchón, tirándolo al suelo. En una silla se halló una navaja de afeitar empapada en sangre; en el umbral, tres largos y fuertes bucles canosos que parecían violentamente arrancados de raíz. En el suelo se encontraron cuatro napoleones, un pendiente con un topacio, tres cucharas soperas de plata, tres más pequeñas de metal argelino y dos sacos que contenían unos 4.000 francos en oro. En un rincón, los cajones de una cómoda, que habían sacado del mueble, y sin duda saqueado, por más que se hallaron en ellos muchos artículos intactos. Un cofrecito de hierro estaba bajo las ropas del lecho, abierto y con la llave en la cerradura. No contenía más que cartas y papeles sin importancia.

»No había huellas de la señora de l'Esplanaye; pero se notó enorme cantidad de sebo en la chimenea. Se hizo una pesquisa, y, ¡cosa horrible!, sacaron de ella el cuerpo de la señorita Camila, embutido

cabeza abajo y á la fuerza por el estrecho cañón hasta una altura considerable. El cuerpo estaba caliente. En el examen se descubrieron multitud de escoriaciones, ocasionadas, sin duda, por la violencia con que había sido *envainada* y por la fuerza que habían necesitado hacer para sacarla. El rostro tenía profundos arañazos, y la garganta presentaba grandes equimosis y señales indelebles de uñas, como si la muerte hubiérase efectuado por estrangulación.

»Después de minucioso examen de toda la casa, que no dió resultado, para encontrar el cuerpo de la señora, hallóse éste en un patiecito embaldosado, posterior. El cadáver apenas presentaba forma humana, y al incorporarlo, la cabeza, admirablemente cortada, se separó del tronco.

»Este suceso está rodeado del mayor misterio, y hasta el presente dúdase mucho que sea posible hallar un hilo conductor..., etc.»

.*.*

El número siguiente añadía los siguientes pormenores:

»*El crimen de la calle de la Morgue.*— Buen número de individuos han prestado declaración relativamente á este horrible y misterioso drama; pero nada se ha conseguido que pueda dar luz en el descubrimiento del suceso. He aquí el resultado de las declaraciones:

»Paulina Dubourg, lavandera, declara que conocía á las víctimas, cuyas ropas lavaba desde hacía tres años. La anciana y su hija parecían vivir en muy buena inteligencia, y se mostraban muy cariñosas entre sí. Eran buena *paga*. No puede decir nada respecto á su género de vida ni á sus medios de existencia. Creo que la señora decía la buenaventura por profesión.

Los vecinos opinan que tenían dinero ahorrado. Paulina no vió nunca á nadie en la casa cuando iba á llevarse ó devolver la ropa. Está segura de que no tenían sirvientes. Le parece que no había muebles más que en el cuarto piso.

»Pedro Moreau, expendedor de tabaco, declara que vendía periódicamente á la señora de l'Espanaye pequeñas cantidades de este producto, casi todo en polvo. Ha nacido y vivido siempre en el barrio. La anciana y su hija ocupaban desde hacía seis años la casa en que se hallaron sus cadáveres, y que pertenecía á dicha señora. Antes la ocupaba un joyero que subarrendaba los pisos altos á varias personas. La dueña, descontenta con su inquilino, le despidió y fué á habitarla. Era una señora muy buena, infantil. El declarante ha visto á la hija sólo cinco ó seis veces en todo ese tiempo. Llevaban madre é hija vida muy retirada. Se las reputaba ricas. En la vecindad ha oído decir que la anciana decía la buenaventura; pero no lo cree. No ha visto nunca á nadie entrar en la casa desde que la habitaba su propietaria, más que á un comisionista una ó dos veces, y á un médico diez ó doce.

»Varios otros vecinos declaran poco más ó menos lo mismo: nadie entraba en la casa; se ignora si las víctimas tenían parientes; los balcones de la fachada se abrían rarisíma vez; los de atrás siempre estaban cerrados, excepto las ventanas de la pieza posterior del cuarto piso; la casa era bastante buena y no muy vieja.

»Isidoro Muset, gendarme, declara que fué llamado por varios vecinos á eso de las tres de la mañana, y que encontró en la puerta de la casa del crimen á veinte ó treinta personas. Forzó la cerradura con la bayoneta, y no le costó trabajo, porque

la puerta era de doble hoja y no tenía pestillos corridos arriba ni abajo. Al abrirla cesaron repentinamente los gritos, que parecían de personas á quienes estuviesen martirizando. Al llegar al primer piso oyó dos voces que disputaban: una ruda, otra aguda y extraña. La primera era de un francés, y está seguro de que no era voz de mujer: pudo entender las palabras *sacré diable*. La voz aguda era de un extranjero; no se atreve á afirmar si de hombre ó de mujer. No pudo entender ni una palabra; presume que fuera *español*. Da cuenta del aspecto del aposento y del hallazgo de los cadáveres en la misma forma que ayer indicábamos.

»Enrique Duval, vecino, platero de oficio. Fué de los primeros que entraron en la casa. Confirma el testimonio de Muset en general; pero, en su opinión, la voz aguda era una voz de *italiano*. Seguramente no era voz francesa. No sabe de cierto si era voz de mujer, pero le parece posible. El testigo no sabe palabra de italiano, y no entendió una sílaba distinta y clara al misterioso disputador; pero, por la entonación, cree que el individuo era italiano. Duval conocía á las víctimas; había hablado frecuentemente con ellas, y afirma que la *voz aguda* no era de la señora ni de la señorita Espanaye.

»Odenheimer, dueño del restaurant. Este testigo se presentó *motu proprio*. No habla palabra de francés, y se le recibió declaración por medio de intérprete. Nació en Amsterdam. Pasaba junto á la casa cuando se oían los gritos, que duraron unos diez minutos. Eran gritos prolongados, altos, espeluznantes, de horrible dolor y agonía. Fué uno de los que penetraron en la casa. Confirma los testimonios anteriores, excepto en un punto: está seguro de que la

voz aguda era de hombre y de *francés*. No pudo distinguir las palabras articuladas; hablaba alto, atropelladamente y de un modo *desigual*, expresando temor y cólera á la vez. La voz era áspera, más que aguda: no se aviene á calificarla de aguda. La otra, la gruesa, dijo varias veces: *sacré, diable*, y una vez *mon Dieu!*

»Julio Mignaud, banquero, de la casa Mignaud é hijos, calle Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. La señora de l'Espanaye tenía alguna fortuna y había abierto una cuenta corriente en su casa unos ocho años antes. Solía depositar pequeñas cantidades. Nò había sacado nada hasta tres días antes del drama, en que fué en persona á pedir cuatro mil francos, que le fueron pagados en oro y enviados á su domicilio con un dependiente.

»Adolfo Lebon, dependiente de Mignaud et fils, que llevó los cuatro mil francos, dice que llegó á la casa á eso de medio día y no pasó de la puerta, pues allí le recibieron los talegos del oro las dos señoras, cogiéndole uno cada una. No vió á nadie en la calle á aquella hora.

»Guillermo Bird, sastre, inglés, declara que fué uno de los que entraron en la casa. Ha vivido dos años en París. Oyó las dos voces que cuestionaban; la ruda, no cabe duda que era de un francés. Oyó distintamente las palabras *sacré* y *Dieu*, entre otras que no recuerda. En aquel momento oíase ruido como de varias personas que luchan; el estruendo de una lucha y de objetos que se rompen con estrépito. La voz aguda era fortísima, más fuerte que la aguda; le pareció de *alemán*, acaso de mujer. El testigo ignora por completo el alemán.

»Los testigos todos están contestes en que la puerta del aposento en que se halló

el cadáver de la señorita Espanaye estaba cerrada por dentro cuando llegaron. No vieron á nadie dentro, ni oyeron al llegar gemidos ni ruidos de ninguna clase. Todo estaba en calma.

»Las ventanas de dicha cámara estaban cerradas, y sólidamente sujetas por dentro. Una puerta de comunicación también cerrada, aunque no con llave; la que conduce por el corredor al exterior cerrada con llave y la llave por dentro. Una habitacioncita exterior del cuarto piso, á la entrada del pasillo, hallábase con la puerta entreabierta, y llena, atestada de maletas, baúles, maderas de cama viejas, etc. Se han examinado minuciosamente todos los objetos.

»Se han hecho penetrar deshollinadores en las chimeneas. La casa tiene cuatro pisos y guardillas. Una trampa que da acceso al tejado estaba condenada y sólidamente cerrada con clavos; parecía no haber sido abierta desde muchos años.

»Los testigos varían acerca de la duración del tiempo transcurrido desde el momento en que oyeron las voces que disputaban hasta el en que forzaron la puerta del aposento; algunos lo creen brevísimo, de dos ó tres minutos; otros calculan cinco ó seis. La puerta no fué abierta sin gran trabajo.

»Alfonso García, empresario de pompas fúnebres, vecino de la calle de la Morgue, español, es uno de los que penetraron en la casa. No subió la escalera por ser en extremo nervioso y temer las consecuencias de excitarlos violentamente. Oyó las voces de los que disputaban. La gruesa era de un francés; no pudo distinguir lo que decía. La aguda era de un inglés, está seguro. El testigo no sabe inglés, pero lo cree por el tono y forma de hablar.

«Alberto Montani, confitero, italiano, fué de los primeros que subieron la escalera. Oyó las voces; la ronca, de francés; entendió algunas palabras. El individuo parecía reñir al otro y hacerle observaciones. No pudo adivinar lo que decía la voz aguda; el propietario de ella hablaba atropelladamente, y como á *sacudidas, á golpes*. Sospecha que era un *ruso*, aunque nunca habló con ningún ruso, ni conoce el idioma.

«Los deshollinadores certificaron que los cañones de las chimeneas todas en el cuarto piso eran demasiado estrechos para dar paso á un ser humano, aunque sea una criatura; son de los que tienen que limpiarse con esas herramientas especiales, especie de brochas en forma de cilindros. Se ha hecho pasar esas brochas de alto abajo por todos los cañones.

«No hay en la parte atrás de la casa ninguna salida que haya podido favorecer la fuga del asesino. El cuerpo de la señorita Camila estaba tan sólidamente empotrado en la chimenea, que fué preciso para sacarlo que cuatro ó cinco de los testigos aunar sus esfuerzos.

«Pablo Dumas, médico forense, declara haber hallado los cadáveres, cuando se le llamó al punto de la mañana, sobre la cama. el cuerpo de la joven estaba lleno de rasguños, etc., causados por su introducción y su extracción de la chimenea. El cuello estaba amoratado por la presión, con huellas distintas de varias uñas clavadas en él; la faz horriblemente lívida y los ojos desencajados. En la boca del estómago presentaba una mancha lívida, indudablemente producida por la presión violenta de la rodilla del asesino. Opina que fué estrangulada por una ó varias personas.

«El cuerpo de la madre estaba horrible-

mente mutilado; los huesos todos de la pierna y brazo izquierdos, más ó menos magullados; la tibia izquierda, hecha astillas, y rotas todas las costillas del mismo lado; todo el cuerpo amoratado. Imposible adivinar con qué le dieron semejantes golpes; debió de ser con una grande y pesada maza, ó con una fuerte barra de hierro manejadas por las manos de un hombre excesivamente robusto. Una mujer no hubiera podido hacer tales estragos, fuera con el arma que fuere. La cabeza, enteramente separada del tronco, ha debido de cortarse con un instrumento afiladísimo; probablemente una navaja de afeitar.

«Alejandro Etienne, médico, confirma en todo el testimonio y opinión de su colega Dumas.

«Varias otras personas fueron interrogadas; pero no han suministrado ningún otro informe de importancia. Nunca se cometió en París asesinato más misterioso y embrollado, si es que se trata de un asesinato. La policía hállase desorientada, caso rarísimo en esta clase de pesquisas. Es verdaderamente imposible hallar una pista en este asunto.»

..

La edición de la noche revelaba que reinaba permanente agitación en el barrio de San Roque, que se había hecho un segundo y más minucioso examen en el teatro del suceso, y que los testigos habían sido interrogados de nuevo; pero todo sin resultado. Mientras tanto, en una última hora anunciábase la detención de Adolfo Lebon, el dependiente de la casa de banca, aunque los hechos hasta entonces no le incriminaban.

Dupin parecía interesarse extraordinariamente en aquel suceso, á lo menos según yo juzgaba por sus maneras, pues no

hacia comentario alguno. Sólo después de leer el anuncio de la prisión de Lebon me preguntó qué opinión había yo formado del crimen.

No pude menos de confesarle que, como todo París, lo creía un misterio insoluble: no veía medio de descubrir la huella del asesino.

—No debemos juzgar de los medios posibles—dijo Dupin—por esta instrucción embrionaria. La policía parisiense, tan elogiada por su penetración, no tiene más que astucia. Procede sin método, por la inspiración del momento. En un caso hace gran ostentación de medidas; pero suele ocurrir que son tan intempestivas é inadecuadas, que hacen pensar en aquel personaje de comedia, M. Jourdain, que pedía *la bata para oír mejor la música*. Los resultados son alguna vez sorprendentes; pero en su mayoría débense, más que á otra cosa, sencillamente á la diligencia y á la actividad. En los casos en que esas facultades son insuficientes, los planes fallan. Vidocq, por ejemplo, era bueno para adivinar: no carecía de paciencia; pero no teniendo bastante educado el pensamiento, solía extraviarse casi siempre á causa del ardor mismo de sus pesquisas. Disminuía su potencia visual mirando desde demasiado cerca el objeto. Acáso llegaba á ver uno ó dos puntos con singular nitidez; pero, por defectos de su mismo procedimiento, se equivocaba al considerar el caso en su conjunto. Eso puede llamarse ser demasiado profundo. La verdad no está siempre en un pozo. En suma: por lo que se refiere á las nociones que nos interesan, creo que están invariablemente en la superficie. La buscamos en la profundidad de los valles, y es en la cima de los montes donde la descubriremos.

En la contemplación de los asiros hay abundantes ejemplos de esta clase de error. Lance usted una ojeada sobre una estrella, mírela oblicuamente volviendo hacia ella la parte lateral de la retina (mucho más sensible que la central á una luz leve), y verá distintamente el astro, teniendo una percepción más exacta de su brillo, el cual se empaña un tanto á medida que se la mira más plenamente. Al mirarla de plano, cae sobre la retina mayor número de rayos, mientras que mirándola oblicuamente hay una receptibilidad más completa, una susceptibilidad mucho más viva. La profundidad exagerada debilita el pensamiento y le pone en perplejidad: hasta es posible hacer desaparecer á Venus misma del Firmamento mediante una atención demasiado sostenida, excesivamente concentrada, sobrado directa.

En cuanto á ese asesinato, hagamos nosotros mismos un examen antes de formar juicio, una pesquisa que será como una diversión (me pareció esta expresión extraña é impropia aplicada á aquel caso, pero no objeté una sílaba). Además, Lebon me hizo un servicio, y no quiero ser ingrato. Visitaremos el lugar del suceso y lo examinaremos con nuestros propios ojos. Conozco á G..., el prefecto de policía, y obtendremos sin trabajo la autorización necesaria.

Con efecto; se nos concedió, y fuimos enseguida á la calle de la Morgue, uno de esos miserables callejones que enlazan la calle de Richelieu con la de San Roque. Era una de las primeras horas de la tarde cuando salimos, y tardamos bastante en llegar, pues ese barrio está muy distante del en que habitábamos. Hallamos en breve la casa, pues una porción de papanatas contemplaban desde la acera de enfrente

los cerrados balcones con estúpida curiosidad. Antes de entrar dimos vuelta á la fachada para examinarla por la parte posterior. Durante un rato Dupin husmeó los alrededores, lo mismo que el edificio, con atención minuciosa, cuyo objeto no podía yo adivinar.

Volvimos á la entrada, llamamos, exhibimos nuestro permiso y entramos. Subimos hasta la habitación donde se había hallado el cadáver de la señorita Camila, y en la cual aún yacía con el de su madre. El desorden del aposento había sido respetado, como es de rúbrica en tales casos. No ví nada más que lo relatado por la *Gaceta de los Tribunales*. Dupin analizaba minuciosamente todos los objetos, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas. Pasamos luego á las demás piezas y bajamos á los patios, siempre acompañados por un gendarme. El examen duró mucho; era ya muy de noche cuando salimos de la casa. Al dirigirnos á nuestro domicilio mi amigo se detuvo breves instantes en la administración de un periódico.

Ya he dicho que mi amigo tenía una percepción de genialidades que yo disimulaba con gusto. A la sazón se le metió en el magín no querer hablar palabra del asesinato hasta el día siguiente á las doce. A dicha hora me preguntó bruscamente si había observado algo de particular en el teatro del crimen.

Pronunció de tal modo la palabra particular, que me estremecí sin saber por qué.

—No, nada—le dije.—A lo menos, nada más de lo que hemos leído.

—Me temo que la *Gaceta* no ha comprendido el insólito horror del suceso. Pero prescindamos de las necias opiniones de ese diario. Paréceme que se ha conside-

rado indescifrable el misterio por las mismas razones por las cuales debía haberse tenido por fácil de descifrar. Los policías se han confundido por la falta aparente de motivos justificadores, no del crimen en sí, sino de la atrocidad del crimen. Otro obstáculo para ellos ha sido la imposibilidad aparente de conciliar las voces de los que disputaban y su desaparición misteriosísima, pues no hallaron arriba á nadie, no pudieron bajar por la escalera sin ser vistos por los que subían y no tenían salida aparente alguna. El sorprendente desorden del cuarto, el cuerpo de la señorita, metido cabeza abajo por el estrecho conducto de la chimenea, la espantosa mutilación de la anciana; todas estas consideraciones, unidas á las anteriormente mencionadas y á otras de que no tengo necesidad de hablar, han bastado para paralizar la acción de los agentes de la autoridad y para desconcertarlos, á pesar de su tan cacareada perspicacia. Han cometido el grande y vulgar error de confundir lo extraordinario con lo abstruso. Pero precisamente, esas desviaciones del curso ordinario de la naturaleza son las que hacen falta seguir para hallar, si es posible, el camino de la verdad. En pesquisas de este género no hay que preguntarse cómo acaecieron los hechos, sino estudiar ante todo en qué se distinguen de los demás de que tenemos noticia. Resumen: la facilidad con que llegaré, ó he llegado, á la solución del problema, está en razón directa de la indescifrabilidad aparente del misterio á los ojos policíacos.

Contemplé á mi hombre con asombro mudo.

—Aguardo ahora—continuó, dirigiendo una ojeada á la puerta de la sala—á un individuo que, aunque no es el autor de esa

carnicería, se halla complicado en el crimen. Con toda probabilidad, y confío en no equivocarme en esta hipótesis (porque sobre esa hipótesis fundo la esperanza de descifrar el enigma), es inocente de la parte sangrienta y atroz del suceso. Le aguardo aquí, en esta sala, de un minuto á otro, y hay algunas probabilidades de que venga. Si viene, será necesario detenerle. Aquí hay pistolas, que ambos sabemos manejar en un caso dado.

Cogi maquinalmente el par que me alargaba y pudiendo apenas dar crédito á mis oídos, mientras Dupin continuaba como monologando. Ya he mencionado sus maneras extrañas en algunos momentos. Su discurso se dirigía á mí; pero su voz, aunque elevada al diapason ordinario, tenía esa entonación particular que se toma al hablar á una persona colocada á gran distancia. Sus miradas, de vaga expresión, parecían dirigirse á la pared de enfrente.

—Las voces que disputaban —prosiguió—oídas por los que subían la escalera, no eran las de esas desdichadas mujeres. Eso nos permite precindir en absoluto de averiguar si la anciana se suicidó después de asesinar á su hija. Sólo menciono este punto por amor al método, pues la fuerza de la señora de l'Espanaye hubiera sido insuficiente para meter el cadáver de la señorita Camila donde le encontraron, y la naturaleza de las heridas que ella misma sufrió excluyen por completo la idea del suicidio. El asesinato ha sido, pues, cometido por *otros*, y las voces de esos *otros* son las que han oído disputar.

«Permítame usted ahora que llame su atención, no sobre las deposiciones relativas á esas voces, sino en lo que hay de particular en ellas. ¿Se ha fijado usted?»

—Me he fijado en que, al paso que todos

están contestes en considerar francés al de la voz recia, hay un extraño desacuerdo respecto á la nacionalidad del de la voz aguda ó áspera, como la define uno de los testigos.

—Eso constituye la evidencia—replicó Dupin—, pero no la *particularidad* de la evidencia. No ha observado usted nada *distintivo*, y, no obstante, había algo que observar. Los testigos—fíjese bien—están acordes respecto á la voz gruesa: en eso hay unanimidad. Pero respecto á la otra hay algo particularísimo, que no consiste en su desacuerdo, sino en el hecho de que cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés tratan de describirla, todos hablan de ella como de voz de *extranjero*; cada cual asegura que no es la voz de un compatriota suyo. Y todos la comparan á la voz que menos familiar les es. El francés cree que era voz de español, y *hubiera podido pescar alguna palabra si estuviese familiarizado con ese idioma*; el holandés afirma que era de francés; pero, no conociendo la lengua, ha tenido que declarar por medio de intérprete; el inglés cree que era alemán, idioma que ignora; el español está completamente seguro que era voz de inglés, juzgando por la entonación, pues no tiene conocimiento alguno de inglés; el italiano la considera de ruso, aunque en su vida oyó hablar en dicha lengua; otro francés la cree italiana por la entonación, como el testigo español, pues desconoce dicho idioma.

«Ahora bien; la voz desconocida debía de ser muy insólita y extraña para producir semejantes testimonios. Singular tiene que ser una voz en cuya entonación ciudadanos de cinco grandes naciones europeas no han hallado nada familiar. Me dirá usted que pudo ser la voz de un africa-

no ó de un asiático: ni unos ni otros abundan en París; pero, sin negar la posibilidad del caso, llamo sencillamente su atención acerca de tres puntos:

»Un testigo califica la voz *más bien de despera que de aguda*; otros dos dicen que era *breve y cortada*, que hablaba como á *sacudidas*. Ninguno de ellos ha podido entender ni una sola palabra.

»No sé—continuó Dupin—qué impresión harán en usted mis razonamientos; pero yo no titubeo en afirmar que se pueden hacer deducciones lógicas de esta parte de las deposiciones, de la parte relativa á las dos voces, la gruesa y la aguda, muy suficientes para indicar una pista segura. Dije deducciones *lógicas*; pero el adjetivo no expresa por completo mi pensamiento: quería dar á entender que tales deducciones serían las únicas *pertinentes*, y que la sospecha que implican surge *necesariamente* como el único resultado posible. No voy á decirle en este instante la naturaleza de esa sospecha; me contento con declarar que era más que suficiente base para dar carácter decidido, tendencia positiva á las investigaciones.

»Transportémonos ahora con la imaginación á la sala del crimen. ¿Cuál será el primer objeto que atrajera nuestra curiosidad? Los medios de evasión empleados por los asesinos. Podemos afirmar que ni uno ni otro creemos en sucesos sobrenaturales. Las señoras de l'Espanaye no han sido asesinadas por duendes, sino por seres materiales, que han huído materialmente.

»¿Cómo? Felizmente, no hay más que una manera de razonar en este punto, y ella nos conducirá á una conclusión positiva. Examinemos uno por uno los medios de evasión. Es claro que los asesinos hallá-

banse en el aposento en que fué hallada la señorita, ó á lo menos en el cuarto de al lado, cuando los vecinos subían por la escalera. Sólo, pues, en esas habitaciones tenemos que buscar salidas. La policía ha levantado los suelos, sondeado las paredes, abierto los techos: ninguna salida secreta ha podido ocultarse á su perspicacia. Pero yo no me fié de sus ojos y he mirado con los míos: no hay, realmente, salidas secretas. Las dos puertas de las salitas que dan al pasillo estaban bien cerradas con llave, y las llaves, en la parte interior. Vamos á las chimeneas: los conductos de ésta son de la anchura ordinaria hasta una altura de unos diez pies sobre el hogar; pero luego se estrechan de modo que no podría trepar por ella ni un gato.

»La imposibilidad de la fuga, á lo menos por esas vías, queda, pues, absolutamente establecida: estamos reducidos á las ventanas. Nadie pudo escapar por las exteriores sin ser visto por la multitud que aguardaba en la calle. Ha sido, pues, *necesario* que huyesen por las interiores.

»Llegando á esta conclusión por deducciones tan incontestables, si hemos de ser lógicos, no tenemos el derecho de rechazarla á causa de su aparente imposibilidad. Sólo nos resta demostrar que esa imposibilidad es aparente.

»Hay dos ventanas en el aposento. Una no está obstruída por el mobiliario, y queda enteramente accesible. La parte inferior de la otra hállase tapada por la cabecera del lecho, fuertemente apretada contra ella. Se ha comprobado que la primera estaba sólidamente sujeta por dentro, pues ha resistido á los más violentos esfuerzos hechos para abrirla. Había en su marco un gran agujero á la izquierda, hecho con burreña, y han hallado en él un clavo grueso

introducido hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana han visto metido otro semejante, y un vigoroso esfuerzo que hicieron para abrirla ha resultado tan infructuoso como el anterior. En aquel momento se convenció la policía plenamente de que nadie había podido fugarse por ellas, y consideró superfluo sacar los clavos y abrir las ventanas.

»Mi examen fué algo más detenido, por las razones que acabo de dar á usted. Era el caso de demostrar que la imposibilidad de huir de allí *no existía*.

»Continué razonando así: Los asesinos se han evadido por una de esas ventanas; siendo así, no podían haber ajustado el marco ó bastidor por dentro, consideración que por su evidencia puso límite á las investigaciones policíacas en ese sentido. En verdad que no había medio de negar que, estando cerrada, era forzoso *que pudiera cerrarse por sí misma*. Me dirigí á la ventana libre, saqué el clavo con alguna dificultad y traté de abrir: ¡nada! Había, pues, y ya estaba seguro de ello, un resorte oculto: lo busqué atentamente y lo hallé. Satisfecho de mi descubrimiento, no abrí, y volví á colocar el clavo. Una persona, al pasar por la ventana, podía haberla cerrado por medio del resorte; pero no habría podido volver á colocar el clavo en su sitio. Esta conclusión era evidente, y restringía todavía más el campo de mis investigaciones. Era preciso que los asesinos hubiesen escapado por la otra. Suponiendo que los resortes de las dos fuesen iguales, como era probable, *tenía que haber* diferencia en los clavos, ó, por lo menos, en el modo de estar encajados. Subí á la armazón de la cama, y examiné la otra salida por encima de la cabecera.

»Descubrí fácilmente el resorte, idénti-

co al de la otra, y lo hice jugar con más facilidad. Entonces estudié el clavo, que parecía tan grande como el otro y metido casi hasta la cabeza.

»Creerá usted que me sentía desconcertado; pero si tal creencia tiene, es que se ha equivocado usted acerca de la naturaleza de mis inducciones. No había cometido una sola falta, no perdí la pista un solo instante, no faltaba el menor eslabón a la cadena de mis razonamientos. Había seguido el secreto hasta su última fase, y esta fase era el *clavo*. Parecía, dije, idéntico al de la otra ventana; pero este hecho, por concluyente que sea en apariencia, resulta nulo y sin ningún valor ante la consideración dominante de que en este clavo termina el hilo conductor. Tiene que haber—me dije—algo defectuoso en este clavo. Le toqué, y la cabeza, con un trozo de hierro, quedóseme entre los dedos; el resto estaba clavado. La fractura era muy antigua, porque los bordes estaban roñosos, y había sido producida por un martillazo. Volví á ajustar la cabeza con el pedazo que la continuaba, y volvió á parecer el clavo intacto. Hice jugar el resorte suavemente, y el clavo partido se desunió, pero sin salir cada pedazo de su agujero, y al cerrarse volvió á dar la apariencia de un clavo intacto.

»Hasta aquí el enigma estaba descifrado. El asesino había huido por la ventana que tocaba el techo, la cual había caído por sí misma después de la fuga, ó vuelto á bajar por mano humana; era igual. Una vez en su puesto, la retuvo por el resorte, y esta resistencia creyó la policía que era debida al clavo.

»Faltaba averiguar cómo bajó ó bajaron. Sobre este punto ya había hecho conjeturas verosímiles en nuestra excursión.

en torno de la casa. A unos cinco pies y medio próximamente de la ventana hay una cadena de pararrayos. Desde aquella cadena hubiera sido imposible á nadie, fuera quien fuese, alcanzar á la ventana, y menos aún entrar por ella.

»Sin embargo, observé que las ventanas del cuarto piso eran de esa clase particular que los carpinteros franceses llaman *enrejadas*, muy poco usadas hoy, pero que se hallan en las casas antiguas de Lyon y de Burdeos. Están hechas como una puerta ordinaria (puerta de una sola hoja), y en la parte inferior tienen una faja ancha horizontal con un enrejado de hierro para dar paso á la luz, lo que da á las manos un buen punto de apoyo para agarrarse.

»Estas ventanas, anchas de tres pies y medio lo menos, cuando las examinamos estaban abiertas á medias; es decir, formando ángulo recto con el muro. Es presumible que la policía haya estudiado como yo la parte posterior del edificio; pero al ver esos *enrejados* en su anchura (como indudablemente los vió), no se preocupó de sus dimensiones y no les concedió la importancia que tenían. En suma: los agentes los han examinado muy sucintamente, convencidos de que la fuga por allí era imposible.

»No obstante, era evidente para mí que la ventana correspondiente al hueco situado á la cabecera del lecho, si se le suponía pegado al muro, quedaría á unos dos pies de la cadena del pararrayos; y era claro también que, con el esfuerzo de una energía y un valor insólitos, se podía, mediante la cadena, efectuar la invasión por la ventana. Llegado á esa distancia de dos pies, supongo que la ventana esté enteramente abierta, como dije: cualquier ladrón

hubiera hallado en el enrejado un punto de apoyo sólido; y soltando la cadena, asegurando bien los pies contra el muro, y lanzándose vivamente, penetrar por la ventana, atrayendo hacia sí con violencia la madera, cerrándola... Supongo, naturalmente, que la ventana hallábase abierta en aquel momento.

»Observe usted que he hablado de una energía y de un esfuerzo muy poco comunes, como necesarios para llevar á cabo empresa tan difícil y tan audaz. Mi fin primordial es probar á usted que pudo realizarse, y, en segundo lugar, y *principalmente*, llamar su atención acerca del carácter *extraordinario en extremo*, casi sobrenatural, de la agilidad indispensable para ello.

»Va usted á decirme, sin duda, valiéndose del lenguaje judicial, que para dar una prueba *à fortiori*, debiera más bien *evaluar* la energía necesaria en ese caso que hacer notar su magnitud. Acaso sea esa la práctica curialesca; pero está en pugna con la razón natural. Mi fin es la verdad. Mi objeto *actual* es obligar á usted á relacionar esa energía insólita con esa voz particular, extraña, aguda (ó áspera), con esa voz entrecortada cuya nacionalidad no ha podido comprobarse por el acuerdo de dos siquiera de los testigos, y de la cual nadie pudo distinguir una sola sílaba, un sólo *sonido articulado*.

Al oír estas palabras, un concepto vago y embrionario del pensamiento de Dupin pasó por mi mente. Me parecía estar en el límite de la comprensión, mas sin poder traspasarlo, como las gentes que se hallan á la orilla del recuerdo, y, sin embargo, no consiguen llegar á recordar. Mi amigo continuó su argumentación.

—Ya ve usted que he transportado la

cuestión del modo de salir al modo de entrar. Entraba en mi plan demostrar que no se efectuaron en igual forma ni por el mismo punto. Volvamos ahora al interior del aposento, y examinémosle minuciosamente. Han dicho que los cajones de la cómoda fueron saqueados, y, sin embargo, se hallaron en ellos varios artículos de tocador intactos. La conclusión es absurda: simple conjetura, y bastante necia. ¿Cómo saber si los objetos encontrados en los cajones no son todos los que los cajones contenían? La señora de l'Espanaye y su hija llevaban una vida excesivamente retirada; no recibían visitas, apenas salían de casa, y, por consiguiente, tenían pocas ocasiones de cambiar de tocado. Los útiles existentes eran, por lo menos, de tan buena calidad como los que verdaderamente poseían esas damas. Y si un ladrón cogió algunos, ¿por qué no los mejores, por qué no todos? ¿Por qué se llevaría un paquete de ropas interiores y despreciaría los cuatro mil francos en oro? Sin embargo, el oro ha sido abandonado. La casi totalidad de la suma designada por el banquero estaba allí. No hay que pensar, pues, en el móvil del *interés*, engendrado en los cerebros policíacos por el hecho de que el dinero fué entregado á la misma puerta de la casa. Coincidencias mucho más notables que esta de la entrega de los fondos y el asesinato al tercer día se presentan á cada momento de nuestra existencia, sin atraer un segundo nuestra atención. En general, las coincidencias son como grandes postes de piedra colocados en el camino de esos míseros pensadores mal educados, que ignoran la primera palabra de la teoría de las probabilidades; teoría á la cual debe la Humandad sus más grandes descubrimientos y sus más

gloriosas conquistas. En el caso presente, si el oro entregado tres días antes hubiera desaparecido, el hecho constituiría algo más que una coincidencia; corroboraría la idea del *interés*; pero en las circunstancias actuales, si suponemos que el móvil del crimen fué el robo, tendremos que reconocer que ese criminal fué bastante idiota y aturdido para olvidar el dinero y el objeto que le había hecho cometer tamaña atrocidad.

»Fíjese usted bien en los puntos sobre que llamé su atención—la voz particular, la extraordinaria agilidad y audacia, la ausencia chocante del interés en un asesinato tan singularmente monstruoso—, y pasemos á examinar el crimen. Hay una mujer estrangulada con las manos, y embutida cabeza abajo en una chimenea. Los asesinos ordinarios no usan tales procedimientos. En ese modo de envainar el cadáver admitirá usted que hay algo excesivo y extraño, algo inconciliable en absoluto con la generalidad de las acciones humanas que conocemos, aun en el supuesto de tratarse de hombres de los más pervertidos. Piense usted también en la fuerza prodigiosa que hace falta para meter el cadáver en aquel conducto de tal modo, que se necesitó aunar las fuerzas de cuatro personas para sacarlo de allí.

»Pasemos á examinar otros indicios de ese vigor maravilloso. En el hogar se han encontrado mechas canosas de cabellos arrancados de raíz. Ya sabe usted cuánta fuerza se necesita para arrancar veinte ó treinta pelos juntos; se trata de muchos más, y tenían, ¡horror causa recordarlo!, adheridos al extremo pedazos de cuero cabelludo.

»No sólo el cuello de la anciana estaba cortada, sino enteramente separada del tronco la cabeza; el instrumento fué una

simple navaja de afeitar. Fíjese usted en esa ferocidad *bestial*. Y no hablemos de los cardenales que llenaban su cuerpo ni de la extraña rotura de sus huesos. Los doctores Dumas y Etienne han afirmado que fueron hechos con instrumento contundente, y en eso estuvieron en lo cierto; pero ese instrumento contundente fué el empedrado del patio, sobre el cual cayó la víctima desde la ventana de junto á la cabecera de su lecho. Esta idea, por sencilla que sea, se le ha escapado á la policía; como la de la anchura desmesurada de las ventanas, porque merced á los clavos no han creído posible la salida por allí.

«Ahora bien; si reflexiona usted detenidamente en el espantoso desorden de la habitación, tendrá ya bastantes elementos para combinar las ideas de maravillosa agilidad, de ferocidad *bestial*, de la carnicería inmotivada, de ese suceso *grotesco* en medio de lo horrible y que es absolutamente extraño á la humanidad, con esa voz rarísima, de acento desconocido por completo para hombres de varias naciones importantes, de esa voz que no silabea, que no produce sonidos articulados. ¿Qué deduce usted? ¿Qué impresión le ha hecho mi razonamiento?

Sentí un escalofrío al oír esas preguntas, y contesté:

—¡Un loco, algún desgraciado demente escapado de cualquier manicomio de los alrededores ha debido de cometer ese asesinato!

—¡No está mal!—replico.—La idea de usted es muy razonable. Pero la voz de los locos, aun en sus más furiosos accesos, no se aviene con lo que declaran de esa voz singular oída desde la escalera. Los locos son hijos de una nación cual-

quiera, y su lenguaje es siempre articulado, silábico, por incoherente que parezca. Además, el cabello de un loco no tiene ninguna semejanza con el que yo tengo en la mano, y que saqué de entre los dedos rígidos y crispados de la señora de l'Españaye. Véalos usted, y dígame su opinión.

—¡Dupin—exclamé completamente trastornado—, estos cabellos son muy extraños! ¡No son cabellos *humanos*!

—No he dicho nunca que lo fueran—me contestó.—Pero antes de resolver ese punto, vea usted este diseño que he hecho de la forma en que se hallan las huellas moradas de los dedos en el cuello de la señorita Camila y las marcas profundas de las uñas de que hablaron en su informe los médicos Dumas y Etienne: *una serie de manchas lívidas producidas con toda evidencia por la presión de los dedos*.

Mi amigo desplegó el papel sobre la mesa, y prosiguió:

—Observe usted que el dibujo da idea de un puño sólido y firme. No hay apariencia alguna de que los dedos hayan resbalado: cada uno de ellos ha conservado su lugar, acaso hasta la muerte de la víctima. Trate usted ahora de colocar sus dedos, todos á la vez, en esas huellas.

Lo intenté en vano.

—Es posible—agregó Dupin—que no hagamos bien el ensayo. El papel hállase extendido en una superficie plana, y la garganta humana es cilíndrica. Aquí tenemos un tarugo de madera cuya circunferencia es próximamente la de un cuello: extienda usted el dibujo en torno, y pruebe así de nuevo.

Obedecí; pero la dificultad fué más evidente que la primera vez.

—Esto—dije—no es la huella de una mano humana.

—¡Perfectamente!—exclamó mi amigo.—Ahora lea usted este pasaje de Cuvier.

Era la historia minuciosa, anatómica y descriptiva del gran orangután salvaje y feroz de las islas de la India oriental. Todos conocen perfectamente su gigantesca estatura, su fuerza y agilidad prodigiosas, su audacia y su ferocidad y las maravillosas facultades de imitación de ese mamífero cuadrumano. Comprendí inmediatamente lo horrible del crimen.

—La descripción de los dedos—dije al acabar la lectura—concuerda enteramente con el dibujo. Creo que ningún animal, á no ser un orangután, podría haber dejado huellas como esas. Estos pelos son también tales como los describe Cuvier. Pero no me doy cuenta exacta de los pormenores del espantoso misterio. Además oyeron disputar ó reñir *dos* veces, y una de ellas era, sin duda, de un francés..

—Cierto; y recordará usted que casi todos le atribuyen esta exclamación: ¡*Mon Dieu!* Este ¡Dios mío! es característico como expresión de un reproche ó de una observación, según declara Montani, el confitero. Pues bien; en esas dos palabras he fundado yo el descubrimiento del enigma. Un francés ha sabido el suceso; es posible, y hasta más que probable, que sea inocente de toda participación en el horrible crimen. El orangután ha podido escaparse, y es lo más fácil que haya seguido sus huellas hasta la habitación de la señora Espanaye; pero que en las terribles circunstancias subsiguientes no pudiera apoderarse de él. El animal está libre todavía. No prosigo en estas conjeturas porque, siendo estas reflexiones puramente hipotéticas, no tengo derecho á imponerlas á otro cuando yo no las considero seguras. Dejémoslo así. Si el francés á que

me refiero es, como lo supongo, inocente de esa atrocidad, este anuncio que puse anoche en *El Mundo*, diario consagrado á los intereses marítimos y muy leído por los marinos, le hará venir.

Me alargó el papel, y leí:

«Ha sido hallado en el Bosque de Boloña, en la mañana del... (la del asesinato), muy temprano, un feroz orangután de Borneo. Su propietario (que sabemos que es marinero de la dotación de un buque maltés) puede recobrar el animal, dando señas satisfactorias y reembolsando de algunos gastos á la persona que se apoderó de él y le guarda. Dirigirse á... etc.»

—¿Cómo ha podido usted averiguar que el hombre es marino y de un buque maltés?

—Es una simple suposición; no estoy seguro. Vea usted esa cinta, que por lo gruesa parece haber servido para anudar una de esas coletas de cabellos que algunos marinos ostentan con tanta altivez y petulancia. Además, ese nudo es de los que pocas personas no marineras saben hacer, y es peculiar de los malteses. Le recogí al pie de la cadena del pararrayos. Es imposible que perteneciera á una de las víctimas. Después de todo, si me he equivocado al suponerlo, á nadie he hecho daño con mi anuncio; y en cuanto á él, supondrá que me ha inducido á error cualquier circunstancia de que no se preocupará. Pero si estoy en lo cierto, habré conseguido una victoria. El francés, aunque inocente del crimen, titubeará antes de resolverse á reclamar su orangután, razonando así: «Soy inocente y soy pobre; ese animal vale mucho dinero, casi una fortuna: en mi situación, ¿por qué voy á dejarlo perder por estúpidas aprensiones? Está al alcance de mis manos; le hallaron en el Bosque de

Bolonia, á gran distancia del teatro del crimen. ¿Van á sospechar de un animal? La policía está despistada, pues no ha sabido hallar el menor hilo. Aunque estuvieran sobre la pista del orangután, sería imposible probar mi complicidad en ese asesinato ó incriminarme porque tuve conocimiento de él. En fin, últimamente, *soy conocido*. El anunciante sabe que soy el dueño de la bestia; pero no sé hasta qué punto se extiende su certeza. Si no reclamo un animal de tanto valor, acaso sospechen. ¡Ea! Iré, recobraré el orangután, y lo encerraré hasta que se haya olvidado el suceso.»

En aquel momento oímos pasos en la escalera.

—¡Prepárase usted; tome sus pistolas, y no las saque hasta que yo le avise!—dijo Dupin.

Estaba abierta la puerta cochera, y el visitante entró sin llamar, subiendo varios escalones; pero parece que dudaba, pues le oímos bajar de nuevo. Dupin se dirigió vivamente hacia la puerta; el hombre volvía á subir, y esta vez no se detuvo y llamó á la puerta de la habitación.

—¡Adelante!—dijo Dupin, cordial y alegremente.

Se presentó un hombre, indudablemente marino, alto, robusto, musculoso, con expresión de endiablada audacia, que no resultaba antipática; su faz atezada estaba casi cubierta por espesas patillas y poblado bigote. Llevaba un bastón grueso de encina, pero no parecía esconder otras armas. Nos saludó torpemente con acento francés, que, aunque tenía ligero matiz suizo, recordaba bastante un origen parisiense.

—Siéntese, amigo. Supongo que viene usted por el orangután. ¡Mi palabra, que

casi le envidio! Es un ejemplar hermosísimo, y, sin duda, de gran precio. ¿Qué edad le supone usted?

El marinero aspiró largamente, como quien se alivia de un peso insufrible, y respondió con voz segura:

—No podría, en verdad, decirlo exactamente; pero me parece que no puede tener más de cuatro ó cinco años. ¿Le tiene usted aquí?

—¡Oh, no! No disponíamos de lugar cómodo para encerrarle, y está en una cuadra de alquiler, aquí cerca, en la calle de Dubourg. Mañana podrá usted recobrarlo. Pero, ¿probará usted su derecho de propiedad?

—Ciertamente que sí, señor.

—¡Sentiré mucho separarme de él!

—No entra en mis cálculos que se haya usted tomado en balde el trabajo de cuidarle. Estoy dispuesto á dar una recompensa á quien le halló. Una recompensa razonable, se entiende.

—Muy bien—continuó mi amigo—; eso es lo razonable. Veamos: ¿cuánto daría usted? ¡Ah! ¡Voy á decírselo! Como hallazgo, deseo que me cuente usted todo lo que sabe respecto al crimen de la calle de la Morgue.

Dupin pronunció las últimas palabras con perfecta tranquilidad y en voz muy baja; luego se dirigió plácidamente á la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Sacó entonces una pistola, y la colocó en la mesa al alcance de la mano y con la mayor frialdad.

El rostro del marinero se tornó purpúreo, como si se hallara en las agonías de una congestión. Se incorporó y empuñó el bastón; pero un segundo después se dejó caer en la silla pálido y tembloroso, sin

poder articular palabra. Le compadecí desde lo íntimo de mi corazón.

—Se alarma usted sin motivo, amigo—le dijo Dupin bondadosamente—; se lo aseguro. No queremos causarle el menor daño. Por mi honra de caballero y de francés le juro á usted que no tenemos ninguna mala intención. Sé positivamente que es usted inocente de los horrores de la calle de la Morgue; pero eso no quiere decir que no se halle algo complicado en ellos. Lo poco que le he dicho le hará comprender que tuve en el suceso medios de información que no pudo usted sospechar. Ahora la cosa está clara para usted. No ha hecho usted nada que hubiera podido evitar; nada seguramente que le culpe. Podía usted haber robado impunemente, y ni siquiera lo ha hecho. No tiene por qué ocultarnos nada. Además, por todos los principios del honor está usted obligado á aclarar el asunto, puesto que hay un hombre preso y acusado de un crimen á cuyo autor conoce usted bien.

Mientras hablaba mi amigo, el hombre había recobrado en gran parte su presencia de ánimo; pero su audacia primitiva desapareció.

—¡Ayúdeme Dios!—exclamó tras corta pausa.—¡Dios me ampare! ¡Bueno; les diré todo lo que sé del suceso! Pero no confío en que crean ni la mitad. ¡Sería un imbécil si lo esperase! Con todo, soy inocente, y diré todo lo que tengo en el corazón, aunque me cueste la vida.

He aquí, en substancia, lo que nos contó:

Había hecho últimamente un viaje al archipiélago indico: Una banda de marineros, de que él formaba parte, desembarcó en Borneo y penetró en el interior por gusto. Entre él y otro camarada cogieron aquel orangután; el compañero falleció, y el ani-

mal quedó de exclusiva propiedad suya. Con infinitas molestias y no pocos disgustos, á causa de la indomable ferocidad del cautivo, logró llevarle á París y alojarle en su domicilio particular, donde le tenía bien encerrado para evitar la curiosidad de los vecinos y curarle de una pequeña herida en el pie que se hizo durante la travesía. Su proyecto era venderle.

Cuando una noche, ó más bien una mañana, la del crimen, regresaba á su hogar de una orgía habida entre compañeros, halló al cuadrumano instalado en su propio dormitorio: se había escapado del gabinete próximo, donde creía él que le tenía bien seguro. Con una navaja de afeitar, la cara llena de jabón y sentado ante un espejo, trataba de afeitarse, como, sin duda, vió á su amo hacerlo alguna vez por el agujero de la cerradura. Se aterrorizó al ver en manos de bestia tan feroz una arma de tal clase, de la cual era capaz de servirse, y no supo qué hacer. Ordinariamente le había dominado á latigazos, hasta en sus accesos más furiosos, y quiso recurrir entonces al mismo procedimiento. Pero al ver el látigo, el orangután dió un salto, salió de la habitación, bajó las escaleras, y aprovechando el funesto descuido de haber dejado abierta una de las ventanas, se lanzó por ella á la calle.

El francés, desesperado, persiguió al mono; éste, siempre con la navaja de afeitar en la mano, se detenía de vez en cuando, volvía la cara, hacía grotescas muecas al amo, y cuando le veía cerca reanudaba la fuga. La caza duró algún tiempo. Las calles estaban completamente tranquilas. Serían las tres de la madrugada. Al atravesar un pasaje situado detrás de la calle de la Morgue atrajo la atención del fugitivo una luz que brillaba en una ventana

abierta en un cuarto piso. Se precipitó á la pared; vió la cadena del pararrayos, trepó por ella con agilidad, se agarró al enrejado, que se hallaba pegado á la pared, como supuso Dupin, y se lanzó sobre la cabecera de la cama de la señora de l'Es-panaye.

Aquel ejercicio gimnástico no duró ni un minuto; el enrejado se había separado de la pared á causa del salto del orangután.

Mientras tanto, el marinero hallábase á la vez gozoso é inquieto. Tenía buenas esperanzas de recobrar el animal, que difícilmente podía escapar de la trampa en que se había metido: por otra parte, recelaba mucho de lo que pudiera hacer en la casa donde acababa de entrar. Esta reflexión le incitó á proseguir la persecución, y trepó á su vez por la cadena, cosa nada difícil para un marinero curtido. Pero cuando llegó á la altura de la ventana, situada bastante lejos á su izquierda, vió que no podía continuar la ascensión, é irguiéndose miró lo que hacía el cuadrumano en el aposento. Al contemplar la escena, casi le hizo soltar las manos el terror que le invadió. En aquel momento era cuando se exhalaban los gritos desgarradores que pusieron en conmoción al barrio.

Ambas damas, vestidas con sus trajes de noche, ocupábanse sin duda en examinar y arreglar los papeles de la caja de hierro de que se hizo mención, y que estaba abierta en medio del cuarto. Hallábanse, sin duda, de espaldas á la ventana, y no vieron la entrada del animal, ni advirtieron su presencia hasta que agarró á la anciana por el pelo. El ruido que hizo la ventana al cerrarse á medias no tenía importancia, pues podía haber sido causado por el viento.

El marinero vió que la fiera sujetaba por el cabello suelto y abundante á la señora, amenazándola grotescamente con la navaja de afeitar, como si quisiera ejercer en ella el oficio de barbero. La hija había caído al suelo desmayada. Los gritos de la anciana, y los esfuerzos que hizo para libertar sus cabellos, durante los cuales se los arrancó, produjeron el efecto de cambiar enfuriosas las disposiciones del cuadrumano, probablemente tranquilas y pacíficas. Con un rápido tajo de su brazo musculoso le separó la cabeza del tronco. El olor de la sangre transformó su furor en frenesí. Rechinaba los dientes y echaba llamas por los ojos. Se precipitó sobre el cuerpo de la joven, la estrechó con sus formidables zarpas, y no la soltó hasta que estuvo muerta. Sus ojos dilatados giraban en las órbitas con feroz mirada, y al fijarse en la cabecera del lecho vió á su dueño paralizado por el horror.

La furia de las bestias, que, sin duda alguna, recordó el terrible látigo trocóse súbitamente en espanto. Conociendo que merecía duro castigo, pareció querer ocultar las sangrientas huellas de su hazaña, y recorrió á saltos el aposento con nerviosa agitación, rompiendo y derribando los muebles y sacando los colchones del lecho. Finalmente, se apoderó del cadáver de la joven y lo embutió en el conducto de la chimenea; después tiró al patio la cabeza de la anciana.

Cuando se acercaba á la ventana para arrojar también el cuerpo de la señora, aterrorizado el marinero se deslizó por la cadena, y huyó precipitadamente, temeroso de las consecuencias de aquella horrible carnicería y sin importarle la pérdida

del orangután: tal era su espanto. Las voces que oyeron los vecinos desde la escalera eran sus exclamaciones de horror, mezcladas con la especie de aullido que lanzaba el simio.

No tengo casi nada que añadir. Sin duda, el orangután se escapó por donde había entrado, y al huir, casi al mismo tiempo que llegaban á la puerta policías y vecinos, tocó el resorte é hizo bajar el vidrio de la ventana. Recuperado pocos días después por su mismo dueño, lo vendió á buen precio con destino á la colección zoológica del Jardín Botánico.

Lebon fué inmediatamente puesto en libertad, después de haber referido nosotros todas las circunstancias del suceso en el gabinete mismo del prefecto de policía, el cual, por bien dispuesto que estuviese á favor de mi amigo, no pudo ocultar del todo su mal humor, exaltado quizás por los irónicos comentarios con que Dupin salpicó su relato, pues satirizó rudamente á los que padecen la manía de intervenir en las pesquisas policíacas.

—Déjele usted que se desahogue—me dijo luego Dupin, que no había juzgado prudente replicarle.—Me alegro mucho de haberle batido en su propio terreno. No tiene nada de particular que no haya sabido desembrollar el misterio, porque nuestro amigo, el prefecto, es demasiado sutil para ser

muy profundo. Su ciencia carece de base; no tiene más que cabeza, como los retratos de la diosa Laverna, ó, si lo prefiere usted,



... y no la soltó hasta que estaba muerta.

todo es cabeza y lomo, como el bacalao. Pero es un buen hombre. Le quiero muy particularmente por su maravilloso sistema de discurrir, que le ha valido la reputación de genio. Me refiero á su manía *de negar lo real y explicar lo irreal*, como dijo Rousseau en su *Nueva Eloísa*.

LA NOVELA DE AHORA

Año IV.==Publicación semanal.==Tercera época.

Todas las obras responden al lema: LITERATURA, ARTE, MORALIDAD, AMENIDAD, CULTURA. Tomos en 4.º mayor encuadernados en rústica con elegantes cubiertas; esmeradamente impresos sobre excelente papel y profusamente ilustrados por nuestros más apreciados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un mes.....	1,70 pesetas.
Trimestre.....	5,00 —
Semestre.....	10,00 —
Año.....	19,00 —

Número corriente, 40 céntos.—Los números atrasados tienen diez céntimos de aumento.

Con los números de la tercera época de **La Novela de Ahora** se forman elegantísimos tomos, soberbiamente encuadernados en tela inglesa, con planchas de oro fino inalterable por el tiempo y la humedad y cortes rojos. Estos tomos constituyen la más lujosa y escogida colección de novelas, un espléndido y delicadísimo regalo, y una serie de libros que pueden ser ornato de la más rica biblioteca. Cada tomo contiene cinco, seis ó más números de **La Novela de Ahora**, y su precio es **seis pesetas**. Tomando más de diez tomos á **cinco pesetas** cada uno en España, franco de porte. También se han hecho magníficas tapas para que los suscriptores puedan encuadernar su colección. Con las tapas, que son bellísimas, sobrias y elegantes, con planchas de oro fino, se regalan las portadas é índices de cada tomo, y su precio es **una peseta** cada tapa. Los suscriptores actuales ó los que en adelante se suscriban y á quienes sirva directamente la Administración obtendrán en sus pedidos de tapas las siguientes bonificaciones: si la suscripción es por un trimestre, 20 por 100; si la suscripción es por un semestre, 30 por 100; si la suscripción es por un año, 40 por 100.

OBRAS PUBLICADAS EN LA TERCERA EPOCA

- | | |
|---|---|
| 1 A. Palacio Valdés. La aldea perdida. | 37 M. Nicholson. La casa de las mil bujías. |
| 2 H. Rider Haggard. Aventuras de Allan Quatermain en el Africa central. | 38 y 39 Ch. Foley. Kowa la misteriosa. 2 ts. |
| 3 al 5 (bis) R. Ortega y Frias. Honor de esposa y corazón de madre. 4 tomos. | 40 á 46 F. L. Parreño. La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo. 7 tomos. |
| 6 y 7 E. Salgari. La ciudad del Rey leproso. 2 tomos. | 47 á 52 — Los invencibles, el monarca y la hoguera. 6 tomos. |
| 8 A. Cánovas del G.º La campana de Huesca. | 53 y 54 M. J. de Larra. El Doncel de Don Enrique el Doliente. 2 tomos. |
| 9 P. Mael. Sin dote. | 55 P. Escamilla. El sacristán de las monjas. |
| 10 Carlos Frontaura. Brígida. | 56 á 60 T. Tarrago. El puñal de oro. 5 tomos. |
| 11 al 13 (bis) F. Navarro Villoslada. Amaya, ó los vascos en el siglo VIII. 4 tomos. | 61 P. D'Ivoi. El corsario invisible. |
| 14 P. Mael. La Cenicienta. | 62 — Triplex. |
| 15 José Selgas. Una madre. | 63 — La isla de oro. |
| 16 y 17 E. Salgari. Los bandidos del Sahara. 2 tomos. | 64 á 66 D. Lesueur. Secreto mortal. 3 tomos. |
| 18 á 21 F. Luis Parreño. El héroe y el César. 4 tomos. | 67 á 72 R. Ortega y Frias. El Testamento de un Conspirador. 6 tomos. |
| 22 Conde de las Navas. Chavala. | 73 y 74 E. Salgari. En las Fronteras del Far-West. 2 tomos. |
| 23 á 26 C. Dickens. Aventuras de Mr. Pickwick. 4 tomos. | 75 y 76 — La Cazadora de cabelleras. 2 tomos. |
| 27 y 28 E. Salgari. La montaña de luz. 2 tomos. | 77 y 78 F. du Boisgobey. La Conspiración del alfiler rojo. 2 tomos. |
| 29 M. Fernández y González. La piel de la justicia. | 79 y 80 Ch. Foley. Flor de sombra. 2 tomos. |
| 30 Carlos Frontaura. La maldita vanidad. | 81 al 82 (bis) Lewis Wallace. Ben-Hur. 3 tomos. |
| 31 y 32 Walter Scott. Ivanhoe. 2 tomos. | 83 A. Reschal. La mujer pájaro. |
| 33 E. Blasco. Una señora comprometida, y O. Feuillet. El diario de una mujer. | 84 al 87 Florencio Luis Parreño. Pedro el Temerario. 4 tomos. |
| 34 á 36 F. Navarro Villoslada. Doña Blanca de Navarra. 3 tomos. | |

NUMEROS EXTRAORDINARIOS

Paul Féval. Las hijas de la Luna.
— Diana y Elena.

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS DE AUTORES CÉLEBRES

La **Biblioteca Calleja** publica novelas interesantes, literarias, cultas y siempre morales, escogidas entre las mejores de todo el mundo, formando tomos en 8.º mayor de 300 páginas aproximadamente (175 por 144 milímetros), con láminas finas, impresas cuidadosamente sobre papel satinado para su mayor belleza y menor volumen.

PRECIOS.—En pasta al cromo: Tomo, **1,25 pesetas**. Tomando más de cincuenta, **1 peseta** cada tomo. Tomando más de ciento, á **0,80** cada tomo.

Van publicados los siguientes tomos:

1. **Jaccoliot.**—El crimen del molino de Udsor.
- 1 bis. **Souvestre.**—Memorial de familia.
2. **Bouvier.**—Colette ó la Cayenita.
- 2 bis. **Saint-Aubin.**—La heredera de Birague.
3. **Noir.**—La reina de los gitanos.
- 3 bis. **Maël.**—Lo que canta el amor.
4. **Salgari.**—Los pescadores de ballenas.
- 4 bis. **Salgari.**—Invierno en el polo norte.
5. **Féval.**—El juramento de Lagardere.
6. **Féval.**—Aurora de Nevers.
7. **Feuillet.**—La novela de un joven pobre.
8. **Toudouze.**—Las pesadillas.
9. **Salgari.**—La Soberana del campo de oro.
10. **Salgari.**—El rey de los cangrejos.
11. **Belot.**—El parricida.
12. **Belot.**—Iubin y Dacolard.
13. **Maël.**—La Gaviota.
14. **Canivet.**—Hijo del Mar.
15. **Salgari.**—Los náufragos de Liguria.
16. **Salgari.**—Devastaciones de los piratas.
17. **Silvestre.**—Rosa de Mayo.
- 17 bis. **Maël.**—La mujer del capitán.
18. **Pont-Jest.**—De princesa á modelo.
19. **Vas Ricouard.**—Conflicto entre dos amores.
20. **Salgari.**—Sandokan.
21. **Salgari.**—La mujer del pirata.
22. **Enne et Delisle.**—Aventureros del crimen.
23. **Bernard.**—La piel del león.
24. **About.**—El hombre de la oreja rota.
25. **Tony-Révillon.**—El proscrito.
26. **Busnach.**—Yerros policíacos.
27. **Pothey.**—Malambó.
28. **Ponson du Terrail.**—Diana de Lancy.
29. **Vialon.**—El hombre del perro mudo.
30. **Salgari.**—Los extranguladores.
31. **Salgari.**—Los dos rivales.
- 32 y 33. **Walter Escott.**—Quintin Durdward.
34. **Ponson du Terrail.**—El capitán Coquelicot.
35. **Maël.**—El torpedero 29.
36. **Salgari.**—Los tigres de la Malasia.
37. **Salgari.**—El Rey del Mar.
38. **Gautier.**—La novela de la momia.
39. **Barbey d'Aurevilly.**—La virgen viuda.
40. **Salgari.**—El capitán Tormenta.
41. **Salgari.**—El león de Damasco.
42. **Wilkie-Collins.**—La muerta viva.
43. **Champol.**—La hermana Alejandrina.
44. **Champol.**—Las que vuelven.
45. **Assollant.**—Dos amigos en 1792.
46. **Cherbuliez.**—Miss Rovel.
47. **Salgari.**—La hija de los Faraones.
48. **Salgari.**—El sacerdote de Phtah.
49. **Dickens.**—El hilo de oro.
50. **Dickens.**—El eco de la tormenta.
51. **Davidson.**—El misterio de la calle Harley.
52. **Gaboriau.**—El legajo núm. 113.
53. **Gaboriau.**—El hijo falso.
54. **Monteil.**—Juan de las Cadenas.
55. **H. de Sair Aubin.**—El cura de aldea.
56. **Pradels.**—Agencia matrimonial.
57. **About.**—Treinta y cuarenta.
58. **Salgari.**—Los solitarios del Océano.
59. **Salgari.**—El Estrecho de Torres.
60. **Féval.**—El castillo maldito.
61. **Féval.**—Los vampiros. — Segunda parte de El castillo maldito.
62. **Opale.**—La princesa Helga.
63. **P. Lebrun.**—Un tío á pedir de boca.
64. **P. Lebrun.**—El simpático Cascarrabias.
65. **Féval.**—Los mercaderes de plata. — Tercera parte de El castillo maldito.
66. **Féval.**—La casa de Geldberg. — Cuarta parte de ídem.
67. **Féval.**—Los tres hombres rojos. —

- Quinta parte de idem.
68. **Féval.**—El misterio de la Trinidad.—
Sexta parte de idem.
69. **Féval.**—Los bastardos de Bluthaup.
Séptima parte de idem.
70. **Féval.**—El barón de Rodach.—Octa-
va parte de idem.
71. **Salgari.**—La Perla roja.
72. **Salgari.**—Los pescadores de perlas.
73. **Daudet.**—Tartarin de Tarascón.
74. **About.**—Germana.
75. **Walter Scott.**—Guy Manering.
76. **Walter Scott.**—Enrique Beltrán de
Ellangowan.
77. **Chavette.**—La bella Aliette.
78. **Cardona.**—El primo.
79. **Giurana.**—Una penitencia.
80. **Salgari.**—El corsario negro.
81. **Salgari.**—La venganza.
82. **Davidson.**—Dorina.
83. **Féval.**—El lunar rojo.
84. **Féval.**—El Fantasma.
85. **Maël.**—Caridad.
86. **Salgari.**—La reina de los Caribes.
87. **Salgari.**—Honorata de Wan-Guld.
88. **Maël.**—Soledad.
- 88 bis. **Maël.**—Pedro de Trémeur.
89. **Salgari.**—Yolanda, la hija del corsa-
rio negro.
90. **Salgari.**—Morgan.
- 91 y 92. **Sienkiewicz.**—¿Quo vadis...?
93. **Giurana.**—El debut de un juez.
94. **Salgari.**—La capitana del Yucatán.
95. **Martínez Zuviria.**—Alegre.
96. **Cherbuliez.**—El conde Kostia.
97. **Maël.**—Siempre tuya.
98. **Conan Doyle.**—La sombra grandiosa.
99. **Dickens.**—Oliverio Twist.
100. **Dickens.**—Premio y castigo.
101. **Salgari.**—Los horrores de Filipinas.
102. **Salgari.**—Flor de las Perlas.
103. **Salgari.**—Los cazadores de cabezas.
104. **Conan Doyle.**—Rodney Stone.
105. **Conan Doyle.**—Estudio en rojo.
106. **Maël.**—Las que saben amar.
107. **Poë.**—Narraciones extraordinarias.
108. **Salgari.**—Al Polo Norte.
109. **Féval.**—El juego de la muerte.
110. **Féval.**—El capitán Mazurka.
111. **Féval.**—El último superviviente.
112. **Salgari.**—Las panteras de Argel.
113. **Salgari.**—El filtro de los califas.
114. **Socias.**—Celia.
115. **Souvestre.**—El mendigo de San Ro-
que y Un filósofo en una guardilla.
116. **Mie d'Aghonne.**—El niño abando-
nado.
117. **About.**—La novela de un hombre
honrado.
118. **Enault.**—Rolando.
119. **Davidson.**—La mujer de Rómulo Wi-
ssart.
120. **Reade.**—Aventuras de Elena Rolles-
ton.
121. **Reade.**—Roberto y Arturo.
122. **Assollant.**—El doctor Judassohn
About.—El rey de las montañas.
123. **Enault.**—Historia de una conciencia.
124. **Musset.**—Una vida del diablo.
- 125 á 156 bis. **Ponson du Terrail.**—Colec-
ción Rocambole. (En prensa.)
- 157 y 158. **E. Sienkiewicz.**—La familia Po-
laniecki. (Dos tomos.) (En prensa.)
159. **A. Belot.**—El secreto terrible. (En
prensa.)
160. **P. Féval.**—La cosaca. (En prensa.)
161. **E. Souvestre.**—El pastor de hombres.
(En prensa.)
- 162, 163 y 164. **E. Souvestre.**—El Rey del
mundo. (Tres tomos.) (En prensa.)
165. **Saint Fierre.**—Pablo y Virginia. (En
prensa.)
- 166 y 167. **E. Salgari.**—El hombre de fue-
go. (Dos tomos.)
168. **Polo y Peyrolón.**—Alma y vida se-
rranas.
- 169 y 170. **Frontaura.**—El hijo del sacris-
tán (Dos tomos.)
171. **Rahavanez.**—Pasiones.
172. **González y Rodríguez.**—Memorias
de un ministro.
173. **Davidson.**—El precio de una vida.
174. **Souvestre.**—La gota de agua.
175. **Maël.**—Lo que puede la mujer.
176. **Salgari.**—Los dramas de la esclavi-
tud.
177. **Autran.**—¡O témpora! ¡O mores! (En
prensa.)
178. **About.**—El marido imprevisto.
179. **About.**—Las vacaciones de la Con-
desa.
180. **About.**—El marqués de Lanrose.
- 181 y 182. **Manzoni.**—Los novios. (Dos to-
mos.)
183. **Salgari.**—El Continente misterioso.
- 184 y 185. **Salgari.**—Los horrores de la
Siberia. (Dos tomos.) (En prensa.)
- 186 y 187. **Salgari.**—Un drama en el Océa-
no Pacífico. (Dos tomos.) (En
prensa.)

Narraciones Bíblicas, por el Rvdo. P. Berthe.

Veinticinco tomos en 8.º (153 por 106 milímetros), de 128 páginas cada tomo, impresos en papel de lujo con hermosos grabados y encuadernados en pasta fina con elegantes cromos alegóricos en las tapas.

Utilísima y amena colección, cuyas obras comprenden la vida de los más insignes personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, incluyendo todos los sucesos de alguna importancia, de modo que abrazan, en conjunto, toda la Historia Sagrada.

Las Narraciones Bíblicas son, por orden cronológico, las siguientes:

ANTIGUO TESTAMENTO

1. Adán y Noé.
2. Abraham.
3. José.
4. Moisés.
5. Josué.
6. Gedeón y Sansón.
7. Saúl.
8. David.
9. Salomón.
10. Elías y Eliseo.
11. Jonás y Tobías.
12. Judit.
13. Los últimos días de Jerusalén.

14. Daniel en Babilonia.
15. Job.
16. Ester y Esdras.
17. Los Macabeos.

NUEVO TESTAMENTO

18. El Niño de Belén.
19. El Profeta de Nazaret.
20. El complot de los Fariseos.
21. El proceso de Nuestro Señor Jesucristo.
22. El drama del Calvario.
23. El Príncipe de los Apóstoles.
24. El converso de Damasco.
25. El discípulo amado.

Precio de cada tomo en pasta, 60 céntimos de peseta.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

Por haberse incluido en esta magnífica Biblioteca varios libros compuestos de narraciones infantiles, pudiera juzgarse exclusivamente propia para niños. En efecto, los tomos marcados con * son adecuados para pequeños lectores; pero los demás son excelentísimos tratados de sus respectivas materias, sumamente útiles para adultos todos ellos, é indispensables muchos para quienes no tengan nociones completas de esas ramas del saber cuyo conocimiento es indispensable á todo hombre culto.

La presentación de la Biblioteca Enciclopédica es verdaderamente suntuosa por la belleza de sus grabados, por su soberbio papel, por su impresión esmeradísima y por sus espléndidas encuadernaciones en pasta al cromo ó en tela con planchas en oro y negro.

Van publicados 23 tomos en 4.º mayor
(230 por 150 milímetros), de 160 páginas cada uno.

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

- | | |
|--------------------------------------|------------------------------|
| 1. Los tres reinos de la Naturaleza. | 13. Viajes extraordinarios. |
| 2. Lluvia de cuentos. | 14. Historia de Roma. |
| 3. Historia de las Bellas Artes. | 15. Historia de Grecia. |
| 4. Sucesos extraordinarios. | 16. Geografía física. |
| 5. Premio de aplicación. | 17. De artesano á emperador. |
| 6. Almacén de cuentos para niños. | 18. Guía de la juventud. |
| 7. Tesoro de los niños. | 19. España y su historia. |
| 8. Geografía histórica. | 20. El recreo de mis hijos. |
| 9. Viaje alrededor del mundo. | 21. Cuentos azules. |
| 10. Geografía astronómica. | 22. En preparación. |
| 11. Mitología griega y romana. | 23. Cuentos infantiles. |
| 12. La alegría de los niños. | |

Precio de cada tomo: en pasta al cromo, 1,50 pesetas; en tela, 2,50 pesetas.



1810
1810



1810

HISTORIA DE Gil Blas de Santillana

Traducida al castellano por el P. Isla.

Ilustrada con 231 dibujos originales de Manuel Pícolo.



Muestra de las ilustraciones del **Gil Blas**, edición **Calleja**.

Edición Calleja, elegante, de tipos claros, buen papel y tamaño cómodo (230 × 150 milímetros).

Un tomo encuadernado en cartón al cromo, 4 pesetas. Con lujosa encuadernación de tela con planchas y cortes dorados, 6 pesetas.

Inclúyase el importe con los pedidos, y si suman menos de *cinco pesetas*, aumentense *cincuenta céntimos* para gastos de envío y certificado.

Casa editorial Saturnino Calleja Fernández.

CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID